

A romantic couple is shown from the chest up, embracing and smiling. The woman on the left has blonde hair and is wearing a black top and a colorful plaid scarf. The man on the right is wearing a dark red sweater and blue jeans. They are standing in a field of fallen autumn leaves. The background is a soft-focus forest.

*No quiero
hacerte
daño*

El amor de mi vida

An aerial photograph of a large, three-story red brick building with a white portico, situated on a lush green golf course. The building is surrounded by dense green trees and manicured lawns. A small stream or path winds through the landscape.

Verónica C. Herrero

No quiero
hacerte daño
El amor de mi vida

Verónica C. Herrero

Copyright © 2019 Verónica C. Herrero
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita de los titulares del ©, bajo las sanciones que establece la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más, a mi familia, por apoyarme y estar siempre a mi lado. A mi marido y mis hijos, que lo sois todo para mí y me dais la fuerza para seguir.

A los que les dais la oportunidad a estas historias, gracias por leer mis novelas y hacer que todo el tiempo y el esfuerzo merezca la pena.

A todas esas personas que estabais esperando a que continuara con la historia Eva, Mario y Sergio. Porque gracias a vosotros es una realidad, ya que al principio no entraba en mis planes que esta aventura continuase.

INDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Termino de lavarme los dientes, me pongo el maquillaje, la sombra de ojos y el delineador, aplico el labial y voy a peinarme, cuando lo escucho gritar desde su dormitorio:

—¡Mamááá!

—¡Quééé!

—¡No encuentro las zapatillas!

«Cada día la misma canción —pienso mientras termino de peinarme—, no hay día que las encuentre a la hora de vestirse.»

—¡Están en el mismo sitio donde te las quitaste anoche!

—¡Pero no las busco!

Replica sacándome una sonrisa con su manera de expresarse. Todavía hay palabras que no le salen como debería. Salgo del dormitorio y me dirijo a su habitación, donde lo encuentro tirado en la cama mirando al techo tranquilamente.

—Así no las encontrarás nunca.

—Es que ya estoy cansado de buscar.

—¿Has probado a levantar la ropa que tiraste anoche encima de ellas? — digo mientras me agacho sobre la ropa que se quitó antes de acostarse y que lanzó sobre las zapatillas.

—No, yo no la tiré ahí, se ha caído sola.

—Claro, como todos los días... Anda, pónelas ya o llegaremos tarde al colegio. —Le apremio dejándole las zapatillas en la mano.

Salgo hacia la cocina y preparo un vaso de leche y galletas para Samuel. Segundos más tarde entra y se sienta a la mesa, toma el vaso que le pongo delante y empieza a desayunar.

Me apoyo sobre la encimera mientras lo observo sonriente. Nunca me canso de mirarlo, casi cinco años llevo haciéndolo y cada día me quedo

prendada de él. Es el niño más guapo del mundo, que voy a decir yo, que soy su madre.

—Ya está —dice cogiendo el vaso y dejándolo sobre la encimera.

—Muy bien, lávate los dientes y coge la chaqueta y el saco del almuerzo, que nos vamos.

Sale de la cocina y unos minutos después lo tengo delante de nuevo, ya con la chaqueta puesta y el saco colgado a la espalda. Me toma de la mano cuando paso por su lado camino a la puerta de casa.

Salimos y rápidamente presiona el botón del ascensor, cuando este se abre, entra y presiona el botón de la planta baja. Sonrío de nuevo, desde que alcanza a presionar los botones ya no deja que lo haga yo.

Siempre dice que ya es mayor para hacerlo él solo, y yo no tengo la menor duda de que es capaz de hacer muchas más cosas, pero para algunas siempre me pide ayuda, y sé que lo hace porque quiere pasar ese tiempo conmigo.

Caminamos tranquilamente hasta el colegio y entramos al patio por el portón que da a la calle y en el cual cada clase tiene una puerta individual, desde la que entran y salen los niños a la entrada del colegio y a la hora del patio.

Esperamos a que la música suene por los altavoces y nos indique que las profesoras están a punto de abrir las puertas de las aulas. Una vez lo hace, los niños hacen filas delante de ellas esperando la entrada, yo le doy un beso a Samuel antes de que se marche a la fila y me quedo esperando hasta que le veo entrar en el aula.

En ese momento vuelvo sobre mis pasos hasta la calle y me pongo de camino al trabajo. Colocando los auriculares en mis oídos y encendiendo la radio del móvil, camino tranquilamente tarareando la primera que escucho.

La segunda canción me hace ralentizar el paso, pues la melodía de «¿Sabes?» de Alex Ubago, suena y me trae a la memoria el recuerdo de la última noche que pasé con Sergio hace cinco años y medio.

Aquella noche me cantó esa canción mientras me abrazaba en la cama después de hacer el amor. Hay tantas cosas que me recuerdan a él que me ha sido muy difícil olvidarlo, por más que lo he intentado. Una frase, una película, una canción como aquella...

Me pregunto muchas veces que hubiera sido de mi vida si hubiese escogido el otro camino. Si hubiese escogido quedarme con él y divorciarme

de Mario, y me lo pregunto tantas veces porque, prácticamente, nada ha cambiado en nuestro matrimonio después de tanto tiempo.

Sí, Mario intenta hacer las cosas de forma distinta, pero sé que no está en su forma de ser y que jamás le saldrá de forma natural. Le cuesta mucho no volver a caer en ese estado «vegetativo» en el que tengo que volver a pedirle que no nos suma en la rutina de nuevo. Tengo que ir recordándole que necesito que me muestre su amor, que me haga ver que me quiere y me necesita al igual que yo lo hago.

Realmente empiezo a cansarme de estar así, de ir detrás de él y de estar pendiente de que no vuelva a olvidar lo que nos pasó por culpa de esa falta de interés en la relación. Y eso me hace echar mucho de menos a Sergio, porque él me lo daba todo sin esfuerzo y sin pedirlo.

No necesitaba pedirle que me dijera si estaba guapa al arreglarme, porque lo hacía incluso al acabar de levantarme, con legañas en los ojos y el pelo alborotado. Escuchar esa canción y rememorar esa noche me ha dejado con unas ganas inmensas de volver a verle.

Hace días que cualquier cosa que me recuerde a él me deja con ganas de saber cómo está, qué es de su vida y si es feliz. He mirado mil veces si se conecta al WhatsApp, pero creo que me tiene bloqueada, pues no me aparece ni en línea ni veo su foto de perfil, y me da miedo escribirle por si me manda a la mierda.

Yo le dije a Mario que había borrado su número y lo había bloqueado, pero realmente fui incapaz de hacerlo. También he mirado Facebook, por si de casualidad se ha hecho un perfil, pues no tenía cuando lo conocí, ahora sigue sin tenerlo.

La única vía que me queda para saber algo de él es el hotel, pero la página de Facebook de este la administra la chica de relaciones públicas y me da vergüenza preguntar por él a través de los empleados.

A veces pienso en coger el coche y presentarme allí sin más. Puede que hiciera el viaje en vano, pues probablemente esté en Astorga y no lo encuentre, pero si lo estuviera, al menos podría verlo, charlar con él un rato, si él quisiera, y saber cómo está, aunque solo sea una vez más.

Capítulo 1

Camino un día más hacia el trabajo escuchando música tras dejar a Samuel en el colegio. Ojeo Facebook mientras tanto, y respondo comentarios de las chicas del grupo de escritoras y lectoras, al que me uní hace varios meses y en el cual he hecho varias amistades de diferentes puntos de España.

Unos minutos después, llega a mi móvil la notificación de una nueva publicación de la página del hotel de Sergio, la cual comencé a seguir hace un tiempo. Me quedo parada en mitad de la acera y pincho sobre ella con el corazón latiendo a mil por hora.

¿Por qué estoy tan nerviosa de repente? Ni siquiera es él quien hace esas actualizaciones y hace mucho que no había ninguna, será tan solo propaganda del hotel.

Al abrirla, la publicación anuncia un evento ese mismo fin de semana. Una cena con espectáculo al que asistirán varios cantantes locales a los que presentará y dará la bienvenida el propietario del hotel, Sergio Álvarez, en un intento de impulsar la música de los artistas de nuestra ciudad.

Adjunta a la publicación hay varias fotografías: unas cuantas del restaurante del hotel, los platos del menú y el salón, otras de las habitaciones, la recepción y los exteriores. Por último, encuentro una fotografía de Sergio, que está de pie junto a la entrada del hotel, lleva puesto un traje negro y está realmente guapo.

Sonríó inconscientemente y amplió la imagen hasta ver un primer plano de su rostro. Estos cinco años y medio parecen no haber pasado por su atlético cuerpo. Sigue igual de atractivo y sexy que entonces.

Suspiro y muerdo mi labio inferior mientras lo observo ensimismada. Tan solo el empujón en el brazo de una mujer que pasa a toda prisa chocando conmigo, me saca del trance en el que me había sumergido observando a Sergio.

Cierro la pantalla del móvil y lo guardo en mi bolso, emprendo de nuevo el camino hacia el trabajo intentando apartar de mi mente la idea que empezaba a formarse en mi cabeza. Al llegar me pongo enseguida manos a la obra con los documentos que llegaron ayer a última hora y que Julia debió dejar en mi mesa.

Intento durante toda la mañana no pensar en Sergio, pero cuando salgo del

trabajo ya tengo planeado cómo voy a hacer para encontrarme con él este fin de semana.

Estoy segura de que Raquel no tendrá problemas en cubrirme y quedarse con Samuel el sábado por la tarde unas horas, así que sin pensármelo dos veces, y antes de arrepentirme, le envió un mensaje:

Yo: Necesito que me hagas un favor este sábado.

Raquel: No tengo planes, dispara.

Yo: ¿Puedes quedarte con Samuel? Tengo que hacer algo y no me lo puedo llevar.

Raquel: Claro, ¿puedo preguntar qué es ese algo?

Yo: Mejor te lo cuento cuando vuelva a recogerle.

Raquel: Eva... No estarás planeando algo raro, ¿verdad?

Yo: Te lo contaré, sabes que siempre te lo cuento todo. ¿Cuento contigo entonces?

Raquel: Sí, sabes que puedes contar conmigo siempre.

Yo: Muchas gracias, hermana. ¡Te quiero!

Raquel: Yo también te quiero, besos.

Al llegar a casa, como siempre, Mario me espera en la cocina para comer. Lo encuentro frente a la cazuela, me acerco hasta él mientras sopla una cuchara con caldo antes de llevársela a la boca, prueba el contenido, luego me mira y me da un beso.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

—Bien, como siempre todo tranquilo.

—Estupendo, vamos a comer, esto ya está listo.

Nos sentamos a la mesa una vez preparada y respiro profundamente antes de soltarle la mentira que he preparado para poder escaparme el sábado. Me sabe mal, juro que me siento una traicionera de nuevo, pero necesito ver a Sergio y no habrá mejor oportunidad que esa para hacerlo.

—Cariño, el sábado he quedado con Raquel y Carla para pasar la tarde con los niños.

—¿Carla? ¿La que habla hasta por los codos?

—Sí, esa Carla. No conocemos a ninguna más, cariño.

—¿Va a ir Roberto?

—No, no puede venir.

—¿Y yo tengo que ir? —dice poniendo cara de asco.

—No, tranquilo —digo sonriendo—. Puedes quedarte en casa o hacer lo que quieras. Yo me iré con Samuel.

Sabía que nombrándole a Carla no querría venir, esa chica puede hablar hasta provocarte dolor de cabeza y Mario siempre intenta escaquearse cuando quedo con ella y Raquel.

La mayoría de las veces le pido que me acompañe y él acepta sin problemas, cuando Roberto, el marido de Carla, también se une. Otras, le concedo quedarse en casa para que nosotras podamos hablar tranquilamente de nuestras «cosas de chicas».

Después de comer y recoger la mesa, nos sentamos en el sofá a descansar hasta que se haga la hora de recoger a Samuel del colegio y hablamos sobre la organización de su cumpleaños.

Dentro de una semana cumple cinco años y es el primero que celebraremos con sus compañeros de clase. Todavía nos queda concretar el asunto de la tarta con el parque infantil donde hemos contratado el evento. La verdad es que las opciones que nos dan no nos convencen demasiado y al final creo que optaremos por llevarla nosotros mismos.

Me he levantado con los nervios instalados en el estómago. Desde que me acosté anoche no he dejado de dar vueltas en la cama, nerviosa. Esta tarde espero ver a Sergio después de tanto tiempo y tengo tantas ganas como miedo. Ganas de tenerlo delante, darle un abrazo y saber cómo está y miedo a que

cuando me vea no quiera saber nada de mí.

Ando por la casa limpiando, Samuel ya ha desayunado y está en su dormitorio jugando. Mario está colocando la barra nueva para las cortinas, que por cierto, hace ya un mes que le pedí que me pusiera.

Voy y vengo por la casa, y él, de vez en cuando, me mira de reojo y frunciendo el ceño, extrañado por mi comportamiento.

—¿Te pasa algo, cielo? —pregunta la cuarta vez que entro en el salón y me quedo plantada pensando en qué es lo que venía a hacer.

—Eemm, no... —digo mirando por todas partes intentando recordar lo que buscaba.

—¿Estás segura? Estás muy rara.

—No, de verdad que estoy bien. Es que no recuerdo para qué he entrado aquí... Da lo mismo, ya me acordaré —digo saliendo de nuevo del salón.

Pasamos la mañana organizando la casa, las cosas que entre semana estamos demasiado cansados para hacer después de trabajar y atender las necesidades de Samuel. Después de comer lo acuesto para que haga la siesta y yo tranquilamente me arreglo para el encuentro con Sergio.

Me doy una ducha, me lavo los dientes, me maquillo y me seco el pelo. Abro el armario y miro la ropa que tengo, es poca, pero al menos me cabe.

Después de tener a Samuel tuve que comprar un poco de ropa nueva, pues había cogido unos cuantos kilos que no conseguí perder del todo. Así que la ropa que tenía se me quedó pequeña.

A las cinco de la tarde estamos preparados tanto Samuel como yo. Le cojo la merienda y nos vamos paseando hasta casa de Raquel, que ya nos espera. La suerte que tengo es que mi hijo quiere mucho a Raquel y siempre se entretiene con ella. Él dice que es su tía, y a ella se le pone una sonrisa en la cara y se emociona cada vez que lo escucha.

Una vez dejo al niño, regreso y entro directamente al garaje. Mario está en casa, le he dejado viendo la televisión en el salón y tomando una cerveza tranquilamente, así que no me preocupo porque pueda encontrármelo y me vea.

Salgo del garaje y pongo rumbo a San Andrés con el corazón acelerado. No sé lo que puedo encontrarme al llegar, puede que no quiera verme, que después de no saber nada de mí tras cinco años y medio, me pida que me marche. Estoy tan nerviosa que las manos comienzan a sudarme y tengo que secarlas contra el pantalón en varias ocasiones.

Llego al aparcamiento del hotel y respiro hondo tres veces antes de salir. Cierro la puerta, vuelvo tomar una bocanada de aire y soltarlo de golpe, me dirijo a la entrada del hotel, subo los tres pequeños escalones y me introduzco en el edificio.

Camino dirección al mostrador de recepción para preguntar por Sergio, pero a escasos dos metros de él me detengo al verlo salir por las puertas del restaurante. Al verlo, no puedo evitar sonreír y doy un suspiro inconscientemente, pero segundos más tarde, esa sonrisa se desvanece cuando veo que tras él sale una mujer con una niña de unos dos años en brazos, a la que después de ceder el paso, besa en los labios cariñosamente para después hacer lo mismo con la niña, dándole un beso en la mejilla y haciéndole unas carantoñas.

La mujer se marcha con la niña y él se queda parado unos instantes, observándola marchar desde la puerta. Lo miro y noto una sensación extraña, es como si al ver esa escena se me hubiese revuelto un poco el estómago.

Cuando la mujer ha salido del hotel, Sergio parece ir a marcharse, pero al girar un poco el rostro, me ve y se queda petrificado en la puerta, al igual que yo llevo aquí anclada al suelo desde que lo he visto aparecer.

Se acerca a mí con gesto serio y yo empiezo a temerme que vaya a pedirme que me marche, pero en lugar de eso, me da un abrazo que me hace sentir escalofríos por todo el cuerpo.

Le devuelvo el abrazo, que se hace algo más largo de lo que cabría esperar, pero que no me incomoda en absoluto. Luego se separa, y ya con una sonrisa en la cara me habla por fin.

—Eva... Estás preciosa —dice poniéndome roja, como siempre que me lo decía.

—Gracias, Sergio. Tú también estás muy guapo —respondo sinceramente, pues sigue estándolo tanto como entonces.

—¿Estás bien? ¿Qué haces por aquí?

—Sí, estoy bien, gracias. Ví que ibas a estar por aquí en la página del hotel en Facebook y me apetecía mucho verte.

Mi mirada se pierde entonces en la entrada del hotel recordando a la mujer que he visto con él. Una punzada que sé reconocer muy bien me atraviesa el pecho y no puedo evitar sentirme una estúpida por ello. Siento celos de esa mujer.

—Es... —comienzo a preguntar un poco avergonzada—. ¿Esas eran tu mujer y tu hija?

—Sí —responde agachando un poco la mirada—. Bueno, mi pareja y mi hija. Todavía no nos hemos casado.

—Son muy guapas las dos, felicidades.

—Gracias.

Nos quedamos unos segundos sin saber qué decirnos. Tenía muchas ganas de verle, pero no esperaba encontrarme con esa escena y toda la emoción de tenerlo delante ha sido reemplazada por la vergüenza. Vergüenza de estar aquí delante de él y sentir celos de su pareja, cuando tuve la oportunidad de estar en su lugar y la dejé escapar.

—¿Quieres que subamos a mi habitación? Podemos hablar más tranquilos.

—¡No! —digo más alto de lo que pretendía provocándole una sonrisa.

—Eva, no voy a comerte —dice entre risas.

—Ya... ya lo sé. —Me pongo de nuevo roja al pensar cuánto me gustó que lo hiciera la última vez que estuvimos en esa habitación.

—Vamos, anda. Estaremos mucho más tranquilos arriba y todavía tengo un poco de tiempo hasta que empiecen las cenas de esta noche.

Asiento con la cabeza y le sigo por el pasillo en dirección al ascensor. Las ganas que tengo de tocarlo me pueden y acerco mi mano a su antebrazo acariciándolo suavemente.

—¿Sigues yendo a la piscina? Te veo muy bien. —Le hago un cumplido para disimular que esa caricia no era una simple comprobación de lo atlético que sigue estando.

—Bueno, hago deporte todo lo que puedo. Ya sabes que me gusta cuidarme un poco.

—Sí, lo sé —sonrío.

Entramos en la habitación y dejo mi bolso en la mesa mientras observo la *suite*. Hay cosas de la niña en el rincón donde está el sofá, unos cuantos juguetes, unas prendas de ropa y complementos: lazos, diademas, coleteros, etc.

Puedo ver también desde esta posición unas prendas de ropa de mujer extendidas en la cama. Eso me vuelve a provocar una punzada de celos que me hace apartar la mirada de la habitación y bajarla hacia el suelo, de nuevo avergonzada.

—Disculpa el desastre —dice acercándose al sofá y recogiendo las cosas de la niña—. Hemos salido de prisa de la habitación y no hemos recogido nada.

—No te preocupes, soy yo la que se ha presentado sin previo aviso.

—Dime, ¿cómo es que te has decidido a venir hasta aquí después de tanto tiempo?

—Bueno, la verdad es que siempre te he echado mucho de menos —digo sonriendo y encogiéndome de hombros—, pero cuando vi que ibas a estar aquí este fin de semana no pude evitar venir.

—Me alegro que lo hayas hecho. —Me hace una señal para que me acerque y tome asiento a su lado.

Hago lo que me indica y tomo asiento a cierta distancia, pero él lo anula sentándose a mi lado, casi rozando nuestras piernas.

—Yo también te he echado de menos Eva, mucho.

Lo miro y suspiro, siento un gran alivio al saber que al menos no me odia por lo que le hice, que al contrario de lo que se podría esperar, aún siente aprecio por mí y me ha echado de menos. Le doy otro abrazo y de mis ojos se escapan unas lágrimas de emoción.

—Me alegro muchísimo de que estés bien, de verdad —digo secándome las lágrimas cuando nos separamos.

—Eh, eh... ¿Por qué lloras?

—Tenía miedo de que hubieses acabado odiándome y no quisieras verme.

—¿Odiándote? Vamos, Eva, no seas tonta —dice secando las siguientes lágrimas que derramo.

—Después de lo que te hice hubieras estado en todo tu derecho.

—Eva, no voy a negarte que aquello me dolió en el alma. Pero de ahí a odiarte... Tú tomaste una decisión, por los motivos que tú creyeras convenientes para ti en ese momento, y a mí no me quedaba otra que aceptarlo.

—Ya, pero...

—Nada de peros —me corta antes de que pueda seguir hablando—. Eva, te amé con locura durante meses. Admito que a veces aún esperaba que aparecieras por aquí y me dijeras que te quedarías conmigo, pero no te odio, no podría hacerlo.

Asiento más calmada después de escuchar sus palabras, aunque una de esas frases me ha dejado un poco entristecida. Ha dicho que me amó, en pasado, y eso me hace pensar en lo que yo he sentido durante todos estos años y que no he podido olvidar.

Yo le he amado desde entonces, y he intentado olvidarlo y enterrar esos sentimientos en muchas ocasiones, sin éxito. Pero él ya no me ama, y egoístamente, eso me duele.

—¿Vas a casarte entonces? Pareces feliz con ella —pregunto cambiando de tema.

—Estuvimos a punto de hacerlo cuando llevábamos dos años juntos, pero luego se quedó embarazada y se negó en rotundo a casarse durante la gestación —explica—. Esperaba que pudiéramos hacerlo después, pero pasa el tiempo y no parece que le haga demasiada ilusión, siempre tiene alguna excusa.

—¿Pero estáis bien? Quiero decir, como pareja.

—Al principio sí, estábamos bien. Ahora es algo complicado.

—¿En qué sentido?

—Creo que el embarazo no le sentó muy bien psicológicamente, cambió de forma radical, se volvió arisca, todo la irrita y nada le parece bien. Antes era cariñosa y dulce, ahora casi no aguanta que me acerque a ella, dice que la agobio.

—Vaya... Lo siento, se os veía bien hace un momento.

—Acabábamos de discutir realmente, por eso se ha marchado.

—De veras que lo siento, Sergio, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. Si necesitas hablar, sabes que puedes llamarme en horas de trabajo y yo estaré ahí.

—Gracias, Eva. La verdad es que sí necesitaba poder hablar con alguien, desahogarme. Lo que no esperaba es que fueras a ser tú precisamente la que apareciera en mi vida de nuevo.

Sonríó y agacho la cabeza sin saber muy bien cómo continuar la

conversación. Sergio toma mi mano y me da un beso en los nudillos, como siempre, tan cariñoso.

—Me ha hecho mucha ilusión verte de nuevo —dice soltando mi mano y levantándose del sofá—. Siento tener que despedirte tan pronto pero hoy tengo mucho trabajo. Espero que nos volvamos a ver.

—Claro, yo también espero verte pronto —respondo haciendo lo mismo y me levanto del sofá.

Camino hasta la mesa para recoger mi bolso y en ese momento me hago varias preguntas, me giro de nuevo y le señalo las cosas de la niña.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplirá dos este año.

—¿Y cómo se llama?

—Eva, se llama Eva —responde con una gran sonrisa en la boca.

Capítulo 2

A pasado casi una semana desde que vi a Sergio y aún no puedo sacarme de la cabeza el hecho de que su hija lleve mi nombre. Me quedé tan sorprendida que no supe qué decir, puede que ni siquiera fuera él quien eligió el nombre de la niña, que simplemente fuera casualidad y que a su pareja le gustase ese nombre.

Pero no me atreví a preguntar, pues de ser casualidad, me hubiese sentido muy avergonzada por pensar que se lo había puesto por mí. Hubiese parecido una engreída, pensando que Sergio me había echado tanto de menos que quiso ponerle mi nombre a su hija por ello.

No he vuelto a saber nada de él desde entonces, pero cada día me siento tentada de coger el teléfono y escribirle. Me dijo antes de marcharme que nunca había borrado mi número, así que solo tendría que enviarle un mensaje, ver si le apetece quedar de nuevo y vernos con algo más de tiempo y tranquilidad.

Quizás podría sacar el tema disimuladamente y ver qué me dice. No sé por qué, pero siento una extraña necesidad de saber si fue él quien lo escogió, y de ser así, ¿por qué?

A media hora de terminar de trabajar mi teléfono suena, la pantalla se ilumina mostrándome el nombre de Sergio en ella y el corazón se me acelera, cojo el móvil de la mesa y lo observo durante unos segundos antes de responder. Estoy sumamente nerviosa, respiro profundamente e inconscientemente paso mi mano por el cabello, peinándolo antes de responder.

—¡Sergio, hola! —contesto incluso demasiado emocionada, intentando ocultar los nervios, pero delatándolos con mi sobreactuación.

—Hola, Eva, ¿te pillo en buen momento?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo? ¿Estás bien?

—Bueno, sí, es solo que... —duda unos instantes antes de continuar—, solo quería saber cómo estás. Me supo fatal tener que despedirte tan pronto y he pensado que podríamos vernos y hablar tranquilamente.

—Ah, sí, sí. No hay problema, por supuesto que me gustaría verte.

—Estupendo. ¿Cuándo podrías quedar?

—Supongo que puedo escaparme un rato esta tarde. Samuel estará encantado de salir un rato, si no te importa que lo lleve conmigo.

—No, claro que no. Quizá es buena idea que vayas con él, así tu... bueno, no sospechará nada si sales con tu hijo.

—Sí, será mejor así. Podemos ir al parque infantil que hay en el centro, así él jugará y nosotros podremos hablar tranquilamente.

—Me parece genial, intentaré llevar a Eva conmigo, así pueden jugar juntos. ¿Te parece bien a las cinco y media?

—Sí, me parece perfecto.

—Nos vemos entonces allí. Un beso.

Cuelgo el teléfono y paso mis manos por el pelo, echándolo hacia atrás en un gesto nervioso. No puedo creerme que vaya a volver a ver a Sergio. Por un lado, presiento que no debería haber vuelto a verle, por otro, estoy contenta de saber de él y poder mantener una relación de amistad, aunque sea en secreto.

Mario no permitiría que Sergio y yo pudiéramos ser amigos después de lo que pasó y es totalmente comprensible, no obstante, esta vez es distinto, él tiene a su pareja y a su hija, y yo tengo a mi hijo.

Con Mario puede que las cosas no sean perfectas, pero nuestra relación es buena y estamos bien, así que no pasará nada porque Sergio y yo nos veamos de vez en cuando. No va a ocurrir nada entre nosotros, él quiere a su novia y yo quiero a mi marido.



Preparo la merienda de Samuel y salgo a buscarlo al colegio. Como me gusta caminar y en el centro es bastante difícil aparcar, en cuanto sale le entrego la merienda y nos ponemos en camino al parque infantil.

No le he dicho nada a Mario, prefiero enviarle un mensaje y decirle que al niño le ha apetecido ir a jugar y que como no tenemos nada más que hacer, voy a llevarlo un rato para que juegue y se canse, así dormirá mejor por la noche.

Me responde enseguida con un simple «Ok» y yo ruedo los ojos pensando en todo ese romanticismo que destila por los poros de su cuerpo, irónicamente hablando, claro está.

Llegamos al parque infantil y doy un vistazo por las mesas buscando a

Sergio. Como parece que todavía no ha llegado, tomo asiento en una de las que están más cerca de la zona de juegos, para tener a Samuel siempre a la vista mientras se divierte.

Tan solo unos minutos después de sentarme y haber pedido un café, aparece Sergio con rostro taciturno, me levanto y le doy dos besos observando su gesto serio. No dice nada, solo me mira y suspira antes de sentarse y hablar por fin.

—Perdona por llegar con este humor.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada por él.

—Estoy harto, no puedo más —responde frotando su pelo con las dos manos, frustrado.

—¿Has discutido con tu pareja?

—Sí, siempre está igual. Le he dicho que quería traer a la niña conmigo y se ha cabreado, nunca está de acuerdo en que me la lleve si no viene ella también, y ya estoy hasta las narices.

—¿Es que tiene miedo de que le pase algo estando contigo? —pregunto sin entender el porqué de esa actitud.

—No lo sé, como te dije, desde que se quedó embarazada no hay nada que le parezca bien y esta es una de las muchas razones por las que discutimos.

—¿No has salido nunca con tu hija a solas? —pregunto de nuevo, completamente asombrada.

—Sí, claro que lo hago. Hoy he salido dándole el gusto por que no quería llegar tarde a verte. Pero las otras veces me toca discutir con ella y llevarme a Eva aun sin que ella esté de acuerdo. —Resopla y cierra las manos en puños, enfadado—. Por dios, ¡que es mi hija! De verdad que no la comprendo.

—¿Ha mirado de...?

—No, déjalo, Eva. —Me corta tomándose de las manos y negando con la cabeza—. No quiero hablar de eso ahora, quiero saber de ti y cómo estás.

—Yo solo quiero apoyarte, de verdad que...

—No, por favor. Sé que quieres ayudarme, pero necesito desconectar de mis problemas con ella.

Su mirada, sus palabras y su tono de voz me imploran que cambie de tema. Asiento con la cabeza y comienzo a hablarle de cómo me van las cosas, tanto en casa como en el trabajo. Respondo todas sus preguntas y hablamos

animadamente como lo hacíamos cuando nos conocimos.

Samuel acude en varias ocasiones a reclamar mi atención. Le compro una botella de agua y pido otro café para mí en el transcurso de la primera hora que pasamos charlando. Finalmente, no puedo reprimir las ganas que tengo de hacerle la pregunta que me lleva rondando la cabeza desde que nos vimos la semana pasada.

—Sergio... —comienzo ya con algo de vergüenza y sin mirarle a la cara—. ¿Puedo hacerte una pregunta? No tienes que responder si no quieres.

—Lo que sea — dice sin más.

—Tu hija... Su nombre... —No sé muy bien cómo formular la pregunta, me siento un poco estúpida—. ¿Se lo pusiste tú? Quiero decir, ¿lo escogiste tú o fue su madre?

Sergio me mira y una pequeña sonrisa asoma en su boca. Echa su cuerpo hacia atrás hasta apoyar su espalda en la silla y cruza sus brazos sobre el pecho. Está empezando a ponerme algo nerviosa, el corazón me late desbocado y ya no sé si he hecho bien en preguntar sobre eso.

—¿Qué piensas tú?

—Pues... no sé... A ver, nos encontramos después de cinco años y medio y resulta que tienes una hija que lleva el mismo nombre que yo. No sé si pensar que se lo pusiste tú por alguna razón especial o es pura casualidad y a su madre le gustaba ese nombre.

—Cuando supe que era niña, tuve claro desde el minuto uno que tenía que llamarse así —responde ahora con gesto serio—. Su madre quería llamarla Carolina, igual que ella. Yo quería que se llamara como tú.

—¿Te dejó escoger a ti al final?

—Discutimos sobre ello durante un par de meses, cada uno quería ponerle el nombre que le gustaba. Al final llegamos a un acuerdo.

—¿Cuál? —pregunto con curiosidad.

—Lo escogeríamos a suertes haciendo papelitos y cogiendo uno al azar.

—Tuviste suerte entonces y salió el que tú querías.

—No, hice trampa —dice ahora ampliando su bonita sonrisa—. Cambié los papeles en el último momento para que en todos pusiera Eva.

Ahora la que sonrío como una idiota soy yo. No puedo creerme que

hiciera eso con tal de que su hija llevara mi nombre. Tapo mi cara muerta de la vergüenza a sabiendas de que estoy poniendo una cara de estúpida que no he podido contener. Esa que se me ponía cada vez que Sergio me dedicaba palabras de amor y que me hacían sonreír como una adolescente.

—No podía dejar que le pusiera otro nombre —dice apartando mis manos de la cara y haciendo que lo mire.

—¿Por qué? —pregunto intentando entender qué le llevó a poner mi nombre a su hija.

—Porque se había salido con la suya con todo lo que tenía que ver con la niña. Todo lo escogió ella, el cochecito, la cuna, las sábanas, la ropa... No iba a dejar que también escogiera el nombre y no me dejase participar en nada.

—No me refería a eso, Sergio. ¿Por qué querías que llevara mi nombre?

—Porque no podía olvidarte —contesta dejándome sin aliento—. No dejaba de pensar en ti, cada rincón de la *suite* me recordaba a ti, cada canción romántica que escuchaba me recordaba a ti. Cada vez que discutía con ella me acordaba de ti, pensando en cómo tú y yo arreglábamos nuestras pocas diferencias.

Esas palabras me llevan a recordar las veces en que Sergio y yo no estuvimos de acuerdo en algo. Fue en el poco tiempo que pasamos juntos en el hotel y muy pocas las diferencias, pero que siempre acabamos solucionando de la misma manera; en la cama. Me vuelvo a poner roja y suelto una risilla tonta escondiendo de nuevo mi cara entre las manos.

Estoy tan sorprendida con esta confesión que no sé qué decir ahora. Aparto de nuevo las manos de la cara y lo veo mirarme con esa sonrisa que ponía cuando sabía en lo que estaba pensando. Vuelve a inclinarse sobre la mesa y se apoya en ella sobre sus brazos sin dejar de sonreír.

—Nos lo pasábamos muy bien en esa cama, ¿eh? —dice con mirada pícaro y levantando las cejas varias veces.

—Eres tonto... —le digo entre risas golpeando su brazo izquierdo.

Sergio suelta una carcajada y ríe con ganas, haciéndome reír a mí con él. Bromeamos con ciertos recuerdos que a ambos nos vienen a la memoria y por primera vez desde que nos volvimos a ver me siento realmente cómoda.

No hay tensión por lo sucedido, no hay atisbos de rencor, algo que yo

temía que existiera en su manera de tratarme después de aquello. Nuestras sonrisas son sinceras y naturales, e incluso los gestos y el contacto físico entre nosotros, caricias y roces, salen sin pretenderlos.

A la hora de marcharnos cada uno a nuestras casas, Sergio me abraza tan fuerte que siento como si quisiera fundirme en su pecho, yo rodeo su cintura y le devuelvo el abrazo. No quisiera tener que marcharme todavía, pero Samuel tiene que cenar y bañarse y se ha hecho tarde.

Nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto y hablar. Él se marcha por un lado y yo tomo el camino contrario rumbo a casa. Miro el móvil, no tengo ni un mensaje de Mario, ni una llamada. Nada que me indique que en algún momento de la tarde se ha preocupado por cómo estamos o si volveré a casa pronto. Nada que me haga ver que me echa de menos y quiere estar conmigo.

Nada de nada, como siempre. Lo guardo de nuevo en el bolso y cojo a Samuel de la mano manteniéndolo a mi lado. Él es el único ahora mismo que me da cariño y me necesita en todo momento.

Entro al baño con el móvil y abro el chat de WhatsApp, busco el nombre de Sergio en la lista de contactos y escribo un mensaje corto:

Yo: Gracias por el café de esta tarde. Lo he pasado muy bien contigo.

Espero a ver si me contesta mientras lavo mis dientes. Unos segundos más tarde está en línea y el mensaje «escribiendo» aparece bajo su nombre.

Sergio: Por ti lo que sea. Yo también lo he pasado bien.

Yo: Espero que nos veamos pronto, aún tenemos muchas cosas de las que hablar.

Sergio: Estoy seguro de ello. Te llamo esta semana y nos vemos.

Yo: Vale, buenas noches, Sergio.

Sergio: Buenas noches, preciosa.

Cierro el chat, lo borro antes de acabar de lavarme los dientes y después salgo del baño. No quiero que Mario pueda encontrar nada y volver a tener problemas, aunque me los habría buscado yo solita de encontrarlos.

Me meto en la cama y me giro hacia él acercándome para buscar su contacto, pero después de comprobar que ya se ha quedado dormido, suspiro y me doy la vuelta, dándole la espalda y quedándome en vela un par de horas, en las que no dejo de pensar en Sergio y lo que hemos hablado esta tarde.

Capítulo 3

Empiezo ponerme histérica, faltan por llegar algunos de los compañeros de Samuel para el cumpleaños y haciendo cuentas me faltan dos asientos en la mesa. Pregunto por tercera vez al encargado de la organización de las mesas y Mario viene tras de mí intentando tranquilizarme.

—¿Quieres serenarte? —dice tomándome de la mano y frotando mi brazo.

—Es que van a llegar todos y no van a poder sentarse —bufó enfadada señalando las mesas.

—Te han dicho que ahora lo arreglan, ¿no? —Asiento con la cabeza y resoplo—. Pues relájate o te va a dar algo. Es un cumpleaños para niños de cinco años, no creo que vayan a sacar pequeñas lanzas y acribillarte con ellas por eso.

—Ellos no, pero los padres seguro que me ponen a parir.

—No es culpa tuya, nosotros confirmamos el número exacto de niños y ellos no han contado bien las sillas. Relájate, por favor.

—Vale, pero como no lo arreglen pronto, ¡se van a enterar!

Me aparto de la barra y me acerco a los padres, con los que voy interactuando mientras que el resto de compañeros van llegando. Diez minutos después, el problema con las sillas está solucionado, y yo me voy relajando a medida que pasa la tarde.

Los niños juegan en la zona infantil, los padres charlamos animadamente y vamos haciendo turnos para levantarnos y vigilar que los niños estén bien. A veces alguno se pelea, otras hay que levantarse porque alguien se ha hecho daño, pero todo transcurre bastante tranquilo y los niños se divierten mucho.

Cuando ya ha soplado la vela de la tarta, se la han comido y Samuel ha abierto sus regalos, yo consigo relajarme del todo. Algunos de los padres ya se han marchado después de entregar su regalo, y otros, continúan hablando en la mesa mientras toman sus bebidas o cafés.

Me acerco hasta la zona de juegos a ver cómo está mi hijo y lo encuentro jugando con una niña más pequeña que él, a la que intenta ayudar a subir por una rampa.

—Samuel, cariño, deja a la nena, que es más pequeña que tú y puede hacerse daño ahí arriba.

—Pero ella quiere subir —dice sin hacerme caso e intentando subirla de nuevo.

—Samuel, hazme caso, por favor. Esta nena no puede subir ahí arriba, si se cae puede hacerse mucho daño.

—Bueno... Si se hace daño tendré que denunciar a la preciosa madre del niño que la ha subido hasta ahí.

La voz de Sergio a mi espalda me hace sentir un escalofrío por toda la columna. Me tensó y me doy la vuelta con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo, que me ha invadido de repente pensando en que Mario aparezca y me vea en este estado de nervios.

Abro la boca para hablar pero Sergio me hace una señal tapando sus labios con el dedo índice.

—Sé que está aquí, no te preocupes —me guiña un ojo y se acerca hasta apoyar su hombro en una columna cercana a mí—. A sido casualidad, no tenía ni idea de que estarías celebrando aquí el cumpleaños de tu hijo —añade en voz más baja y sin mirarme apenas.

—¿Llevas aquí mucho rato? —pregunto mirándolo de reojo.

—Lo suficiente para que me den retortijones y tener que ir al baño en dos ocasiones —dice con gesto serio.

—¿Qué quieres decir? —pregunto totalmente descolocada con su respuesta.

—Cariño, la madre de... —Oigo a Mario a mi espalda y me doy la vuelta con el corazón latiendo a mil por hora—, bueno, una madre, no sé cómo se llaman... Te está buscando.

—Va... vale, sí, ya voy...

Se acerca a mí y me da un beso en los labios, oigo como Sergio resopla y carraspea a mi espalda y me pongo más tensa todavía. Esta situación es la más incómoda que he vivido nunca.

La suerte que tengo es que Mario no llegó a saber nunca quién era la persona con la que le había sido infiel, ni su nombre, ni cómo era físicamente. Eso me deja relativamente tranquila, pues aunque están ambos a dos metros de distancia, no sabe que es él con quien estuve.

—Ve, yo me quedo con Samuel.

—Vale... Sí, ya voy —digo repitiéndome mientras miro hacia atrás para observar a Sergio, que no se ha movido un ápice de donde estaba.

—¿Te encuentras bien? —pregunta Mario al verme tan nerviosa.

—Sí, ya me voy. —Doy un paso a un lado y lo rodeo para salir hacia las mesas.

Me acerco a las tres madres que quedan en la mesa, que enseguida me miran y me hacen señas para que me sienten con ellas. Comienzan a hablar y contarme no sé qué cosa de un incidente que ocurrió la semana pasada entre uno de los profesores y el padre de un alumno.

Realmente no les presto demasiada atención, pues mis ojos no dejan de desviarse hacia la zona infantil, donde Mario y Sergio comparten el mismo espacio sin que el primero tenga conciencia de quién es la persona que tiene al lado.

Cuando la pareja de Sergio se acerca a él y lo coge del brazo mi estómago se revuelve, igual que el día en que los vi por primera vez juntos la semana pasada. Los observo con detenimiento, ella está algo seria, pero cuándo mira a Sergio la expresión le cambia y sonrío un poco, le da un beso en los labios.

Él no le devuelve ni la sonrisa ni el beso, se limita a dejar que ella le bese, y después de eso, se gira y busca mi mirada, la cual yo desvío agachando la cabeza y mirando mis manos, que se retuercen nerviosas sobre mis muslos.

Me disculpo con las chicas y me dirijo al baño, abro la puerta que da acceso a los servicios de hombres y mujeres y me dirijo al segundo. Cuando voy a abrir la puerta, una mano me agarra del brazo y me frena.

Me giro rápidamente asustada, no he visto a nadie salir de ninguno de los baños ni tampoco he oído las puertas abrirse. Me encuentro a Sergio mirándome fijamente a los ojos, suelta mi brazo y sonrío.

—¡Joder! Sergio, que susto me has dado... —digo poniendo la mano en mi pecho.

—¿Celosa? —pregunta de pronto, haciendo que, ahora sí, mi corazón bombee realmente rápido.

—¿Qué?

—Que si estás celosa.

—Qué cosas tienes... —Río nerviosa dando un par de pasos atrás.
—Tú cara me decía otra cosa... —Da un par de pasos hacia mí.
—Yo no estoy celosa... —miento, consciente de que sí lo estoy.
—Qué pena...

Vuelvo a intentar apartarme de él dando un paso atrás, pero estaba ya tan cerca de la puerta del baño que choco contra ella y me quedo atrapada entre esta y el cuerpo de Sergio, que se acerca despacio a mí.

Comienzo a sudar y respirar agitadamente, mi pecho sube y baja nervioso y mi boca se seca. Sergio se percata de mi estado y frena su acercamiento en seco con cara de preocupación.

—Eva, ¿estás bien? Joder, era una broma, no quería asustarte. —Da un par de pasos atrás y se aparta de mí.

—¿Asustarme? —No, él no me está asustando.

—Sí, parece que tengas miedo de que me acerque a ti —dice confuso.

—Sergio, que tú te acerques a mí no me asusta precisamente... —digo con un hilo de voz apenas audible, solo el silencio de este espacio hace que Sergio pueda escuchar lo que acabo de decir.

—Entonces, ¿por qué...?

La puerta de los servicios se abre y hace que Sergio calle de repente y se mueva introduciéndose en el baño de hombres, no sin dejar de mirarme con ojos interrogantes. La madre de Iker, uno de los compañeros de Samuel, nos mira y se queda parada al verme tan agitada.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Solo me he estresado un poco con lo del cumpleaños. Pasa, ya he terminado —digo apartándome de la puerta.

Me mira no muy convencida de mi explicación, luego mira la puerta por donde ha desaparecido Sergio y de nuevo a mí, pero no dice nada y se mete en el baño. Salgo rápido y me dirijo a la mesa donde Mario está sentado tomando unas cervezas con los dos padres que quedan todavía.

Miro la hora en el móvil, estoy muy nerviosa con lo que está sucediendo y solo tengo ganas de salir corriendo y respirar un poco de aire fresco. Hablo con Mario y le insinúo que estoy bastante cansada, pero como está de charla

con los padres, con los que parece haber hecho amistad, me pide que me siente, me relaje y espere un poco a que todos se marchen.

Echo un vistazo al local y encuentro a Sergio sentado en su mesa, mirándome y prácticamente ignorando la conversación que parece mantener con él su pareja.

Como empieza a incomodarme de verdad la situación, y Mario no parece querer irse a casa de momento, me levanto de la silla y llamo su atención para que me escuche.

—Cariño, yo me voy a casa. De verdad que estoy muy cansada y necesito darme una ducha.

—Vale, pues entonces ve. Deja a Samuel, que siga jugando un rato hasta que yo me vaya.

Asiento, le doy un beso y recojo mi bolso, me doy la vuelta y antes de salir a la calle doy un último vistazo a la mesa donde está Sergio. Sigue sin quitarme ojo de encima. Aparto de nuevo la mirada y salgo del local a ritmo normal, pero cuando cruzo las puertas y salgo a la calle, algo me empuja a acelerar el paso.

Todos los nervios que se han acumulado en mi cuerpo comienzan a salir en forma de lágrimas. Me detengo dos calles más allá, dejo caer mi cuerpo contra la pared del edificio y lloro tapando mi rostro, amortiguando mis gemidos.

Varias personas pasan por mi lado sin pararse, nadie pregunta si estoy bien, hasta que unas manos agarran mis muñecas y las separan de mi rostro descubriéndolo, empapado en lágrimas.

—Ven aquí... —dice Sergio atrayéndome hacia su cuerpo y abrazándome.

Mis lágrimas disminuyen poco a poco mientras mi cuerpo se relaja entre sus cálidos brazos. No sé qué hace aquí, si me ha seguido nada más salir del local y me ha visto llorar desde el principio. Pero le agradezco que esté en este momento a mi lado, aunque básicamente él sea el motivo de mis lágrimas.

—¿Estás mejor? —pregunta cuando me separo de su cuerpo y suelto un suspiro.

—Sí, gracias.

—¿Vas a decirme qué te pasa?

—Solo es la tensión de esta tarde, todo lo del cumpleaños y eso... —
miento mientras seco mi rostro con un pañuelo para no mirarlo a la cara.

—¿Vas a decirme la verdad? —pregunta cuando termino de limpiarme y
por fin lo miro.

—La verdad ¿sobre qué? —Desvío de nuevo la mirada.

—La verdad de por qué te has puesto así.

—Me has puesto muy nerviosa antes... lo siento.

—¿Por qué? —Toma mi barbilla y levanta mi rostro, haciendo que lo mire
a los ojos—, si no tenías miedo de mi actitud.

—Porque estabas muy cerca y me estabas poniendo nerviosa.

—¿Por qué? —repite la pregunta.

—Porque no sabía qué ibas a hacer acercándote tanto, ni lo que querías
decir con eso de que era una pena que no estuviese celosa.

—¿Y quieres saberlo?

—No lo sé...

—¿Por qué? —pregunta otra vez.

—Porque me da miedo saber la respuesta.

—Lo pregunto por última vez, si quieres saberlo es tu oportunidad,
¿quieres saber por qué lo he dicho?

—Sí —contesto enseguida, la curiosidad me puede más que el miedo.

—Vale... Lo he dicho porque me da la sensación, viendo tus miradas y
los gestos de tu cara, que tú todavía sientes algo por mí. —Esa respuesta me
hace enrojecer de vergüenza, siempre ha sabido leerme y odio ser un libro
abierto para él—. Sabes que siempre he sido muy observador, Eva.

—Sí... lo sé...

—Y... ¿Estoy en lo cierto o me estoy equivocando?

—¿Y si no quiero responder a esa pregunta?

—Estarás respondiendo igual, Eva... Porque si fuera un no, lo dirías
claramente.

—Yo... Sabes que siempre te querré, Sergio. Pero ya no es lo mismo...
—miento.

Oculto la verdad porque no quiero que sepa que todavía lo amo. Y menos
ahora que él tiene pareja y no serviría de nada sacar a la luz estos
sentimientos.

Capítulo 4

No he dejado de llorar desde que he entrado por la puerta de casa. Siento como si mil agujas se me clavaran en el corazón y me duele hasta respirar. Llevo media hora bajo el chorro del agua, camuflando mis lágrimas con ella.

Soy estúpida, muy, muy estúpida, por pensar que no ocurriría nada por verlo. Sabía que mis sentimientos por Sergio no se habían borrado, que nunca he dejado de amarlo, pero no pensé que me afectaría hasta este punto. Ahora no puedo dejar de pensar en verlo una vez más, y estar acerca de él hace que me tiemble hasta el alma.

Cuando estábamos solos en los servicios, mi mente solo pensaba en una cosa, deseaba ardientemente que me besara, deseaba que aquel momento en el callejón se repitiera y que su cuerpo acorralara el mío contra la maldita puerta del baño de mujeres.

Me daba igual que Mario estuviera afuera, me daba todo igual, excepto la cercanía de su cuerpo, su olor, y el sabor de sus besos, que todavía recuerdo a la perfección. De la misma forma que recuerdo el tacto de sus manos en mi piel, cómo acariciaba cada centímetro de ella cuando estábamos juntos, cómo la besaba.

Podría incluso sentirla si cerrara los ojos y me concentrara solo en imaginarlas. Podría erizar, sin estar siquiera presente, cada parte de piel que yo misma imaginara que va recorriendo. Siempre lo conseguía cuando estábamos juntos.

Salgo de la ducha y me enrolló en la toalla, seco mi cuerpo sin prisa y respiro profundamente intentando relajarme un poco. Pongo un poco de crema hidratante en mis manos y la paso por mis piernas dándome un ligero masaje y hago lo mismo en mis brazos. Una vez terminada esa tarea seco mi pelo y recojo los mechones que caen por mi rostro con un par de oquillas.

Escucho la puerta de entrada, Samuel entra tan feliz como siempre, hablando animadamente con su padre sobre lo bien que se lo ha pasado en la fiesta de cumpleaños. Salgo del baño y me pongo el pijama, mientras lo hago, Mario y el niño entran en el dormitorio.

—¡Me lo he pasado súper bien! —grita mientras va brincando por el dormitorio—. ¿Podemos hacer otra fiesta mañana?

—Lo siento, cariño, pero las fiestas de cumpleaños solo se pueden hacer una vez al año.

—¿Y cuánto falta para que sea otra vez mi cumple?

—Un año —digo alborotando su pelo.

—¿Eso es muchos días?

—Sí, unos pocos.

—Jooo... —dice haciendo pucheros y cruzándose de brazos.

—No quieras que pase el tiempo tan rápido hijo —dice Mario—. Cuando hayas crecido y te hayas hecho mayor, ya no tendrás fiestas de cumpleaños tan chulas como esta.

—¿Por qué no, papi? —pregunta sin dejar de hacer pucheros.

—Porque a los mayores no nos dejan entrar en esos parques de bolas tan chulos como en el que has jugado tú hoy —explica Mario cogiéndolo en brazos.

—Entonces no quiero ser mayor.

—Ya... Yo tampoco quería —Ríe Mario llevándose al niño a su dormitorio.

Como se ha hecho tarde y la merienda ha sido abundante, todos nos acostamos sin cenar. No obstante, yo que he sido la que menos ha probado bocado por los nervios, me hago un vaso de leche caliente y me lo tomo sentada en la cama.

Mario prepara a Samuel, le pone el pijama tras la ducha y lo acuesta, dejándole como siempre la lamparilla de estrellitas encendida, para que no tenga miedo por las noches. Cuando Samuel se ha quedado dormido, Mario regresa al dormitorio, se cambia de ropa y se mete en la cama.

Apenas hablamos, lo único que Mario me dice antes de quedarse dormido, es que ha dejado los regalos en el coche y que mañana los subirá. Casi todas las noches son así, en raras ocasiones mantenemos una conversación una vez que el niño se ha dormido y estamos solos y tranquilos.

Hace ya bastante que Mario y yo volvimos a caer en la misma odiosa rutina. De nuevo apenas nos comunicamos, otra vez, como antes, apenas nos tocamos. Ahora nuestro tiempo libre lo dedicamos a Samuel y sé perfectamente que si quisiéramos, podríamos pasar más tiempo a solas.

Raquel jamás ha puesto inconvenientes en quedarse con el niño para que hagamos cosas juntos, simplemente ya no nos proponemos hacerlo, y si alguna vez ha surgido la ocasión, no la hemos aprovechado.

Al principio buscábamos cualquier excusa para salir y hacer cosas juntos. Un fin de semana para salir a cenar, una tarde para ir al cine, una noche tranquila para hacer el amor sin que nos interrumpiera el llanto del bebé. Al menos una vez al mes, organizábamos algo para nosotros solos, ahora, ya no hay nada que hagamos a solas.

Empezamos a retrasar las salidas, un mes porque Samuel se ponía enfermo, otro, porque en las películas de cartelera no había nada que nos gustase. Al siguiente yo proponía un plan y Mario estaba demasiado cansado para salir. Así, uno detrás de otro, los planes se fueron acabando, hasta que un día dejamos de organizar nada.

Al terminar la leche, me recuesto y cierro los ojos, pensando en que podría proponerle de nuevo salir esta semana los dos. Puede que si se lo planteo a Mario, podamos volver a hacer cosas juntos, salir de nuevo de la rutina y hacer que nuestra relación sea como cuando tuvimos la crisis.

Eso me hace pensar también en lo ocurrido esta tarde con Sergio, cuando nos hemos despedido luego de que me siguiera a la calle. Lo que me ha dicho antes de marcharnos cada uno a nuestras casas no me ha dejado indiferente.

Pero es una locura, no puedo caer de nuevo en esa tentación y encontrarme con él a escondidas, ahora los dos tenemos compromisos. Pienso en sus palabras antes de dormirme.

«—Sabes que no he podido olvidarte, Eva. Sabes que no estoy bien con Carolina, y sabes tan bien como yo, que tú tampoco lo estás con él. ¿Por qué no vernos y darnos lo que ellos no son capaces de proporcionarnos? Sin compromiso. Lo he estado pensando desde que apareciste en el hotel el otro día, piénsalo tú también y llámame cuando sepas lo que quieres hacer.»

Me despierto la mañana del domingo con el brusco salto que Samuel da encima de mí. Miro el reloj, tan solo son las ocho de la mañana y ya está dando guerra. Salgo con desgana de la cama y le preparo el desayuno, le enciendo la televisión de la cocina y le dejo puesto el canal de dibujos mientras se toma la leche.

Regreso al dormitorio y me siento en la cama, estiro mis todavía dormidos músculos y suspiro, estoy cansada. Me tienta volver a tumbarme y quedarme de nuevo dormida, pero si lo hago, luego no habrá manera de

quitarme de encima la pereza, así que me levanto y me meto en la ducha para despejarme.

Cinco minutos debajo del agua y ya me siento mucho más animada, salgo y seco mi cuerpo antes de volver a enfundarme la ropa de estar por casa. Me preparo un café y observo como Samuel retira su vaso de leche y lo deja en la encimera, seguidamente, guarda las galletas que le han sobrado en el armario de la despensa.

—Voy a jugar a mi *bitación* —dice antes de desaparecer de la cocina.

Cambio el canal y pongo uno de esos programas nuevos sobre cambios físicos. Es impresionante como puede cambiar el cuerpo de una persona, subir de peso hasta llegar a casi los doscientos kilos y luego ser capaz de sacar la fuerza necesaria para perder más de la mitad de su peso a base de ejercicio y constancia.

Cuando el programa se acaba, me levanto y voy al dormitorio, Mario todavía duerme como un tronco. Me acerco a la habitación de Samuel, está tranquilamente pintando en el último cuaderno que le compramos. Sonrío pensando en lo buen niño que es, me acerco y le doy un beso en la cabeza.

—Mira que bien pinto —dice enseñándome el perro que está coloreando.

—Es precioso, cariño, lo haces muy bien.

—Sí, es que yo ya sé pintar mucho.

—Claro, y más que vas a saber, eres un niño muy listo.

—Sí —dice volviendo a su dibujo.

Vuelvo al dormitorio y toco el brazo de Mario intentando despertarlo. Gimotea como un chiquillo que no quiere levantarse de la cama, pero insisto hasta que abre un poco los ojos.

—Cariño, despierta —digo empujando su hombro—. Vamos, ¿por qué no hacemos algo hoy? Tú y yo. Podríamos dejar a Samuel con Raquel un rato. Podemos salir a comer e ir al cine.

—Mmm... ¿tiene que ser hoy? —pregunta con la voz ronca y los ojos cerrados.

—¿Por qué no? Hace tiempo que no salimos solos.

—Ya... pero estoy agotado... —Esta historia ya me la sé.

—Vamos, cielo. Tengo ganas de hacer algo contigo —insisto.

—¿Y por qué no la semana que viene? Seguro que Raquel ya tiene planes. No puedes llamarla de un momento a otro y llevarle a Samuel.

—Sabes que nunca pone pegos, le encanta estar con Samuel, y a Samuel le encanta estar con ella.

—Ya, pero es precipitado y Raquel siempre hace planes... —repite la excusa y ni siquiera abre los ojos para hablarme.

—Vale, déjalo —digo airada saliendo del dormitorio.

—No te enfades, cariño —responde lastimero alzando un poco el volumen para que pueda oírlo.

—Vete a la mierda... —susurro para mí misma.

Estoy harta de esto, de vuelta a intentar que esta relación no se vaya a la mierda, y de nuevo obtengo la misma respuesta. Vuelve a ser el mismo Mario soso y despegado de siempre. Ese al que me acerco buscando un poco de cariño, y que lo único que sabe darme, es un minúsculo beso antes de volver a apartarse de mí, como si hacerme alguna carantoña le costase la vida.

Vuelvo a estar muy cansada de ir detrás de él para que me preste algo de atención, y lo más jodido es que yo creí que podría cambiar, por eso me quedé con él. Al final resulta que dejé escapar al hombre que me daba todo lo que necesitaba, él era quien me llenaba de todas esas cosas que anhelaba y que todavía necesito en mi vida. Cariño, ternura, amor y un sexo increíble.

Ahora todo eso ya no es posible, él tiene pareja y una hija, quiere casarse con ella, yo solo sería la amante a la que vería a escondidas de vez en cuando. Eso hace que me duela el pecho y quiero gritar de frustración.

Perdí mi oportunidad de ser feliz con él, una oportunidad que no volverá, a no ser, que su relación también acabe yéndose a la mierda. Egoístamente pido al universo que eso ocurra.

Por mi cabeza pasan varios pensamientos: que ya no puedo más con mi matrimonio, y que quiero volver a ver a Sergio.

Capítulo 5

Raquel me recibe a la hora de comer, quedamos ayer en vernos, necesito hablar con ella y contarle lo que me está pasando de nuevo. De cara a todo el mundo, hasta ahora, las cosas entre Mario y yo iban estupendamente. No he querido hablar del tema con nadie, ni siquiera con Raquel, para no preocuparlos.

Sé que mi costumbre de tragarme para mí misma los problemas que tengo, no es buena, que al final estas cosas, como se suele decir, crean úlceras. Y como a mí ya se me está haciendo demasiado pesado para soportarlo sola, necesitaba hablar con ella.

—No te veo muy bien. ¿Qué te pasa? —pregunta nada más sentarme a la isla de la cocina.

—¿Sabes? Esta vez no voy a ser tan tonta para continuar con algo que está claro que no tiene solución.

—Y con ese algo, ¿a qué te refieres?

—A mi matrimonio —digo soltando un suspiro.

—¿Otra vez estáis mal? Pensaba que hacía tiempo que habíais arreglado las cosas.

—Y yo... Pero está claro que Mario no tiene arreglo. Yo no quiero cambiar su forma de ser, de verdad que no, pero necesito cosas que él no va a darme nunca, porque no está en su naturaleza.

—¿Desde cuando estás así? —pregunta seriamente.

—Hace tiempo. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que te pedimos que te quedases con Samuel para salir a solas?

—Eeem, no...

—Yo tampoco... Fuimos posponiendo las ocasiones para salir juntos, las fuimos dejando pasar, unas veces por unas cosas y otras por otras. Cuando quise volver a salir con él a solas, empezó a ponerme excusas de nuevo. Que si estaba cansado, que si no había nada en el cine que le gustara, que si tenemos que ahorrar para las cosas de Samuel... —explico cabizbaja.

—Vuelve a intentarlo, puede que le apetezca ahora si hace tiempo que no salís.

—Ya lo he intentado, este mismo domingo le propuse llamarte y salir

solos. Pero me dijo que era muy precipitado, que ya tendrías planes para ese día y que lo dejáramos para el siguiente fin de semana.

—Sabes que no te hubiese puesto problemas —me dice cruzada de brazos.

—Ya lo sé, y él también lo sabe, son simples excusas para no salir y ya no voy a aguantarlo una vez más. Esta vez lo tengo decidido, Raquel, voy a pedirle el divorcio... —Termino esa frase con lágrimas en los ojos.

—¿Tan claro lo tienes? —pregunta tomando una de mis manos y apretándola, intentando consolarme.

—Sí, ya no puedo seguir así, ser siempre yo la que intente salvar las distancias que se abren entre nosotros por su dejadez. No puedo dar una nueva oportunidad y conseguir tan solo unos meses de cambio, que luego volverán a lo mismo, como tantas otras veces.

—Entonces te ayudaré en lo que necesites, sabes que te apoyaré en lo que sea.

Salgo un día más del trabajo, estoy agotada anímicamente, me siento cansada y triste. Desde hace días no hago más que llorar, y lo peor de todo, es que Mario no parece darse cuenta de mi estado de ánimo, algo que todavía me hunde más si cabe. Que no se dé cuenta de que estoy pasándolo mal, me hace ver más claro lo poco que se fija en mí.

Ha pasado otro fin de semana, y tras volver a proponerle salir un rato a solas, volví a obtener una excusa para no hacerlo. Esta vez fue porque había quedado con un compañero a tomar unas cervezas, y claro, no le parecía bien dejarlo plantado cuando él y yo podíamos salir cualquier otro día.

Estoy tan cansada, que necesito cambiar mi vida ya mismo, o no saldré de ella nunca, conformándome con migajas de vez en cuando. Tomo en este instante, de camino a casa, la decisión de llamar a Sergio. Necesito verle, necesito desahogarme y sé que él va comprenderme mejor que nadie.

Cojo el teléfono y envío un mensaje antes de llamar, no quiero causarle problemas con su pareja.

Yo: Hola, Sergio. Necesito hablar contigo. ¿Estás disponible?

Aguardo con la pantalla del WhatsApp sin cerrar, esperando que me lea

pronto y poder llamarle, pasan un par de minutos y no obtengo respuesta. Cuando estoy a punto de volver a tomar el camino a casa, el teléfono suena, Sergio ha llamado directamente sin responder el mensaje.

—Hola, preciosa. ¿Estás bien? —pregunta nada más descolgar.

—No, no estoy bien, Sergio. Necesito verte... —digo ya casi llorando.

—Dime cuándo y dónde, estoy ahí como un clavo.

Sonríó ligeramente con su respuesta, sabía que no tardaría en aceptar que nos viéramos, y más cuando sabe que estoy mal.

—¿Puede ser hoy?

—Sí, ¿dónde?

—La verdad es que no lo sé...

—Carolina está en Astorga con la niña, si quieres... Ya sé lo que vas a pensar, pero es el mejor sitio para estar a solas y tranquilos.

—Ya... No sé si es buena idea, Sergio...

—Eva, no va a ocurrir nada —asegura.

—Está bien, nos vemos allí a las cuatro y media.

Termino aceptando, aunque yo no estoy tan convencida de poder evitar que ocurra algo, y más en esa habitación, que tiene tantos recuerdos de cuando estuvimos juntos. Pero tiene razón en que es el mejor sitio para hablar en privado, sin que nadie que nos conozca pueda vernos.

Llego a casa, y como siempre, Mario me espera con la comida puesta en la mesa. Tras el beso de rigor, nos sentamos y comentamos un poco cómo nos ha ido el día. Lo mismo de siempre, cada día es igual que el anterior.

Después de la comida se tumbará en la cama a descansar y, cuando llegue la hora de ir a recoger a Samuel, me preguntará si voy yo, que estaré menos cansada al trabajar sentada en una oficina.

Pero hoy puede olvidarse de eso, tengo que ver a Sergio y será él quien tenga que salir a por el niño. Le diré cualquier cosa y me marcharé a San Andrés.

Necesito hacer esa visita y verle, tengo que hablar con él y averiguar si tengo alguna posibilidad de que, esta vez, él me elija a mí. Pues estoy completamente convencida de que mi divorcio es un hecho.

—Hoy tendrás que recoger tú a Samuel —le informo mientras friego los platos.

—¿Tienes que salir?

—Sí, he quedado con Raquel.

—De acuerdo, no te preocupes.

Como no pregunta nada más, termino de recoger los utensilios y colocarlos en su sitio, en silencio. Mario sale de la cocina y me deja sola terminando la tarea. Yo lo busco una vez que he acabado, le encuentro en el comedor viendo la televisión.

—Voy a marcharme ya, no sé a qué hora llegaré. Mira si hay algo para la cena, o compra si es necesario, te aviso cuando esté de vuelta —anuncio desde la puerta del salón.

—Vale, cielo... —responde sin apartar la vista de la televisión.

Cojo la chaqueta del perchero, el bolso y salgo por la puerta, bajo al garaje y me subo al coche, arranco y salgo sin pensármelo hacia el hotel. Esta vez no siento remordimientos.

Mario se ha encargado de hacer que lo que sentía por él se vaya apagando lentamente, hasta que ya no es más que el amor que siento por el que es el padre de mi hijo.

No quiero hacer nada físico con Sergio, eso sería volver a hacer las cosas mal. Esta vez quiero hacer lo correcto, pero para saber lo que me espera si acepto la proposición de Sergio, tengo que hablar con él y dejar las cosas claras.

Luego me encargaré de hacer saber a Mario que mi decisión de pedirle el divorcio está tomada.

Entro al hotel y espero a Sergio en el *hall*, tal y como me ha indicado en el mensaje que he recibido por el camino. Un par de minutos más tarde aparece por el ascensor y me hace señas para que le siga.

Me levanto del sillón en el que estaba esperando y me dirijo hacia él, bastante nerviosa. Al llegar a su altura, me da un abrazo rápido y toma mi mano, guiándome con él al interior del elevador.

Rememoro el primer día en que estuve en este ascensor, al igual que ahora, Sergio sujetaba mi mano y sonreía. Yo estoy tan nerviosa o más que aquel día.

Las cosas no han cambiado demasiado, sobre todo en la actitud que siempre tiene para conmigo, constantemente atento y cariñoso.

—Siento haberte hecho esperar tanto —comenta ladeando la cabeza para mirarme—. Tenía una llamada que hacer, e iba para largo.

—No te preocupes, no ha sido para tanto —respondo con una sonrisa restándole importancia.

—Vamos.

Tira de mí al abrirse las puertas y le sigo por el pasillo. Con cada metro que nos acercamos a esa *suite*, mi corazón bombea más y más rápido, hasta he empezado a sudar, y eso que todavía hace frío.

Cuando abre la puerta y entramos al salón, se queda parado con mi mano aún asida a la suya, me observa unos segundos y luego me besa los nudillos antes de soltarme.

—Ponte cómoda, sabes que estás en tu casa.

—Gracias —digo soltando mi bolso, como siempre, en la mesa.

—Ven —me indica desde el sofá—. ¿Quieres tomar algo?

—Un poco de agua estará bien.

Se acerca al mueble-bar y saca un par de botellines, alcanzándome uno y dejando el otro en la mesilla cercana al sofá.

—¿Qué es lo que te ocurre? —pregunta una vez nos hemos acomodado.

—Tenías razón al decir que no estoy bien con Mario, estoy harta, Sergio, no puedo más con él. No hago otra cosa que intentar arreglar la situación, pero no me ayuda, y ya no soporto ser siempre la única en intentarlo.

—Ha vuelto a las andadas, ¿eh? Qué raro en él... —dice irónicamente.

—Ya... Ya sé que me vas a decir que esto ya lo esperabas.

—Exacto.

—Sinceramente, yo creí que esta vez sería la definitiva y que lo mío contigo le haría ser más constante, que no volvería a fallarme. —Miro a Sergio ya con lágrimas en los ojos—. Está claro que mis sentimientos, y lo que

yo necesito, le importan bien poco.

—Simplemente no sabe darte lo que necesitas —dice muy serio—. Nunca ha sabido, y nunca sabrá, porque él no es como tú y no le nace hacerlo.

—Lo sé... y eso me hace daño, porque yo confiaba en que al menos estuviese dispuesto a ser más constante, a no volver a la rutina que nos hizo casi hundirnos hace cinco años.

—Sabía que esto te pasaría, y créeme que yo no quería que fueras infeliz, pero había algo en mí, que sabía que un día volverías a buscarme. —Hace una pausa antes de continuar—. Lo irónico es que también sabía que para cuando eso ocurriera, yo tendría a alguien en mi vida, y entonces ya no podría darte lo que tú necesitas y eso es exactamente lo que ha pasado.

Capítulo 6

Sus palabras se me clavan en lo más profundo del corazón, pues con eso me deja claro que, si empezamos a vernos, será tan solo como amantes. Ahora tiene pareja, y como dijo, si nos vemos es sin compromiso.

No pensé que Sergio se planteara hacer algo así, engañar a su pareja sin querer dejarla, pero yo no soy quién para juzgar eso, soy la menos indicada para nada.

Intento contener las lágrimas, mi cabeza me decía, que si Sergio estaba dispuesto a que nos viéramos, era porque todavía sentía algo por mí. Que ese algo era lo suficientemente fuerte para que quizás, en algún momento, se pensase el quedarse conmigo. Pero ahora, con lo que me acaba de decir, dudo que esa sea una posibilidad.

—Tienes toda la razón, es exactamente lo que ha pasado. —Me levanto del sofá y me acerco a las puertas de la terraza. Ahora mismo me cuesta mirarle a la cara—. Me alegro de que tengas alguien en tu vida que te haga feliz...

—En eso no estás completamente acertada —dice acercándose a mí—. Si Carolina me hiciera feliz del todo, no te habría planteado la posibilidad de vernos. Sé que suena fuerte, la amo y no tengo la intención de dejarla, pero también tengo la necesidad de verte a ti.

—Te entiendo perfectamente, sé lo que sientes, Sergio, yo he estado en tu misma situación —digo dándome la vuelta para mirarlo a los ojos—. Por desgracia fuiste tú quien sufrió las consecuencias de esos sentimientos.

—Por desgracia no, Eva, gracias a eso te conocí. ¿Tú te arrepientes de lo que pasó? Porque yo no.

—No, yo tampoco me arrepiento, solo que me duele lo que te hice sufrir.

—Eso ya es cosa del pasado, ven aquí, anda. —Me sujeta de los brazos y me atrae hacia él, dándome un abrazo.

Me reconforta el calor de su cuerpo, rodeo su cintura y le devuelvo el abrazo. Lleno mi pecho de aire y lo suelto en un suspiro que le hace reír.

—Suspiras como una adolescente enamorada, tal y como antes, cuando

todavía me amabas —comenta alegremente haciendo que mi corazón se acelere.

Guardo silencio ante el comentario, no quiero que sepa que ese sentimiento nunca ha desaparecido de mi corazón. Ya lo negué cuando me preguntó si todavía sentía algo por él, pero estoy segura de que va a mirarme a la cara y lo va a ver, tan claro como ya lo ha visto anteriormente, por mucho que yo intente esconderlo en lo más profundo de mi ser.

—¿Eva? —dice separándose de su cuerpo y mirándome seriamente a los ojos.

Aparto de él mi mirada, me avergüenza que vea lo patética que soy. Siento vergüenza de que vea que por más que he querido, no he podido sacar de mí ese sentimiento y más cuando le hice daño quedándome con Mario. Arruiné la posibilidad de ser felices juntos, para que al final, vaya a terminar dejando de todas formas a mi marido.

—Eva, dime que ya no me amas, por favor —me pide buscando de nuevo mi mirada.

—Yo... no... No te amo Sergio, ya te lo dije el otro día, ya no es lo mismo —respondo rehuendo de su escrutadora mirada.

—Mentira —afirma tomando mi barbilla, haciendo que lo encare—. Dímelo a la cara, no huyas de mis ojos cuando respondas.

—No te amo —respondo sin poder evitar desviar de nuevo mi mirada al decir «amo».

—Vuelves a hacerlo... Joder, Eva —dice soltándose el rostro.

—No te preocupes... —me rindo al fin, a sabiendas de que no voy a poder engañarlo—. Sé que tú a mí ya no me amas, y no puedo ser tan egoísta de llegar ahora y volver a ponerte la vida patas arriba con mis sentimientos. Puedes estar tranquilo de que no voy a hacer nada que pueda poner en peligro tu relación.

—No se trata de eso, se trata de que ahora no puedo pedirte que nos veamos.

—¿Por qué no? —digo un poco asustada, no quiero que vuelva a desaparecer de mi vida.

—Porque si nos vemos la que sufrirá ahora serás tú, y yo no quiero

hacerte eso.

—Eso es decisión mía, si quiero sufrir o no, es cosa mía. Tú no dejaste que me apartara de ti cuando la situación estaba al revés. No me apartes ahora de ti por eso, por favor

—No es lo mismo —replica.

—¿Por qué?

—Porque al final yo conseguí que me amaras.

—¿Y de qué sirvió si no me quedé contigo?

—Ya, bueno, pero lo conseguí —dice con una pequeña sonrisa triunfal.

—Es posible que yo termine consiguiendo lo mismo esta vez... — respondo haciendo que se ponga serio.

Me mira sorprendido, como si hubiese dicho algo que no esperase. Yo le observo aguardando que diga algo más, que me diga que no quiere que haga eso, que ahora tiene a su pareja y no quiere amarme a mí, pero no dice nada.

Sus ojos van cambiando poco a poco. Creo apreciar que sus pupilas se han dilatado, y me mira con tanta intensidad que empiezo a temblar. No quiero que se aleje de mi vida de nuevo, no puedo dejar que vuelva a pasar lo mismo que la otra vez. Deseo que se quede, y esta vez, que sea para siempre.

Mi necesidad de él hace que no soporte más este espacio vacío que ha quedado entre nosotros. Sin mediar más palabra, me acerco de nuevo a su cuerpo, lo hago despacio, pues temo que lo que he dicho no sea lo que él quiere y vaya a rechazarme. Pero lo que veo en sus ojos me cuenta lo contrario, sé que me desea, no es la primera vez que me mira así.

Pongo las palmas de mis manos en su pecho, acariciándolo suavemente por encima de la tela de su camisa mientras asciendo hacia su cuello. Fijo mi mirada en mis manos mientras las desplazo y luego observo su boca. Trago saliva y suspiro, mi cuerpo hace rato que tiembla, pero no tengo frío, es la necesidad de besarle de nuevo la que hace que me sienta así.

—Bésame, por favor —dice por fin posando sus manos en mi cintura y apretando ligeramente.

No me hago de rogar, pues lo necesito tanto o más que él. Poso mis labios sobre su boca, que busca inmediatamente abrirse paso en la mía, e introduce su lengua. Nos besamos con urgencia, es como si llevásemos todos estos años esperando que ocurriese de nuevo.

Me aferro a su cuello, enredo los dedos en su pelo y tiro suavemente de él. Sergio me aprieta contra su cuerpo abrazándose fuerte a mi cintura, respiramos entrecortadamente cada vez que nuestros labios se separan para coger algo de aire.

Estoy excitada, noto mis pezones duros y mi sexo se humedece con cada caricia de sus manos en mi espalda. Él también se está excitando, noto como su erección crece y se clava cada vez más contra mi vientre.

Sus manos comienzan a moverse por mi cuerpo, acaricia mi costado y arrastra mi camisa, sacándola de mi pantalón. Metiendo la mano por debajo roza mi piel con la yema de sus dedos y esta se eriza al instante.

Sonríe contra mi boca, sabe que las reacciones que tiene mi cuerpo son obra suya, y sé que le encanta que me excite tanto con sus caricias. Sobre todo, cuando todavía no ha hecho más que rozarme.

Sube sus manos y agarra uno de mis pechos, lo aprieta con cuidado y a continuación pellizca el pezón. Gimo contra su boca, le muerdo el labio y él gruñe. Me encanta hacerle eso.

Saca las manos de mi camisa y me agarra por el trasero, haciendo que levante las piernas y las enrede en su cintura. Me lleva hasta la cama y me tumba en ella, cayendo sobre mi cuerpo con poca delicadeza.

Nos besamos y acariciamos sin control, mi mente está apagada y solo mi cuerpo siente cada roce de su piel en la mía. Levanta mi ropa y besa mi vientre, subiendo poco a poco, lamiendo y mordisqueando hasta llegar a mis pechos.

—Joder... No sabía que las había echado tanto de menos hasta ahora — dice antes de agachar el rostro y chupar uno de los pezones.

Me retuerzo bajo su cuerpo, el placer que me provoca su boca en cada rincón del cuerpo es extasiante, quisiera sentirme así cada día el resto de mi vida...

Pero esto no será más que una aventura, cuando acabe conmigo regresará a su hogar, con su pareja, y yo volveré a mi monótona vida. Tan solo habrá una diferencia, que dejaré a Mario, y esta vez seré yo la amante.

—Para... —pido casi en un susurro que Sergio no parece escuchar—. Para... Sergio, para —pido esta vez más alto.

—¿Qué ocurre? —pregunta extrañado apartándose de mí.

—Lo siento, no puedo seguir...

Empujo ligeramente su cuerpo y se incorpora, salgo de la cama y coloco mi camisa mientras me dirijo al salón de la *suite*.

—¿He hecho o dicho algo que te haya molestado?

—No, Sergio. Es... El problema es mío. —Me detengo y me doy la vuelta de nuevo—. No quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte, ahora tienes pareja. ¿Estás completamente seguro de querer hacerle esto con cualquiera?

—Te equivocas, Eva —dice muy serio poniéndose en pie—. El único motivo que me lleva a hacerle esto, es que eres tú la que está en esta habitación conmigo. Porque si engaño a Carolina, tú eres la única mujer con la que quiero hacerlo.

Me deja sin palabras, no sé qué decir ante eso, y lo único que consigo es echarme a llorar. Termino de colocar mi ropa y paso las manos intentando quitar las arrugas que se han formado. Sergio da un par de pasos hacia mí, pero levanto la mano y le pido que se detenga antes de que se acerque más.

—Necesito hacer algo antes de que esto vaya a más. Siento... dejarte así —digo señalando su entrepierna—. Pero quiero hacer las cosas bien por una vez en mi vida.

—¿Qué quieres decir con eso, Eva? —pregunta extrañado.

—Ya lo sabrás. —Me acerco hasta él y le doy un beso en los labios—. Te llamaré, lo prometo.

—¿Estás segura?

—Sí.

Vuelvo sobre mis pasos hasta la entrada, cojo el bolso de la mesa y salgo por la puerta, dejando a un Sergio excitado y confuso. Yo también estoy confusa, y sobre todo estoy excitada, pero hay algo que debo hacer antes de que esto se convierta de nuevo en una aventura para mí.

Sí él quiere que yo sea su amante, lo seré, pero por mi parte voy a terminar de una vez por todas con mi relación con Mario. No volveré a serle infiel, no quiero volver a mentirle, no volveré a hacerle daño

innecesariamente.

Mi amor por Mario murió hace tiempo y yo no me había dado cuenta, y aunque me duele que esto termine después de tantos años, no puedo continuar con algo que ya no tiene sentido. Ya no hay nada más que pueda hacer para salvar mi matrimonio.

Capítulo 7

Casi no he pegado ojo en toda la noche. Al llegar a casa por la tarde no creí oportuno hablar con Mario, pues el niño estaba algo alterado y no dejaba de reclamar mi atención, además de que no quiero tratar el tema delante de él.

He llamado a Raquel al dejar a Samuel en el colegio y marcharme hacia el trabajo, quiero hablar con ella y que me infunda toda la fuerza que necesito para no derrumbarme. También he hablado con Julia y le he pedido que me dé el día libre, necesito hacer esto con calma y preparar un par de cosas antes de que llegue Mario a casa.

Tengo decidido marcharme hoy mismo con mi amiga, en cuanto llegue él, le comunicaré mi decisión, y luego me iré de casa. Es mejor que las cosas queden claras y se termine en este mismo momento, pues si me quedo en nuestro piso es probable que intente convencerme de que lo arreglemos de nuevo.

Esta vez no hay solución.

Llego a casa de Raquel, lo primero que hace al verme es darme un abrazo, es justo lo que necesito.

—Vamos, pasa. —Entro y dejo mis cosas mientras cierra la puerta tras de mí—. Ya he preparado café, siéntate.

—Gracias.

—Cuando me has llamado, he dejado lo que estaba haciendo y me he puesto a ordenar el dormitorio.

—No hace falta que hagas nada de eso por mí —le digo.

—No es por desorden, es por espacio. He hecho hueco para tus cosas —dice sirviendo un poco de café en las tazas—. ¿No pensarás que voy a dejar que tus cosas anden por ahí en cualquier lado? Tengo espacio de sobra en el armario.

—Gracias de nuevo —le digo mientras remuevo el azúcar—, por dejar que me quede aquí una temporada.

—Eva, sabes que no hay problema, mi cama es tu cama —ríe y me señala con el dedo—, pero no se te ocurra meterme mano.

—Tranquila, que no me van las mujeres —contesto también riendo.

Conversamos un poco sobre cómo voy a llevar el diálogo con Mario, un par de consejos me van muy bien, pues estoy muy nerviosa. Sé que esto va a hacer daño a mi marido pero es que ya no encuentro otra solución para nuestro matrimonio.

Decido contarle a Raquel que he vuelto a ver a Sergio, el otro día no llegué a explicarle el porqué de mi salida cuando recogí a Samuel y ya que voy a vivir con ella, creo que es lo lógico que sepa todo lo que pasa.

—Tengo que contarte algo más —comienzo—. He vuelto a ver a Sergio.

—¿Cómo? —pregunta con cara de espanto— ¿Ha vuelto buscarte?

—No, Raquel, yo le busqué a él.

—Tú estás loca. ¿Por eso dejas a Mario? ¿Porque sigues enamorada de él?

—No, no... Dejo a Mario principalmente porque nuestro matrimonio está muerto, o al menos para mí es así —digo aclarando que soy yo la que ya no le ama—. El hecho de ver a Sergio no es más que... un añadido.

—¿Cómo que un añadido? No te entiendo.

—Pues que sí es cierto que sigo enamorada de él, pero no es el motivo principal para dejar a Mario. Además... Sergio ahora tiene pareja y una hija, si nos vemos, no es más que una aventura para él.

—¿Y tú quieres ser su amante? —pregunta alucinando.

—Lo que yo quiero es que vuelva a enamorarse de mí —digo rotundamente—. Sé que Sergio siente algo por mí, lo veo en sus ojos.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si ya no siente nada y solo busca desfogarse contigo?

—Será la segunda vez que me equivoque.

—¿Cómo que la segunda?

—Ya me equivoqué al quedarme con Mario la primera vez, si me equivoco esta vez, al menos lo habré intentado.

—Sabes que vas a sufrir si no se queda contigo.

—Lo sé, pero al menos podré resarcirme del daño que le hice a él, pasando yo por lo mismo.

—Eva, estás como una cabra.

—Lo sé... Pero hay algo que me dice que todavía me ama... —digo pensando en cómo me miró cuando le dije que esta vez podría ser yo quien hiciera que me amase— ¿Sabes cómo se llama su hija?

—¿Cómo?

—Eva. Le puso mi nombre, Raquel. Eso tiene que significar algo...

Metó en la maleta de mano unas cuantas prendas con las que vestirme hasta que pueda venir a por el resto de mis cosas. Mario no tardará en llegar a casa, se sorprenderá al verme aquí, eso abrirá la veda para que pueda decirle sin rodeos que lo nuestro se acabó.

Cuando estoy cerrando el equipaje, escucho como la puerta de entrada se abre. Es él, ahora me toca respirar profundamente y salir del dormitorio, maleta en mano, y terminar con esto de una vez por todas.

Estoy tan nerviosa que tiemblo, se me han quedado las manos frías y estoy casi tiritando, pero tengo que hacerlo si no quiero pasar el resto de mi vida conformándome con ser medianamente feliz. Salgo de la habitación arrastrando la maleta tras de mí.

—Hola, cielo —dice sorprendido cuando me ve aparecer por el pasillo—
¿Ocurre algo? ¿Dónde vas con eso? —señala la maleta.

—Lo siento, no puedo más, Mario.

—¿Qué estás diciendo? No entiendo a qué viene esto.

—Tú nunca ves los problemas que hay entre nosotros, no te das cuenta de que llevo intentado que lo nuestro vuelva a ser como antes mucho tiempo —digo con los ojos humedecidos—. ¿Tú no ves que estoy mal? ¿No te has fijado en que hace días que ni siquiera te doy un beso?

—Eva, no te vayas, seguro que podemos hacer algo, yo te quiero —me mira con cara de angustia.

—Sé que me quieres, Mario, pero no quieres darte cuenta de que hace tiempo que nuestro matrimonio no es más que pura costumbre y rutina.

—No digas eso, no te vayas, iremos a un terapeuta de parejas, o lo que tú quieras —dice acercándose a mí, desesperado—. Piensa en Samuel, va a pasarlo muy mal si nos separamos.

—No utilices a Samuel como arma, eso no es justo.

—Pero... ¿Qué vas a decirle cuando vea que no estás en casa?

—Es pequeño todavía, y te repito que no lo utilices para retenerme. —Le miro con expresión dura. No puede usar a nuestro hijo para intentar que no me marche.

—Entonces piensa en todo lo que hemos pasado, no puedes echar a la

basura todos estos años. Cariño, haré lo que necesites para que arreglemos las cosas.

—Ya sabes lo que yo necesito, pero siempre se te olvida. No puedo seguir así, no puedo continuar esperando que la próxima vez que lo intentemos sea la definitiva. —Seco mis lágrimas con el dorso de mi mano—. Yo no quiero tener que recordarte lo que necesito cada vez que se te olvide. Si no eres capaz de ser constante con eso por ti mismo, esto se acabó.

—Lo seré, no volverá a pasar. —Se acerca más y yo me aparto.

—¿Cuánto tiempo, Mario? —pregunto frustrada— ¿Cuánto tiempo pasará hasta que vuelvas a ser el mismo de siempre? Te quiero, pero no puedo más.

Cojo la maleta y comienzo a caminar hacia la puerta de casa, Mario agacha la cabeza y se aparta de mi camino. No intenta detenerme, sabe que voy muy enserio y que todo lo que le he dicho es cierto. No puede hacer lo que yo le pido, porque no va con su manera de ser.

—¿A dónde te vas a ir? —pregunta antes de que llegue a la entrada.

—Estaré en casa de Raquel —le informo—. Por Samuel no te preocupes, vendré por la mañana para llevarlo al colegio como siempre. Hablaremos sobre el divorcio cuando estemos más tranquilos.

—Por favor, Eva...

—No, Mario... Esto se acabó.

Abro la puerta de casa y salgo al rellano, Mario me sigue hasta la entrada y se queda observándome hasta que las puertas del ascensor se abren y yo me introduzco en él, secando mis lágrimas. Presiono el botón de la planta baja, y cuando las puertas comienzan a cerrarse, no aguanto más y me pongo a llorar sin control.

Cuando salgo a la calle, doy un par de vueltas antes de dirigirme a casa de Raquel. Necesito serenarme un poco, esto ha sido lo más duro que he hecho en mucho tiempo. Estoy tan alterada que tengo que entrar a tomarme una infusión a la cafetería de la esquina.

Al terminar, salgo y me quedo mirando el otro lado de la calle, ahí está el parque en el que me senté en varias ocasiones para llamar a Sergio cuando estaba mal con mi marido. Decido cruzar y sentarme en un banco.

Puede que hablar con Sergio en este momento me ayude a relajarme, su voz siempre ha sido un bálsamo para mí. Conseguía que me calmara con solo

escucharle, y saber que ahora nada me impide hablar con él cuando yo quiera, me anima a enviarle un mensaje.

Yo: Hola, Sergio. Necesito hablar contigo.

No tengo que esperar más que unos segundos hasta que Sergio aparece en línea y responde.

Sergio: Dame tan solo unos minutos, estoy contigo enseguida.

Aguardo sentada en el mismo banco en el que solía ponerme cuando hablábamos entonces. Repiqueteo con el pie en el suelo y observo a la gente que pasa por mi lado. Mi móvil suena al recibir un mensaje que me apresuro a leer por si es de Sergio.

Mario: Cariño, por favor, vuelve a casa, no quiero perderte.

Tras el mensaje, recibo una llamada, también de Mario. La rechazo y vuelvo al chat de WhatsApp para responderle y pedirle que me deje tranquila al menos unos días.

Yo: Te suplico que me dejes unos días hasta que podamos hablar del divorcio. Ahora mismo no tengo fuerzas para más.

Mario: ¿De verdad no hay manera de que te quedes?

Yo: Ya te lo he dicho, no puedo más, Mario. Esto se acabó, hablaremos en otro momento.

Veo como Mario sigue escribiendo un nuevo mensaje, pero en ese momento aparece en la pantalla la llamada que esperaba de Sergio. Respondo sin perder un segundo y dejo que mi teléfono vaya recibiendo los mensajes que mi marido me sigue enviando. Más tarde los leeré.

—Hola —digo con la voz algo llorosa.

—Hola, preciosa. ¿Qué ocurre? ¿Estás llorando? —pregunta preocupado

al oír mi voz.

—He dejado a Mario, por fin le he dejado. Le he pedido el divorcio, Sergio...

Al otro lado de la línea se hace el silencio. Creo que ni siquiera sabe que decirme en este momento y yo lo que temo es que se enfade por hacer esto, precisamente ahora, que él ya tiene pareja.

Capítulo 8

—Sergio, ¿estás ahí? —pregunto cuando tras unos segundos sigo sin escucharle.

—Sí... —dice sin más.

—¿No vas a decir nada?

—Claro, sí, me alegro de que por fin hayas reunido el valor para terminar con lo que te hacía infeliz.

—Me he marchado de casa —le comento.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Sí, tranquilo, voy a quedarme en casa de mi amiga Raquel, ya lo habíamos hablado antes.

—¿Es que acaso tenías planeado dejarle? —pregunta sorprendido—. ¿Desde cuándo?

—Simplemente me cansé de esperar, llevo ya días pensando en hacerlo y su actitud de estos días atrás me ha terminado de convencer.

—¿Estás completamente segura de que se acabó?

—Sí, esto ya no tiene arreglo.

—Sabes que va a intentar convencerte de que vuelvas, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé, pero no voy a echarme atrás. Mario no va a darme nunca lo que necesito —digo con tristeza—. Por más que se esfuerza, siempre acaba siendo el mismo de siempre.

—Espero que sea así, que no consiga convencerte de que regreses a casa.

—No lo hará, te lo aseguro.

—¿Sabes? Aunque ahora tú y yo no podamos estar juntos, al menos estarás mejor sin él. No te hacía feliz, y tienes que buscar esa felicidad.

Me clava un cuchillo en el centro del corazón con esas palabras, mejor sola que mal acompañada. ¿Es eso lo que me quiere decir? Que él y yo no podremos tener nada, pero al menos soy libre para encontrar a esa persona que sí me dé lo que necesito.

El problema, es que ahora lo que yo quiero, es que sea él quien me dé esa felicidad. Egoístamente quiero que deje a su pareja y se quede conmigo, como yo debí haber hecho hace tiempo. No, si la culpa es mía, lo sé.

—Eva, tengo que dejarte —dice después de que haya estado callada un rato, sumida en mis pensamientos—. He salido a la calle para llamarte, y Carolina ya estará echando humo por las orejas, preguntándose dónde estoy.

—Claro, no te preocupes, yo ya me marchó con Raquel, llámame cuando quieras.

—Lo haré. Un beso, preciosa.

—Otro para ti.

Cuelgo el teléfono y me levanto del banco, lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta y cojo la maleta, poniéndome en camino. Ya veré luego los mensajes que Mario me ha escrito, el teléfono ha estado vibrando mientras hablaba con Sergio, así que estoy segura de que ha enviado unos cuantos.

Camino despacio, pensando en lo que me espera a partir de ahora. Vamos a tener que organizarnos para atender a Samuel y yo tengo que ir buscando un piso para mí. No puedo abusar de mi amistad con Raquel y pasarme allí mucho tiempo, ella tiene su vida.

Pienso también en mi conversación con Sergio y su comentario, siento como si haya querido darme un aviso, diciéndome que él no es la persona a la que tengo que buscar, que él no está disponible.

Pero no voy a rendirme, él no lo hizo en su momento y yo no voy a hacerlo ahora. Estaré ahí, presente en todo momento para él, tiene que darse cuenta de que yo soy la mujer con la que debe quedarse. Yo puedo darle esa felicidad que tampoco encuentra en su pareja.

¿Acaso no dijo que no estaba bien con ella? ¿No me pidió que nos viéramos? ¿Que nos diésemos el uno al otro lo que nos falta en nuestra relación? Dijo que soy la única mujer con la que engañaría a Carolina.

Eso para mí, tiene el claro significado de que siente por mí más de lo que dice. Así que voy a darle todo lo que necesita, hasta que no le quede más remedio que admitir, que yo soy la única con la que tendrá todo ello, el resto de su vida.

Estoy muy deprimida, no voy a poder ver a Samuel hoy y esto me está dejando bastante hundida. Sé que a partir de ahora las cosas serán así, pues de momento no podré tener a mi hijo conmigo todo el tiempo que a mí me gustaría.

Mario es un buen padre y sé que cuidará de Samuel perfectamente. Pero tenerlo a mi lado por las noches mientras cenamos, o acostarlo y leerle un cuento hasta que se quede dormido, serán cosas que ya no podré hacer cada noche, al menos mientras esté con su padre.

Siento que eso es lo que más va a afectarme mientras que solucionemos lo del divorcio, no tener a mi hijo a mi lado cada día, no poder estar con él cuando me necesite. Pensar en las preguntas que va a hacerse cuando vea que su madre ya no está en casa me destroza.

—¿Qué te ocurre? —pregunta Raquel sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? Nada, ¿por qué?

—Estás llorando, Eva.

Paso las palmas por mi rostro y me llevo con ellas dos lágrimas que no he notado caer. Estoy tan absorta en mis cavilaciones que no me he dado cuenta de que he empezado a llorar.

—Pensaba en Samuel... —digo para dejarla tranquila.

—Seguro que está bien con Mario, no te preocupes.

—Sé que está bien, es que, solo con pensar en que no voy a estar con él cada día como antes, me está deprimiendo mucho —respondo sollozando.

—Vamos, le verás cada día, no seas tonta.

—Ya, pero no podré estar con él durante la cena, ni cuando se vaya a dormir... ¿Qué va a pensar cuando vea que no estoy nunca en casa?

—Puedes traerlo aquí cuando quieras, sabes que tengo ese colchón hinchable, el de las excursiones, y que podemos ponerlo en el dormitorio. Puede dormir aquí las veces que quieras y no tienes porqué dejar de estar con él.

—¿No te molestaremos aquí tanta gente? —pregunto sintiéndome mal por invadir así su casa.

—¿Estás tonta o qué? —me dice muy seria—. Ni tú ni Samuel me molestaríais nunca en casa, es como si fuera mi propio sobrino y tú mi hermana.

—¿De verdad? —Creo que la pena me afecta bastante y me estoy comportando como una chiquilla.

—Por supuesto que sí, tú y Samuel sois mi familia. Tenlo presente cuando se te crucen esas chorradas por esa cabezota que tienes.

Abrazo a Raquel y me levanto para ir al aseo, me lavo la cara e intento serenarme. Estoy dando por sentado que no voy a poder estar con mi hijo y eso es una tontería. No estoy en casa de una desconocida para no poder traerlo cuando me apetezca estar con él o cuando a él le apetezca estar conmigo.

También los mensajes de Mario me han dejado un poco hecha polvo. Ha estado escribiéndome toda la tarde, pidiéndome que volviera, diciéndome que me quiere y que no puede estar sin mí. Me ha partido el corazón escuchar ese mensaje de audio que me ha enviado, llorando.

Pero no puedo venirme tan abajo, que acabe regresando. A mí también me duele que todo esto haya acabado ocurriendo, pero no soporto más tiempo esa situación. No aguanto ser la única que lo intenta de veras, sin obtener resultado, ahora no puede venirme con que hará lo que sea.

Ha tenido muchas oportunidades de hacer las cosas bien y las ha echado todas a perder, por no tener constancia y pensar que me iba a tener siempre, hiciese lo que hiciese. Ahora tendrá que aprender a vivir sin mí, aunque para lo que nos comunicábamos y las cosas que hacíamos juntos, no creo que sea mucha diferencia.

Llego a casa antes de que Mario se marche a trabajar. Samuel no entra a la escuela hasta las nueve y él se marcha de casa a las siete, por eso soy yo quien siempre lo lleva a clases por la mañana.

Entro con mi copia de las llaves y me dirijo directa a la cocina, en donde puedo escuchar a Mario.

—Hola, cielo, buenos días.

—Hola, Mario.

—Sé que estás enfadada conmigo, yo he...

—No estoy enfadada contigo —le corto antes de que prosiga—. Bueno, quizás un poco. Si hubieses sido más constante en lo que te pedí, no hubiésemos llegado a este punto.

—Pero puedo intentarlo, seré más constante si me das otra oportunidad —me suplica con ojos llorosos.

—Lo siento, Mario, pero ya te he dado varias oportunidades y has vuelto a ser el mismo de antes. Yo no quiero cambiarte, solo he tenido que darme

cuenta de que, tú eres como eres, y yo necesito algo más, que tú no puedes darme.

—¿Ya no me quieres? —pregunta derramando amargas lágrimas.

—Sí, te quiero, pero me he dado cuenta de que ya no te amo, ya no estoy enamorada de ti, lo siento.

—Entonces es verdad que no hay nada que hacer —afirma dándose cuenta por fin de lo que ocurre.

—No... no hay nada que hacer.

Pasan unos minutos en los que permanecemos en silencio. Me he quedado en pie, apoyada sobre sobre el mármol de la encimera, para no acercarme hasta donde Mario se toma el café sentado a la mesa. Finalmente decido sacar el tema del divorcio.

—Tendremos que hablar del divorcio, podemos quedar una tarde y que Raquel se encargue del niño para que podamos hablar tranquilos.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta frunciendo el ceño, como si sospechase algo.

—Es mejor así —afirmo con calma para no delatarme. Estoy nerviosa, porque no quiero que sepa nada de mi reencuentro con Sergio, al menos de momento—. Cuanto antes acabemos y firmemos los papeles, antes dejaremos todo claro.

—¿Y por qué no seguir como estamos? No pasa nada por seguir casados a efectos legales.

—Tenemos que acordar la custodia del niño, Mario, si seguimos casados no podremos hacer esos papeles.

—Pues acordémoslo tú y yo y ya está, no es tan difícil —dice levantándose de la silla y dejando su taza en el fregadero—. ¿Quieres que lo tengamos una semana cada uno? Pues que sea así, yo no tengo problemas en que hablemos sobre eso y hagamos tú y yo los acuerdos.

—Quiero el divorcio, Mario, quiero que las cosas estén claras desde ya. No quiero que pienses que por seguir casados yo volveré algún día —digo poniéndome seria.

—No pensaba eso, me has dejado más que claro que ya no estás enamorada de mí, y sé que no volverás —dice con gesto triste—. Solo quería facilitar las cosas, y si algún día, alguno de los dos quiere volver a casarse, hacemos los papeles.

—Mario...

—Vale... Vale, está bien —me corta levantando las manos—. Quedemos cuando tú quieras y hablemos, ahora me tengo que ir a trabajar.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, coge la chaqueta del respaldo de la silla y se la coloca, a continuación sale por la puerta de la cocina, y sin mediar más palabra, se marcha.

Capítulo 9

Llevo una semana horrible, Samuel no deja de preguntar por qué tiene que dormir a veces en casa, solo con su padre, y otras veces conmigo, en casa de Raquel. No sé cómo explicarle que su padre y yo ya no vamos a vivir juntos.

Solo he podido decirle que por el momento voy a vivir con la tía Raquel, y que si quiere estar conmigo, algunos días tendrá que venir a dormir con nosotras.

Con Mario todavía no he podido quedar para hablar. No es que tenga prisa por hacer los papeles, pero creo que, ya que me planteo dejarle, es mejor que quede clara mi postura, pues sé que Mario insistiría en arreglar las cosas si no lo hago ahora que he tomado la decisión.

Sé que él pensaría, por mucho que diga que no, que si no estamos separados legalmente queda la posibilidad de que cambie de opinión y las cosas vuelvan a ser como antes. Con lo cual, mejor hacerlo desde un primer momento, para que no haya confusiones.

Con Sergio apenas he podido hablar en toda la semana. Si no está ocupado con su pareja, anda liado con asuntos del hotel. Tengo ganas de verle, de pasar un rato con él y, ahora que no tengo ese remordimiento por engañar a Mario, quien sabe si podríamos terminar lo que empezamos la semana pasada.

Suena bastante mal que esté pensando en eso cuando apenas hace unos días que he roto mi matrimonio. Pero, qué demonios, ya me acosté con él antes de hacerlo. ¿Por qué no iba a desear hacerlo ahora que soy libre para ello?

Doy vueltas a todos esos asuntos mientras realizo mi trabajo en la agencia, por suerte, tengo asegurado mi sueldo cada mes, por lo que no me preocupo del hecho de tener que buscarme un piso para mi sola. Sé que podré hacerme cargo de las facturas y el alquiler, así que estoy tranquila.

A la hora de marcharme, como siempre, intento tener todo mi trabajo terminado, salgo de mi despacho y me despido de Julia y Pedro hasta el lunes.

Salgo a la calle y comienzo a caminar mientras me coloco la chaqueta, voy tan distraída, que no me doy cuenta de que hay alguien que me espera unos metros más allá de la entrada, apoyado en su coche.

—¿Ni siquiera vas a decir hola, preciosa? —pregunta Sergio con esa voz tan dulce que tiene.

—Sergio, no te había visto —me acerco a él, sonriente— Perdona, voy un poco distraída. ¿Qué haces aquí?

Me quedo parada frente a él sin saber muy bien cómo saludarle. Estamos en mitad de la calle, y ahora que él tiene pareja, no sé si querrá que le dé un beso a modo de saludo, aunque yo estoy deseando hacerlo.

—¿Te cuento un secreto? —dice haciéndome señas con el dedo índice para que me acerque más a él.

Hago lo que me pide y me aproximo hasta quedar lo suficientemente cerca para que pueda hablarme al oído.

—Te deseo —susurra cerca de mi oreja provocándome escalofríos.

Lo miro sorprendida apartándome tan solo unos centímetros de su rostro. Antes de que pueda reaccionar, Sergio estampa un beso en mis labios, a continuación me guiña un ojo, se aparta del vehículo y abre la puerta del copiloto.

Sonrío como una idiota antes de meterme en el coche. No voy a preguntar, simplemente voy a dejarme guiar por mis deseos y en este momento lo que deseo es que Sergio me arrastre a donde quiera que a él le apetezca llevarme.

Conduce mientras me cuenta cómo le ha ido la semana. Me habla de la niña, de las cosas que le gustan y las monerías que empieza a hacer. Parece muy ilusionado con ser padre, y eso me hace sonreír a mí también.

Hablamos sobre Samuel y le cuento todas mis preocupaciones por cómo va a tomarse la separación entre Mario y yo, las cosas que me pregunta. También le hablo sobre la charla que tuvimos al día siguiente por la mañana.

—Creo que haces lo correcto al pedirle así de claras las cosas —comenta sobre el tema de conversación.

—Sé que se haría ilusiones si no lo hago, siempre le quedaría la esperanza de que yo cambiara de opinión y volviera.

—De ese modo es algo rotundo, no le quedarán dudas de qué es lo que quieres.

—Exacto —afirmo a su comentario—. Quiero que sepa que es una decisión que no tiene vuelta atrás, por más que me duela que se acabe una relación de tantos años, y con un hijo en común.

—Tu hijo se acostumbrará a esa nueva situación, no debes preocuparte por él.

—Me inquieta que piense que esto es por su culpa —expreso mis temores—. Sé que muchos niños piensan, que si sus padres no están juntos, es porque ellos se portan mal.

—Él solo necesita que le deis todo el cariño que siempre ha tenido de vosotros —explica como si fuera un experto en el tema—. Si las cosas no cambian con él, no tiene por qué pensar eso.

—Sé, que en algún momento, tendré que explicarle que es lo que ha pasado para que esto ocurra. Sin detalles que no va a comprender, pero debe tener claro que no tiene nada que ver con él.

—Estoy seguro de que lo entenderá —dice mirándome con su bonita sonrisa.

Acerca su mano a mi pierna y, apretando mi muslo en un intento de transmitirme calma, lo que consigue es algo muy distinto. Hace que su contacto me queme la piel, su mano es como una llama candente, y mi cuerpo la mecha que se enciende en cuanto me toca.

Cuando llegamos al destino elegido por Sergio, siento tantos nervios como la primera vez que estuvimos juntos. Me ha traído a un hotel, pero no al suyo, supongo que querrá mantener algo de discreción, y llevarme allí, ahora que todo el mundo sabe que está comprometido, no sería muy prudente por su parte.

Una vez aparcado el coche, como es su costumbre, sale el primero y rodea el vehículo, abriéndome la puerta y ayudándome a salir. Toma mi mano entrelazando nuestros dedos, y se dirige al interior del hotel.

Llegando a recepción me pide que espere y se acerca al mostrador. Habla con el volumen tan bajo que apenas escucho nada de lo que dice. Pero en cuestión de un minuto, ya tiene en la mano una llave, y el recepcionista, le confirma que su pedido estará en la habitación lo antes posible.

Cuando intento preguntar a qué se refería con lo del pedido, se acerca de nuevo a mí, y me calla con un beso. Seguidamente, toma de nuevo mi mano y me lleva hasta el ascensor.

Una vez dentro, me suelta la mano y se acerca de nuevo a mi boca. Esta vez me busca con más urgencia, haciendo que retroceda hasta topar con la pared del elevador, y metiendo su lengua en ella, saboreándose.

Sujeta mi rostro con las dos manos, acaricia mis mejillas y las desplaza

hasta mi nuca, donde se sujeta haciendo que no pueda separarme de él ni un solo milímetro.

Aferro mis manos a su cazadora y tiro de ella, acercándolo más a mí si cabe. Su cuerpo me aplasta contra la pared y su erección se clava en mi pelvis, yo jadeo contra su boca por la excitación que me invade.

Cuando las puertas del ascensor se abren, salimos de este a paso acelerado. Su mano ha buscado la mía en cuanto ha abandonado mi rostro, ese es un gesto suyo que me encanta, siempre me tiene sujeta, como si no quisiera que me escapara.

Llegamos a la habitación, abre la puerta y tira de nuevo de mi mano hasta introducirme en ella, cerrando de nuevo a mi espalda. Y como si le fuera la vida en ello, se abalanza de nuevo a besarme, hundiendo su lengua en mi boca.

Me besa y muerde mi labio con ansia, levanta mi camisa e introduce su mano derecha, acariciando mi vientre y mi estómago en su ascenso hacia mis pechos. Cuando llega hasta ellos y se topa con mi sujetador, gruñe y abandona mis labios para reprenderme.

—La próxima vez que nos veamos, no quiero que lleves ropa interior — dice mirándome con lujuria.

—Si me hubieses avisado, no la llevaría... —respondo tan excitada con sus palabras, que mis bragas se han mojado al instante.

Desplaza su mano hasta el cierre de mi sostén y lo suelta en un abrir y cerrar de ojos. A continuación saca la mano, y con la misma presteza, se deshace de los botones de mi camisa.

Desliza las dos prendas y me deja desnuda de cintura para arriba, observa mi torso desnudo, y se relame antes de morderse el labio cuando sus ojos se centran en mis tetas.

—Son perfectas —dice antes de agachar la cabeza y morder uno de mis pezones.

Jadeo de nuevo con el contacto de su lengua, húmeda y caliente. Juguetea con él unos segundos y luego se desplaza de nuevo, besando mi pecho, mi cuello y mi boca.

Sus manos acarician mis costados lentamente, bajando despacio y llevándose en su camino mi falda y mis bragas. Las desliza por mis caderas

hasta que ellas solas se desprenden y caen a mis pies, despojándome así del resto de mi ropa. Ya me tiene completamente desnuda.

Sin separar nuestras bocas ni un instante, busco a tientas por su cuerpo, haciendo con él lo mismo que ha hecho conmigo. Le quito la cazadora, a continuación agarro su camiseta y tiro de ella.

Ese es el único momento en que nuestras bocas se separan, cuando deja de besarme para que le pueda quitar la prenda, porque instantáneamente vuelve a tomarla y besarme con fiereza.

Suelto el botón de sus vaqueros y abro la cremallera, introduzco los dedos por la cintura y, empujando hacia abajo, arrastro con ellos los bóxer.

Él hace el resto, y pisando el camal del pantalón, saca primero una pierna y después la otra. Da una patada a las prendas y las lanza a un par de metros de nosotros.

Una vez desnudos los dos, no pierde el tiempo, me agarra del trasero y me levanta, yo enredo mis piernas en su cintura y como si de imanes se tratase, nuestros sexos se encuentran. Me penetra de golpe, haciéndome gemir de puro placer.

Sergio camina conmigo a cuestas hasta la cama, sin dejar de besarme, ni penetrarme. Me tumba en ella con cuidado y comienza a moverse en mi interior, lo hace con calma, pero sin dejar de besarme con fuerza y ansia.

Cuando se siente saciado de mis labios, ya hinchados de tantos mordiscos que les ha dedicado, abandona mi boca y busca mis pechos de nuevo. Los besa y los manosea, muerde los pezones y los succiona.

Yo no puedo más que jadear, gimo y susurro su nombre entrecortadamente. Él acelera sus embestidas, y la presión de sus dientes se hace más fuerte en mi pezón, haciéndome gritar de gozo cuando una corriente de placer hace que estalle en un intenso orgasmo.

Sale de mi interior y se dirige a mi sexo mientras va dejando besos por mi cuerpo, al llegar a la zona deseada, su lengua se hunde entre mis pliegues y lame mi clítoris, todavía palpitante.

Estoy tan excitada, y deseosa de sus atenciones, que no tardo ni un minuto en estallar en otro placentero orgasmo. Sergio abandona mi sexo solo cuando mis convulsiones se calman. Hace que me incorpore y me pide con un gesto de la mano que me gire.

Hago lo que me pide, me doy la vuelta y me coloco dándole la espalda, quedando arrodillada sobre la cama, sus brazos rodean mi cuerpo y acarician mi vientre. Con la mano izquierda, se desplaza hacia arriba y agarra mi pecho

izquierdo. Con la derecha, se desplaza hacia abajo y acaricia de nuevo mi sexo.

Su lengua lame mi hombro recorriéndolo hasta llegar a mi cuello y mi carne se pone de gallina. Se pega a mi cuerpo y su erección se introduce entre mis muslos, se mueve frotando su miembro en mi sexo, luego empuja suavemente con su torso para que me incline, haciendo que quede a cuatro patas.

Me penetra de nuevo mientras sus manos acarician mi espalda, mis costados y mi culo, y a continuación, se agarra a mis caderas y comienza a embestirme con fuerza. Sus gruñidos y jadeos me excitan de un modo increíble. El tacto de sus manos en mi piel es como electricidad que me atraviesa y llega a lo más profundo de mi sexo, jadeo y grito mientras el placer me atraviesa el vientre.

—Ahora —me ordena con una voz que me parece tremendamente sensual.

Esa petición hace que me rompa de nuevo al alcanzar por tercera vez el orgasmo. Su manera de jadear me confirma que él también ha llegado al clímax, y el peso de su cuerpo en mi espalda, hace que los dos caigamos rendidos en la cama.

Capítulo 10

Abro los ojos lentamente, paso la palma de la mano por mi rostro apartando de él los mechones de pelo que me tapan los ojos. Miro el reloj; las seis de la tarde. Me incorporo y busco a mi lado en la cama, pero está vacía y fría.

¿Se habrá marchado Sergio sin avisarme?

Me levanto, me envuelvo tapando mi cuerpo desnudo con la sábana y camino arrastrándola conmigo. Me acerco a la puerta del baño y oigo el sonido del agua cayendo en el interior.

Abro despacio y observo a ese hombre que me ha vuelto loca de placer en las últimas horas; está como un tren. Entro en silencio, suelto la sábana y me introduzco en la bañera.

Paso las manos por la espalda de Sergio, que ya se estaba aclarando el pelo, y este se gira cuando nota mi tacto.

—Hola, preciosa —dice acercándose a su cuerpo y dándome un beso.

—Hola —contesto sonriendo.

—Voy a tener que marcharme ya —me informa mientras coge una esponja enjabonada y comienza a pasarla por mi pecho.

—¿No ibas a despertarme? —pregunto un poco entristecida—. ¿Ibas a marcharte sin avisar?

—No, eso nunca. Tengo que llevarte de vuelta, ¿recuerdas? —aclara sin dejar de mirar la zona por la que pasa la esponja—. ¿Crees que te dejaría aquí sin más?

—No lo sé... —digo un poco avergonzada—. Supongo que no.

—¿Supones? Vaya... Pensaba que tenías mejor impresión de mí —dice entre risas.

—Perdona, tienes razón, sé que no harías eso.

—Eva, creo que ni siquiera sabes dónde te he traído. Veníamos hablando todo el camino y dudo que ni te hayas fijado. —Termina de lavarme por delante y me pide que me dé la vuelta—. No se me hubiera ocurrido marcharme sin llevarte de vuelta primero.

—Lo sé, lo siento.

—Está bien, no te preocupes. Termino de lavarte y nos marchamos.

Carolina ya me ha escrito un par de mensajes, no puedo retrasarme mucho más.

Me siento mal ahora mismo, creo que empiezo a comprender cómo debió pasarlo él cuando era yo la que regresaba a casa con mi marido cuando terminábamos de acostarnos. Es una sensación extraña.

Siento celos de ella, celos de que sea la que vaya a pasar la noche con él y no yo, de saber que le tocará, que le besará. Me pone celosa que puedan tener sexo.

Me da rabia que haya tenido que ducharse y quitarse mi olor del cuerpo para que ella no lo note. Quisiera que conservara en su perfecta figura ese olor a sexo que ha impregnado la habitación.

Pero ahora se marcha con ella, y yo me quedo sola, esperando que este momento vuelva a suceder, y eso será cuando le apetezca huir de su pareja. Seré una distracción pasajera, para luego volver a ella.

No puedo quejarme, yo misma he aceptado que esto será así, yo he decidido dejar mi vida con Mario para ser la amante de Sergio. Sabía desde el primer momento que nuestros encuentros serían solo eso.

Tengo la esperanza de que en su corazón todavía quede el suficiente amor por mí, que nuestros encuentros dejen huella en él, y finalmente, decida quedarse conmigo.

No puedo llenarme de pensamientos negativos. Tengo que centrarme en hacer que Sergio vuelva a enamorarse de mí, que su corazón sea mío de nuevo y que no quiera estar con nadie más que conmigo.

—Te llamaré en cuanto me sea posible —dice dándome un beso antes de que salga del coche.

—De acuerdo —respondo cogiendo mi bolso—. Gracias por venir a buscarme hoy, me apetecía muchísimo estar contigo.

—A mí también, Eva, te llamaré, lo prometo.

—Hasta luego —digo abriendo la puerta y saliendo del coche.

Cierro y me quedo plantada en la acera mirando a Sergio, que todavía no se decide a marcharse. Me mira serio desde su asiento, luego da un gran suspiro y centra su vista en la calle, metiendo primera y acelerando, se

marcha.

Saco las llaves de casa de Raquel y entro al portal. Me quedo unos minutos apoyada en la pared, llorando, siento como si todo lo que podría haber vivido con Sergio estos cinco años me diera un guantazo en la cara.

Fui ingenua al pensar que Mario podría cambiar de verdad, y lo fui también al creer que Samuel haría que nuestra vida de pareja se hiciera más fuerte. Todo eso hizo que decidiera quedarme con él, y ahora me arrepiento.

Seco las lágrimas y tomo el ascensor, cuando llego arriba, Raquel está sentada en el sofá con un bol de palomitas y viendo una película. La saludo con la mano, dejo mis cosas en la entrada y me dirijo a la cocina.

—¿Quieres que la ponga desde el principio? —pregunta.

—No te preocupes, creo que voy a irme a la cama, estoy cansada.

—¿Ya? Pero si no son ni las ocho —dice mirando el reloj de su muñeca.

—Lo sé, es que no me encuentro tampoco demasiado bien —me excuso tomando un vaso y sirviéndome un poco de zumo.

—Vale, en el botiquín tienes alguna medicina, por si necesitas algo.

—Gracias —digo sin más dirigiéndome al dormitorio.

Me cambio de ropa y me meto en la cama, bebiéndome el zumo poco a poco. En realidad no tengo sueño, pero no me apetece estar ahora mismo con nadie, necesito un poco de tranquilidad.

Mañana he de hablar con Mario y quedar con él, ya no quiero esperar más para acabar con ese tema. Cuanto antes lo solucionemos, mejor, le recordaré que debemos reunirnos y hablar de ello.

Una hora después de acostarme, cojo el móvil y entro en los chats de WhatsApp, concretamente en el de Sergio. Miro su foto de perfil, aparece él con su hija en brazos; es una niña preciosa.

Cuando voy a salir del chat, el mensaje «escribiendo» aparece bajo su nombre. Salgo rápidamente, no quiero que al enviar su mensaje se dé cuenta de que estaba con la conversación abierta.

Sergio: Lamento haber tenido que marcharme así.

Yo: No tienes que disculparte, yo hice lo mismo en su momento.

***Sergio:** Pero me siento mal, no quiero que pienses que solo eres un pasatiempo para mí.*

***Yo:** Bueno, es lo que soy realmente, pero no te preocupes. Yo he aceptado serlo, tengo muy claro lo que hay entre tú y yo.*

***Sergio:** Eva, no digas eso...*

***Yo:** De verdad Sergio, no te preocupes por mí.*

***Sergio:** Está bien, pero hablaremos de esto en otro momento. Tengo que dejarte, buenas noches.*

***Yo:** Buenas noches.*

Cierro el chat y dejo el móvil en la mesilla, sé que para Sergio tampoco será fácil llevar esta situación. Él ha estado en mi lugar, sabe lo que se siente cuando alguien a quien amas está contigo solo a ratos, y luego regresa al lado de otra persona.

No va a ser sencillo, pero estoy dispuesta a arriesgarme con tal de tener la oportunidad de conseguir al hombre a quien amo, al amor que dejé escapar, el amor de mi vida.

Lo haré porque él no es feliz al lado de su pareja. Si Sergio estuviera bien con ella, yo no me metería en medio, pero sé que no le hace feliz, sé que si lo fuera, no me habría propuesto tener esta aventura.

Conozco a Sergio, y puedo asegurar, que cuando ama de verdad y es feliz con quien está, jamás sería infiel, así que es mi oportunidad para demostrarle que esa felicidad la tendrá conmigo.

Capítulo 11

Llego a casa y dejo mis cosas en la entrada. Me dirijo a la cocina y encuentro a Mario sentado a la mesa, cabizbajo. Verlo así me duele, pero esto es algo que tenía que pasar y hoy por fin hemos quedado para hablar del divorcio. Ya han pasado casi tres semanas desde que me marché.

—Hola, Mario —digo al entrar en la estancia.

—Hola —responde sin más.

—No hacía falta que preparases nada —digo señalando el café que ha dejado listo en la mesa.

—Sé que te gusta, ¿por qué no iba hacerlo? —dice con voz calmada y triste.

—Gracias.

—Lo único que voy a pedirte es que no me apartes de mi hijo —dice sin esperar más.

—¿Qué? Mario, yo no haría eso jamás. Samuel estará con los dos, como lo está ahora.

—No quiero que te lo lleves y solo me dejes verlo en ocasiones.

—No digas estupideces, no voy a pedir la custodia completa —le aclaro—. Nuestro hijo pasará el mismo tiempo contigo y conmigo.

—¿Ya has encontrado algo donde vivir? —pregunta.

—He visto dos pisos, pero no sé si me convencen, están demasiado lejos de mi trabajo y de la escuela de Samuel.

—Tienes el coche, ¿qué problema hay?

—Quiero estar lo más cerca posible. Si puedo quiero evitar tener que coger el coche, es difícil aparcar en las dos zonas.

—Ya... Bueno, seguro que encuentras algo.

—Mañana iré a por los documentos para presentar la demanda de divorcio —le informo sobre lo que he estado averiguando—. Si nos ponemos de acuerdo en todo, será más sencillo y rápido.

—¿Y en qué tenemos que ponernos de acuerdo? —pregunta sin apenas mirarme.

—Es sencillo, yo no quiero quedarme nada. El piso es el hogar de Samuel y tú vivirás en él. Tengo mi coche y mi empleo, no necesito nada más, supongo

que estarás de acuerdo en eso.

Además de que no lo necesito, no tengo derecho a pedirle que me dé parte del piso. Soy yo la que me marchó, no sería justo que ahora le reclame nada. Además, como ya le he dicho, este es el hogar de Samuel, será suyo cuando nosotros faltemos.

—¿Cómo nos repartiremos la custodia?

—¿Quince días con cada uno? —pregunto para ver si está de acuerdo.

—Buscaré la manera de poder llevarlo al colegio sin tener que molestarte cuando no le toque estar contigo —dice sirviéndome un poco de café en una taza—. Si finalmente no encuentras algo más cerca, sería un engorro para ti.

—Gracias.

—Espero que no te importe seguir llevándole mientras encuentro una solución.

—No, claro que no —digo negando con la cabeza—. Espero que no te importe a ti tener aquí mis cosas hasta que encuentre un piso.

—Por supuesto...

—Siento hacerte esto... —digo agachando la cabeza—. Pero sé que sabes que lo nuestro hace ya tiempo que no es lo mismo.

—He estado pensando estas semanas y tienes razón. Hace tiempo que tú y yo, ya no somos el matrimonio que éramos al principio —dice alargando la mano y tomando una de las mías—. Sé que me he vuelto demasiado despreocupado en nuestra relación. Siempre te prometo que cambiaré cuando veo que te pierdo, y cuando todo está bien, vuelvo a despreocuparme.

—Sé que lo intentas, Mario. Pero como te dije, no puedo estar toda la vida recordándote lo que necesito de ti.

—Lo sé, y lo siento. Solo espero que no me guardes rencor, que seamos amigos —me pide con tristeza—. Por todos los años que hemos pasado juntos, y por Samuel.

—Eso por descontado, yo no quiero estar mal contigo, Mario.

Dicho esto, se levanta de la mesa y se acerca a mí. Yo me incorporo también y Mario me da un abrazo, tan fuerte, que me casi me falta el aire.

Me quedo un rato más con él, tomamos el café y conversamos animadamente sobre varios temas. Me habla de cosas que han pasado en esta semana en su trabajo y yo le cuento otras del mío. Luego hablamos sobre cómo

llevar el verano respecto a Samuel.

Como siempre, la madre de Mario se ha llevado a Samuel a casa durante su primer mes de vacaciones escolares para que nosotros trabajemos, y luego pediremos las nuestras en fechas distintas, de manera que cada uno pase un tiempo con él.

Un par de horas después, y habiendo hablado de todo lo que debíamos dejar claro, me marchó a casa de Raquel. Ahora estoy mucho más relajada, hemos dejado zanjado este asunto y ha ido mucho mejor de lo que esperaba.

Me daba miedo que Mario se pusiera a llorar o suplicarme, porque no quería tener que pasar por un momento tan difícil viendo a mi marido derrumbado.

Tener que decirle de nuevo que no hay solución para lo nuestro no era algo que me hiciera gracia. Sé que está dolido y que lo pasará mal, y tener que hablar de eso no le ayudaría en nada.

Hoy estaré sola en el piso, Raquel ha salido con un amigo y no vendrá a casa a dormir, así que me preparo un poco de zumo y unas tostadas para quitar el hambre, apenas he podido comer con los nervios de la conversación pendiente.

Mientras tomo mi merienda, ojeo un poco las redes sociales. Una vez acabada y con poco más que hacer hoy, me levanto y cojo un libro de la estantería de Raquel, me acurruco en el sofá y comienzo la lectura.

Despierto repentinamente por el aviso de un WhatsApp en mi móvil. Miro el reloj, son las ocho de la tarde. Me he quedado dormida leyendo y las babas me resbalan por la comisura del labio. Las limpio con el dorso de mi mano y me incorporo buscando el aparato.

Cuando consigo localizarlo, abro el mensaje y sonrío al ver que se trata de Sergio.

Sergio: Hola, preciosa. Me apetece pasar un rato contigo, ¿tienes algo que hacer ahora?

Yo: No, estoy libre.

Respondo enseguida con cara de boba. Me encanta que me llame de ese

modo.

Sergio: Dime donde paso a buscarte y estoy ahí enseguida.

Yo: ¿Sabes que tengo coche y puedo conducir solita?

Sergio: No me discutas, paso a buscarte y punto. Estoy ahí en veinte minutos.

Suspiro resignada, este hombre no va a dejar que vaya por mi cuenta y tampoco me apetece perder el tiempo discutiendo con él por eso.

Yo: Ok.

Salgo a toda prisa hacia el dormitorio, entro en el baño y me doy una ducha muy rápida, solo para quitarme un poco la pereza de la siesta que me he dado y despertar a mis músculos.

Hoy quiero sorprender a Sergio, así que haré lo que me pidió la última vez que nos vimos. Seco bien mi cuerpo, abro el armario y rebusco por los cajones de Raquel revolviendo toda la ropa en el proceso.

Hay algo que he visto en las películas que siempre me ha parecido muy atrevido, y hoy tengo la oportunidad de hacerlo yo. Abro el tercer y último cajón rebuscando entre su ropa interior, sé que tiene por ahí un ligero y se lo voy a tomar prestado.

Cuando lo encuentro me siento en la cama y me coloco el ligero y unas medias, pero omito ponerme las bragas. Hoy voy a presentarme tan solo con esta prenda, me dijo que me quería sin ropa interior en nuestro siguiente encuentro, pero voy a ir más allá.

Me pongo los zapatos justo cuando mi móvil comienza a sonar de nuevo. Es un mensaje de Sergio avisándome de que me está esperando abajo. Cojo mi gabardina del armario y me la pongo mientras camino hacia la salida, atándola bien a mi cintura para que no se me vea nada.

Tomo mi bolso del perchero y salgo de casa. Entro en el ascensor y aprieto el botón de la planta baja unas siete veces, como si así fuesen a cerrarse las puertas más rápido.

Respiro profundamente antes de que las puertas del elevador se abran, no quiero parecer desesperada por verle, aunque sé que a él le encantaría saber

que tengo tantas ganas de estar con él.

Bueno, le encantaba saberlo antes, me corrijo a mí misma. Puede que ahora ya no le importe tanto que yo ande como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Salgo del portal y lo encuentro esperando apoyado en el coche, como hace siempre. La sonrisa que se le forma en la cara al verme me vuelve loca al instante. Siempre lo ha hecho.

Lo que he podido observar antes de que su expresión cambiase al verme, es que estaba cabreado. Estoy segura de que hoy ha discutido de nuevo con Carolina, aunque como siempre no me lo va a contar.

Capítulo 12

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —pregunta cuando los dos estamos en el interior del vehículo.

—Si a ti te apetece... —respondo deseando que no le apetezca ir a algún lugar con demasiada gente.

—Hoy tengo algo más de tiempo. Había pensado que podríamos cenar juntos, así hacemos que esto no parezca tan frío —propone.

Lo miro y asiento agradecida. Pensar en que lo nuestro se basara tan solo en el sexo esporádico me hacía sentir un poco mal, aunque yo lo hubiese aceptado.

Antes de responder, recuerdo que mi atuendo no es el más adecuado para que salgamos a cenar, así que aun fastidiando la sorpresa que le tenía preparada, decido aceptar.

—Está bien, pero entonces creo que debería subir y cambiarme, no voy correctamente vestida para salir a cenar —digo apartando mi mirada de la suya, pues estoy poniéndome como un tomate.

—Tranquila, no iremos a ningún sitio especialmente caro, puedes ir así.

—No, Sergio, te aseguro que no puedo ir así, vayamos a donde vayamos... —replico mirándolo de reojo.

—¿Qué le pasa a tu atuendo? Yo creo que...

—Sergio... —le corto antes de que continúe—. No puedo ir así... porque no llevo casi nada debajo... —explico recalcando el «casi».

A Sergio se le abren los ojos de par en par, traga saliva y su mirada me repasa de arriba abajo.

—No... ¿No llevas ropa debajo de la gabardina? —pregunta asombrado.

—Era una sorpresa, no esperaba que me propusieras salir —explico—. Pensé que iríamos directamente a algún hotel.

—Joder... —dice llevándose la mano al paquete, está empalmado.

—Voy a subir a ponerme algo y nos vamos —digo quitándome el cinturón.

—Ni hablar, tú te vienes así —dice arrancando el coche y poniéndose en

marcha—. Y te aseguro que vamos a ir a cenar.

—Pero, Sergio, ¡voy desnuda! —me quejo.

—Mejor para mí —afirma llevando la mano a mi muslo y acariciándolo camino al interior del mismo.

Esa caricia y su expresión de deseo me encienden como una llama. El hormigueo que empiezo sentir en mi sexo hace que tenga que apretar mis muslos para calmar la sensación.

Sergio sonrío ante el gesto, sabe perfectamente que ha conseguido excitarme con tan solo una caricia y eso le encanta, siempre ha conseguido mojarme las bragas sin apenas tocarme.

Recuerdo cuando me susurraba al oído, y con solo decirme lo mucho que le ponía verme desnuda, yo ya estaba preparada para él, luego metía su mano en mi ropa interior y mojaba sus dedos en mis fluidos para comprobar cómo, efectivamente, me había excitado sin rozarme.

Llegamos a un mesón de la zona norte de la ciudad. Es un sitio de ambiente tranquilo, decoración cuidada y aspecto limpio. No es un restaurante caro, pero se nota que la gente viene a este sitio vestida con algo más de elegancia que a un establecimiento más normal.

Empiezo a ponerme nerviosa cuando me doy cuenta, de que las señoras del grupo que entra delante de nosotros, comienzan a quitarse las chaquetillas y dejarlas en el guardarropía que hay en la entrada. Estamos en pleno julio, pero por las noches hace un poco de fresco.

Hay un hombre de mediana edad, que muy amablemente, se ofrece a guardarles las chaquetas. Yo miro a Sergio mientras el corazón me va a mil por hora. No puedo quitarme la prenda, pues es lo único que tapa mi cuerpo a parte del ligero.

—¿Me permite su abrigo, señora? —pregunta cortésmente el hombre.

—Muchas gracias, pero... me quedaré con él puesto.

—La temperatura del comedor es de veintiséis grados, le aseguro que estará completamente cómoda —insiste el hombre.

—Ya... gracias... —Miro a Sergio de nuevo, él parece estar disfrutando de mi incómoda situación—. Creo que aun así me quedaré con él puesto.

—Como desee —cede el hombre mirándome extrañado—. Estaré aquí si necesita que se lo guarde durante la cena.

—Gracias de nuevo —digo aliviada de no tener que insistir.

Pasamos hasta el comedor, donde un chico bastante más joven nos recibe y nos señala la mesa en la que podemos sentarnos. Yo acelero el paso hasta allí y me siento en una de las sillas, esperando no tener que moverme en mucho rato.

Sergio me mira divertido, llega hasta la mesa y se sienta a mi derecha, donde lo primero que hace es acercarse y susurrarme al oído.

—Vas a ponerte mucho esta noche con ese atuendo tuyo.

—Y tú vas a pagarme el haberme traído sin dejar que me pusiera algo encima —le digo en el mismo volumen para que nadie nos escuche.

Él se ríe y se aparta de mi oído, se recoloca en su sitio, pero sin llegar a separar nuestras sillas, que se encuentran a escasos centímetros la una de la otra.

El camarero nos trae las cartas, y una vez escogido lo que queremos para cenar, llena nuestras copas y deposita en la mesa la botella de vino que Sergio ha pedido mientras pensábamos qué queríamos, tras ello se marcha.

Conversamos y reímos como cualquier pareja del mundo, tal y como lo hacíamos cuando nos conocimos. Cuando el camarero deja nuestros respectivos platos en la mesa, comienzo a comer mientras Sergio continúa contándome cosas sobre el hotel.

—Creo que no estaría mal incluir una zona infantil en la cafetería —me cuenta.

—No es mala idea, ahora que tienes a la niña, hasta ella podría jugar y divertirse cuando esté en el hotel.

—Sí, creo que buscaré un parque de bolas de esos con tobogán para que pueda... deslizarse —dice al tiempo que es su mano izquierda la que se desliza por mi muslo.

Doy un pequeño brinco por la sorpresa y mi mano frena a medio camino de mi boca, que se queda abierta esperando a que introduzca el cubierto. Sergio aprieta mi pierna y hace que las separe un poco.

—Come —me pide tranquilamente mientras me manosea.

Trago saliva y luego introduzco el tenedor en mi boca, mastico con algo de dificultad, pues la mano de mi acompañante se desplaza cada vez más arriba y yo empiezo a sudar, nerviosa y excitada a la vez.

—Mmm... —dice mientras saborea lo que lleva en la boca—. ¿Eso que llevas es un ligero? —añade tirando del elástico que sujeta mis medias y mirándome con deseo. Yo asiento con la cabeza.

—Sigue comiendo —me repite sin dejar de mirarme y desplazando su mano aún más arriba de mi muslo.

Cuando llega a mi sexo, y se da cuenta de que no llevo bragas, carraspea y maldice en voz baja. Suelta el cubierto que llevaba en la mano y se coloca el miembro, que lleva duro desde hace un rato.

Yo también me he fijado en sus reacciones, y sé que esta situación le está poniendo tan caliente como a mí. Para excitarle todavía más, abro mis piernas y le invito a ir más allá con un gesto provocativo. Le miro, paso la lengua por mis labios y luego muerdo el inferior.

Sergio acepta mi invitación y avanza, enterrando un dedo entre mis pliegues. Frota mi clítoris, y a continuación, lo introduce en mi interior. Gimo suavemente para que solamente él pueda escucharme.

Sin dejar de penetrarme con el dedo, coge el cubierto de nuevo y pincha un trozo de carne de mi plato, el cual lleva hasta mi boca, dándome de comer.

—Termina de cenar —dice haciendo lo mismo con su plato y llenándose la boca—. Nos vamos de este sitio, ahora mismo —añade cuando termina de tragar.

Capítulo 13

—Joder... —resopla cayendo a mi lado en la cama— Haces que me excite hasta perder la cabeza. Jamás había salido tan rápido de ninguna parte para llevar a una mujer a la cama.

—Eso es porque no habías dado con la mujer adecuada para que eso te ocurra... —respondo tirando fichas, a ver si entiende el doble significado de la frase.

—¿Quieres decir que solo contigo va a pasarme esto? —pregunta divertido ladeando la cabeza para mirarme.

—Es posible... —respondo riendo.

Nos quedamos unos segundos en silencio mirando al techo, hasta que es Sergio quien lo rompe.

—Me encanta que me sorprendas así. —Me giro y lo veo sonreír—. A Carolina esas cosas no le gustan demasiado —añade ahora apesadumbrado.

—Me conoces, sabes que me encanta mantener las llamas encendidas —digo mirándolo con picardía.

—Me gustaría tener eso a diario, a mí también me resulta aburrida la rutina.

—Podrías tenerlo si quisieras... —respondo ahora más seria.

—¿Y eso cómo sería posible? —pregunta.

—Quedándote conmigo —contesto sin más.

—Eva, yo... No sé si quiero dejar a Carolina...

Me coloco de lado en la cama mirándole de frente, apoyo la cabeza en la palma de mi mano derecha y acerco la otra a su pecho, acariciándolo. Deslizo suavemente las yemas de los dedos por su torso y la piel de este se eriza a su paso.

—A mí también se me pone la carne de gallina cuando tú me tocas... —comento sin dejar de mirar su cuerpo desnudo—. Nuestros cuerpos reaccionan cuando estamos cerca el uno del otro. ¿Lo has notado tú también?

Sergio me mira serio, sé que su cabecita anda pensando en lo que le he dicho antes, y eso es lo que quiero. Quiero que piense en mí y en todo lo que siente cuando estamos juntos.

—No puedes evitar sonreír cuando me ves, al igual que yo tampoco puedo remediarlo —continúo mientras voy recorriendo su pecho con mis dedos—. Tampoco puedes dejar de pensar en mí cuando no estás conmigo. ¿O me equivoco?

Él niega con la cabeza.

—Cuando me ves, recorres mi cuerpo con la mirada y deseas tenerme desnuda entre tus brazos. —Voy bajando por su abdomen—. Y cuando lo hacemos, desearías que el tiempo se detuviese y no tener que regresar a casa con ella...

—Eva... ¿Qué es lo que pretendes? —pregunta todavía serio.

—¿Aún no te has dado cuenta? —contesto yo formulando otra.

Sergio devuelve su mirada al techo y suspira, se incorpora y me da la espalda, quedándose sentado unos segundos. Luego se levanta y comienza a vestirse.

—Tengo que irme ya —dice evadiendo la respuesta a mi pregunta—. Vístete... Bueno, ponte la gabardina y te llevo a casa.

—Claro... —digo levantándome de la cama y entrando en el baño.

Me quedo apoyada sobre el lavabo, mirando mi reflejo en el espejo. Tengo el pelo alborotado y varias marcas rojas por el cuello. Sergio ha estado jugueteando por esa zona y, ahora que no tengo objeciones a que lo haga, ha aprovechado para dejarme su huella.

Paso las manos por mi cabello y lo peino con mis dedos, voy a tener que llevar siempre un peine en el bolso, para cuando nos encontremos poder arreglarme.

Me miro de nuevo y suspiro, no sé si podré hacer esto durante mucho tiempo. Si Sergio decide no dejar a su pareja, no creo que soporte ser simplemente su amante.

Cuando la puerta del baño se abre, seco rápidamente las lágrimas que se

me han escapado, pero Sergio ya me ha visto. Extiende tras de mí la gabardina y yo introduzco los brazos por las mangas.

Una vez colocada, anudo el cinturón a mi cintura y Sergio me abraza desde atrás, dejando un beso en mi pelo antes de separarse de mí de nuevo y salir del aseo.

Conduce por la ciudad en silencio, pensativo. Yo me mantengo callada, respetando sus cavilaciones. Deseo que quiera estar a mi lado, pero no quiero forzarlo a tomar una decisión de la que luego pueda arrepentirse.

Así que no voy a volver a hacer ese tipo de comentarios, a menos que sea él quien saque el tema. En ese caso, seré totalmente sincera con mis intenciones.

Cuando llegamos a casa de Raquel, para el coche en doble fila sin detener el motor. No tiene más tiempo para quedarse a hablar, y con su mirada me pide disculpas por ello.

—Eva... —comienza a hablar, pero yo le corto.

Me acerco a él y uno mi boca a la suya, le beso despacio, acariciando sus labios con los míos. Luego le doy un pequeño mordisco a su labio inferior, y a continuación meto mi lengua en su boca, profundizando el beso.

—Llámame cuando quieras, estaré siempre que me necesites —digo una vez que me separo de él.

Abro la puerta y salgo del coche sin esperar su respuesta, camino hasta el portal, donde una vez abierta la puerta, me giro y le digo adiós con la mano. Entro cuando el vehículo comienza a moverse.

En estas dos semanas apenas he visto a Sergio. Lo único que hemos podido hacer es mandarnos algún que otro mensaje diario y vernos casi fugazmente. Estamos terminando el mes de julio, y con la llegada de la temporada de verano, tiene mucho trabajo.

La demanda de divorcio entre Mario y yo, ya está presentada. Con esto de los divorcios exprés, y estando de acuerdo en todo lo relacionado con Samuel y los bienes, el papeleo va mucho más rápido.

Por mi parte, ya he entregado el primer mes de alquiler para un piso bastante próximo a mi trabajo y estoy haciendo la mudanza. He tenido suerte, pues había varias personas interesadas en el mismo piso. Conseguí quedármelo yo gracias a Julia, que conoce al propietario e intercedió por mí.

Estoy bastante contenta, pero me da pena dejar a Raquel, la convivencia con ella es muy divertida y estoy muy a gusto, pero sé, aunque ella diga lo contrario, que desde que estoy en su casa no puede hacer su vida como antes.

Cuando yo entré en su casa dejó de llevar chicos al piso, y sé que eso la limita a la hora de tener relaciones cuando le apetece. Pues depende de que el hombre en cuestión tenga dónde llevársela, y si no es así, se queda sin poder hacer nada o pagar un hotel.

Por eso me he dado un poco más de prisa en encontrar dónde vivir, pues me sabe muy mal que ella tenga que cambiar su estilo de vida por mí, así que en menos de una semana, ya estaré viviendo sola.

A Samuel ya le hemos contado lo que ocurre entre su padre y yo. Le explicamos que, aunque nos queremos mucho, hemos decidido que ya no vamos a vivir juntos.

Al principio le costó un poco comprenderlo, pero intentamos que viera que nosotros seguiremos siendo amigos, que seguiremos queriéndole tanto como antes, y que todavía haremos cosas todos juntos, pero que cada uno vivirá en una casa distinta.

Creo que al final lo comprendió, y cuando Mario y yo hemos quedado para ir los tres a algún sitio, hemos hecho todo lo posible para que vea que las cosas no son tan distintas y que será feliz, por mucho que sus padres vivan separados.

Capítulo 14

Camino por la calle de la mano de Samuel. Hoy comienza mi mes de vacaciones y me toca quedarme con él hasta que terminen, por supuesto él está más que feliz con este hecho.

Hemos salido a comprar algo para comer, pues desde que vivo sola hace ya unos días, mi nevera tiene más aire que comida en su interior. Entramos en el supermercado.

—¿Qué te apetece comer? —pregunto a mi hijo mientras ojeo las estanterías.

—¡Pizza! —responde él tan contento.

—Cogeremos una para la cena. ¿Quieres que prepare macarrones?

—¡Sí! Me gustan los macarrones.

—Vale, entonces ya tenemos el menú de hoy —digo alborotando su pelo.

Voy llenando el carro de comida para toda la semana. Samuel necesita cosas para el desayuno y la merienda, y no tengo apenas nada en la despensa.

Cuando ya casi he terminado, mi móvil empieza a sonar, lo saco del bolso y miro la pantalla; es Sergio.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Dónde estás? —pregunta con un tono serio.

—Comprando, ¿ocurre algo? —digo preocupada.

No es normal que me llame a estas horas y en ese estado, parece alterado.

—Estoy en tu portal, he llamado pero no contestabas. ¿Vas a tardar mucho en volver?

—No, estoy terminando ya. Dame unos minutos y estoy ahí —le digo mientras doy la vuelta por el pasillo en dirección a las cajas.

—Vale, date prisa por favor.

Me preocupa que Sergio esté así. Imagino que se deberá a que ha vuelto a discutir con su pareja y necesita hablar, así que decido terminar la compra en

ese momento y volver a casa.

Pago y lleno mi carro, no suelo utilizarlo, pues para mí sola no acostumbro a cargar más que con una bolsa. Esta vez va casi hasta arriba.

Salgo y tomo de nuevo la mano a Samuel, que me sigue el paso y me cuenta cosas sobre los días que ha pasado con su abuela, mientras yo solo puedo pensar en qué le ocurrirá a Sergio.

Al llegar a casa, él está esperando apoyado sobre la pared, me acerco y le doy un abrazo y un beso en la mejilla. Estando Samuel delante, intento contener mis ganas de besarlo de otro modo.

—Vaya, no estás sola —dice mirando a mi hijo.

—No, este mes tengo vacaciones ¿recuerdas? —le digo—. Me toca quedarme con él, te lo conté.

—Ah, sí —dice con cara de fastidio—. Es que necesitaba verte y hablar contigo...

—¿Tienes prisa? —pregunto.

—No, la verdad es que no, tengo todo el día.

—¿Quieres subir y quedarte a comer? —Me mira pensativo. Al final asiente y se acerca más a mí.

—Perdona, pero necesito besarte —dice antes de juntar nuestros labios en un beso rápido.

Subimos a casa y comienzo a guardar la compra. Sergio se acerca y me ayuda, mientras que Samuel se marcha al dormitorio que preparé para él y se pone a jugar.

—Dime, ¿qué ha pasado? —pregunto viendo que él no se decide a hablar.

—La misma mierda de siempre —responde haciendo un gesto con la mano, queriendo restar importancia.

—¿No pretenderás guardarte siempre los problemas, no? —digo mirándole seria, nunca me cuenta lo que le pasa.

—Eva, no quiero molestarte con mis cosas.

—Primero, no me molestas, y segundo, quiero que me cuentes qué es lo que te pasa. Siempre que discutes con ella vienes a buscarme, para luego no sacar lo que llevas dentro —le reprendo.

—Es que... No quiero hacerte sufrir —dice agachando la mirada—. Si te cuento cosas de ella, pienso que vas a estar peor por lo que sientes por mí.

—Pero quiero que cuentes conmigo para todo, no solo para que nos acostemos cuando estás mal con ella —digo enfadada.

—No me acuesto contigo porque estoy mal con ella —responde ofendido.

—No será siempre, pero sí lo haces, y créeme que cuando apareces con la cara con la que has venido hoy, lo noto, así que no me niegues lo evidente.

—Vale, a veces sí aparezco cuando estoy cabreado con ella. Pero no me acuesto contigo por esa razón —dice cogiendo un paquete de galletas y empezando a abrir armarios, buscando dónde guardarlo.

—¿Y entonces por qué te acuestas conmigo? —pregunto intentando sacarle algo de información. Quiero saber lo que siente. Qué es lo que le lleva a venir a buscarme y acostarse conmigo.

—Porque me apetece hacerlo —responde sin más.

—¿Y ya está? ¿Engañas a tu pareja simplemente porque te apetece?

—No, es... Es algo complicado, déjalo —dice apartando su mirada de la mía.

—No lo dejo —insisto—. Quiero saber por qué.

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta. —Me acerco a él y me planto delante—. ¿Por qué te apetece acostarte conmigo?

—Eva, no hagas esto —me pide—. No puede ser, no sé si quiero...

—Responde —digo seriamente.

Sergio me mira apretando los labios, sé que hay algo más, lo noto desde hace semanas. Su comportamiento es distinto conmigo. Está distante, algo frío, y cuando viene a verme su cara es de preocupación.

—¿Sabes por qué discuto con Carolina desde hace ya unas semanas? —pregunta sabiendo que la respuesta es negativa, pues nunca me lo cuenta—. Porque he dejado de buscar su atención. Antes le pedía constantemente que fuese más cariñosa, la besaba a menudo y la buscaba en la cama —me dice produciéndome unos celos espantosos.

—¿Y por qué no continúas haciéndolo? —pregunto con un nudo en el estómago.

—Porque mi mente está tan ocupada pensando en ti, que ya no me preocupa que ella no haga esas cosas —responde dejándome muda—. Eso hace que ahora ella esté recelosa, me pregunta cada dos por tres si es que tengo a otra, me dice que ya no la busco como antes y que eso la mosquea.

—A buenas horas... —murmuro irónica.

—Ahora es ella la que me busca y está encima de mí todo el tiempo — dice con una cara de fastidio que me descoloca—. Me cabrea tanto que sea ahora cuando quiere mi atención que acabamos siempre discutiendo.

—¿No era lo que querías? Que ella te buscara y fuese así contigo — pregunto aun sabiendo que su respuesta me va a joder.

—Tú misma lo has dicho... —responde y se queda callado.

—¿El qué?

—Que eso era lo que quería —suspira y deja de mirarme de nuevo—. Ahora ya no estoy seguro de quererlo...

—¿Por qué?

—Porque creo que... —calla de nuevo, parece pensarse lo que va a responder—. Creo que ya no me importa tanto que lo haga. A estado tanto tiempo siendo de esa forma, tan apagada, que ahora sus atenciones no me producen ningún efecto.

Mis ilusiones caen al suelo y se hacen añicos. Pensaba que iba a decirme que vuelve a amarme a mí, pero veo que su problema, es simplemente que su pareja ya no le provoca ningún sentimiento.

—Puede que debas dejar de verme... —digo intentando contener mis lágrimas.

—Eso ni pensarlo —dice rápidamente.

—Sergio, si amas a Carolina y no quieres dejarla, deberías dejar de verme y arreglar las cosas con ella.

—Pero es que yo no quiero dejar de verte —insiste.

—Creo que sería lo mejor para vosotros, yo no soy más que...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —me corta enfadado.

—Pero es la verdad, Sergio.

—No, tú eres mucho más para mí.

—No lo suficiente... —digo saliendo de la cocina.

Seco mis lágrimas mientras me dirijo al dormitorio de Samuel. Me acerco a ver cómo está, y así, de paso, me relajo y dejo de llorar como una cría despechada. No importa si Sergio piensa tanto en mí, no quiere dejar a Carolina y eso me hace ver que sigo sin conseguir que me ame de nuevo.

Capítulo 15

Mis días de vacaciones ya casi se acaban. Samuel y yo hemos pasado unos días muy divertidos, le he llevado a la piscina, a jugar a los parques infantiles y también hemos organizado picnics en el parque.

En algunas ocasiones se ha sumado Mario, ya que echaba de menos al niño y el mes entero sin verle le parecía demasiado. A mí me ha parecido bien, pues es cierto que un mes es mucho tiempo, y yo también echaría de menos a mi hijo.

Samuel dice que tiene ganas de pasar el siguiente mes con su padre, pero que aunque sabe que se lo va a pasar muy bien con él, también le da pena no poder estar conmigo más tiempo.

Sergio y yo nos hemos visto bastantes veces estos días. Sé que algo le ocurre, ya no solo con Carolina, si no también conmigo. Me manda muchos mensajes cuando no estamos juntos, y cuando nos vemos, quiere hacer como que no pasa nada, pero no puede engañarme.

Siento como que algo se me escapa, sus palabras me dicen que no quiere dejarla, que lo nuestro no puede ser más allá de lo que hacemos, pero sus actos y la forma en la que actúa conmigo me dicen otra cosa.

Cuando estamos juntos, noto como si no quisiera despegarse de mí nunca. Al llegar, es como si sintiese alivio, su cara cambia, y pasa de estar de mal humor, a estar feliz en cuestión de minutos, y al marcharse, es como si le costara hacerlo y vuelve a ponerse de mal humor.

Desde que vivo sola no hemos vuelto a ir a ningún hotel. Me he negado en rotundo a que me lleve más veces, pues nunca me deja pagar ni siquiera la mitad de lo que cuesta la habitación, así que ahora que tengo mi casa y podemos vernos en ella, no he querido seguir acudiendo a ninguno.

Hoy mis planes con Samuel no son muchos, he comprado unas palomitas de microondas y alquilado unas películas que creo que le van a gustar, así que para terminar el fin de semana, tendremos sesión de cine los dos solos.

—Venga, siéntate y pongo la película —digo a mi hijo.

—¿Qué peli es, mamá? ¿Me va a gustar?

—Yo creo que sí, es de superhéroes.

—¡Guay! ¿Sale el Capitán América? ¿Y Hulk? —pregunta emocionado.

—No, pero estos también son muy chulos. Se llama, Los increíbles.

—¿Increíbles? ¿Y qué hacen? ¿Saben volar? —continúa interrogándome.

—No, pero hacen otras cosas, como correr súper rápido, ser muy fuertes y estirarse como una goma.

—¿El Capitán América también es muy fuerte! —dice intentando sacar músculo en los brazos.

—Sí, lo sé —contesto riendo con sus ocurrencias—. Venga, ahora silencio que ya empieza.

Pongo en marcha la película y coloco el bol de palomitas entre Samuel y yo, a la media hora, mi hijo ya ha caído rendido y está durmiendo acurrucado en el sofá. Solo son las diez de la noche, pero está acostumbrado a dormir temprano y por mucho que esté de vacaciones, esa rutina no cambia.

Probablemente me tocará ponerle la película mañana mientras desayuna, pues se pondrá triste por habérsela perdido y querrá verla antes de marcharse con su padre por la tarde.

Me levanto y cojo a mi hijo en brazos, lo llevo hasta la cama y lo acuesto, enciendo la pequeña lamparita que tiene en la mesilla, pues por las noches se suele asustar si se despierta y está completamente a oscuras. Deposito un beso en su frente antes de salir de la habitación.

Me siento de nuevo en el sofá y cojo el bol de palomitas, que ya casi está vacío. Pongo de nuevo la película, me encantan las de Disney, por muy adulta que sea siempre me han gustado mucho.

Mi móvil suena un rato después, es un mensaje de Mario:

Mario: Estaré en tu casa mañana a las 19:00h para recoger a Samuel.

Yo: De acuerdo, lo tendré preparado.

Mario: Si quieres puedes acompañarnos en alguna salida. Sabes que no hay ningún problema.

Yo: Lo sé, gracias por proponerlo. Lo vamos viendo.

Mario: Claro... Buenas noches.

Yo: Buenas noches.

La relación entre Mario y yo es bastante buena. Se me hace raro no verlo cada día, pues hasta que llegaron las vacaciones y Samuel se marchó con su abuela, le he visto todos los días al recoger a nuestro hijo para llevarlo a la escuela. Al menos nuestro trato cuando nos vemos es bueno y amistoso.

Dejo el móvil en la mesilla y me dispongo a terminar de ver la película, pero cinco minutos más tarde mi teléfono vuelve a sonar con la llegada de otro mensaje.

Pienso que será Mario de nuevo, que haya podido olvidar decirme algo, pero al mirar la pantalla me encuentro con un WhatsApp de Sergio.

Sergio: Voy hacia tu casa.

Yo: ¿A estas horas? ¿Qué ha pasado?

Sergio: Te lo cuento cuando llegue, estoy ahí en 20 minutos.

Yo: Vale, te espero.

Debe haber ocurrido algo grave para que Sergio acuda a mí a estas horas de la noche, me levanto y voy al baño, me miro en el espejo y me acicalo un poco. No estoy horrible, pero después de todo el día de ajetreo y estando tirada en el sofá mi pelo andaba un poco alborotado.

Sinceramente sé que a Sergio le importa un pimiento como esté mi pelo y más de lo que se me alborota después de nuestros encuentros sexuales, no lo llevo hoy, pero a mí me gusta estar presentable cuando llega.

Quiero que la primera imagen que vea de mí sea buena, y luego que se encargue él mismo de hacer que parezca una bruja de pelo encrespado, entonces ya no nos importará a ninguno de los dos.

A los veinte minutos exactos, tal y como ha dicho, Sergio me envía un mensaje para avisarme de que está abajo esperando, abro el portal y espero en la entrada de casa a que llegue en el ascensor.

Nada más salir de este, Sergio se aproxima a mí y me toma de la cintura, me besa y sin apartarse de mi boca, me empuja con su cuerpo para que me meta en casa. Cierra la puerta tras de sí y continúa empujándome hasta que chocamos contra la pared.

—¿Samuel? —pregunta separándose de mi tan solo unos milímetros.

—Duerme... —Me da tiempo a decir antes de que vuelva a atacar mi boca.

Me besa con ansias, muerde mis labios y mete su lengua profundizando el beso, acaricia mi cintura y mi espalda, aprieta mi culo y me eleva sujetándome de este. Yo me abrazo a su cuello y enredo mis piernas en su cintura.

Mientras permanecemos en el pasillo besándonos, caigo en la cuenta de que ni siquiera me ha dado tiempo a preguntar qué es lo que ocurre. Sé que si no le freno ahora y le pido que me lo diga, después ya no lo hará, me vendrá con evasivas y se marchará sin explicarme nada.

—Sergio... —digo empujando un poco su cuerpo para que pare.

—Después... —responde volviendo a besarme.

—No... Sergio, para un momento. —Vuelvo a empujarlo con algo más de fuerza.

—¿Qué pasa? —pregunta besando mi cuello esta vez.

—Ser... Sergio... Para un segundo por favor... —le pido con dificultad cuando los escalofríos comienzan a recorrer mi cuerpo.

—Dime, nena... —dice sin dejar de besarme y mordisquearme.

El muy capullo sabe que me pierde que me haga eso en el cuello, pero no voy a dejar que me haga perder la razón esta vez. Va a contarme qué es lo que pasa, y luego ya acabaremos lo que hemos empezado.

Bajo mis piernas al suelo y empujo de nuevo su pecho, haciendo que se aparte con desgana de mí. Resopla y se coloca el paquete, que ya tiene duro.

—Lo siento, pero esta vez vas a contarme por qué has venido, y luego continuaremos —digo cruzándome de brazos.

—¿En serio no podemos dejar eso para luego? —pregunta mirándose la entrepierna.

—No —digo sin más poniéndome seria y caminando hacia el comedor.

Sergio me sigue y se sienta a mi lado en el sofá, yo me coloco de lado con las piernas cruzadas al estilo indio, así puedo mirarle a la cara mientras me cuenta lo ocurrido.

—Dispara, ¿qué ha pasado esta vez?

—Carolina ha visto un par de mensajes nuestros —dice con cara de fastidio.

—Joder... ¿ha visto algo comprometedor?

—Por suerte, no. Los últimos mensajes que nos enviamos no nos delatan en nada, pero olvidé borrarlos y los leyó.

—Supongo que no le ha gustado nada que te mensajees con otra mujer —digo imaginándome en su situación.

—Claro que no... Me ha montado el escándalo del siglo. Se ha puesto a decirme que ya se imaginaba que había alguien y que esos mensajes se lo confirman. Dice que no va a dejar que le siga mintiendo y que si termino con ella va hacer que le den la custodia completa de la niña y que no me dejará verla más de lo que me permita el juez.

—¿¡Cómo!?! —digo totalmente cabreada—. ¡No tiene derecho a hacer algo así!

—Ya lo sé, creo que lo ha dicho porque estaba enfadada... Pero aun así...

—Se queda callado y me mira con ojos culpables.

—¿Qué? —digo con el corazón casi saliéndose del pecho.

—No quiero que me quite a mi hija, voy a intentar arreglarlo... —Me aparta la mirada y suspira.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no sé si volveremos a vernos después de esta noche...

Capítulo 16

Mi cara debe ser un poema ahora mismo, se me ha quedado tan paralizada que no sé ni si sentiría un pellizco en mis mejillas. Toda yo estoy completamente estática, no puedo mover un músculo por mucho que lo intento. No sé qué hacer ahora mismo...

—Eva... Lo siento, pero no puedo estar sin mi hija —dice acercándose a mí y acariciando mi mano.

—Pues no permitas que te la quite, no tiene derecho a hacerlo —consigo decir mientras me trago las lágrimas.

—¿Y si sí que lo consigue? —responde con mucha preocupación.

—Es una arpía, ¡no tiene derecho y no puedes dejar que te amenace con la niña! —Elevo la voz muy cabreada.

—Tranquilízate, vas a despertar a tu hijo —dice levantándose y cerrando la puerta del comedor.

—Sergio, no puedes dejar que te manipule, no dejes que se salga con la suya... —digo casi desesperada.

Mi enfado es más que evidente, pero las razones de este van más allá del hecho de que esa mujer amenace a Sergio con quitarle a su hija, cosa de la que no tiene ningún derecho y verdaderamente me cabrea. Me preocupa que este decida quedarse a su lado, desapareciendo de mi vida de nuevo.

—Yo la quiero ¿sabes? —dice haciendo que esta vez sí rompa a llorar—. Simplemente se han complicado las cosas y... no sé si voy a poder seguir viéndote como hasta ahora...

—Sergio... No dejes que nos separe de nuevo, por favor... —pido a la desesperada.

—Pudiste hacer que las cosas fueran distintas en su momento y también le escogiste a él —responde clavándome un puñal en el pecho.

Tomo aire y seco mis lágrimas. Sé que tiene toda la razón del mundo, pero me ha dolido que me ataque de ese modo.

—Tienes razón... No tengo derecho a pedirte que la dejes por mí... — digo cabizbaja.

—Lo siento... Eva, perdóname... —pide arrodillándose en el suelo y levantando mi rostro.

—Tranquilo, yo te hice pasar por lo mismo... No puedo ser tan egoísta como para pedirte que hagas algo que yo no tuve el valor de hacer en su momento —digo mirándole a los ojos—. Y menos si no me amas...

—Eva... —Sergio agacha la cabeza, apoyándola en mis piernas—. No puedo decírtelo... Sería complicar más las cosas... —añade sin levantar la cabeza.

Arrugo el ceño ante ese comentario. ¿Qué es lo que no puede decirme?

—¿Qué... qué quieres decir con eso? —inquiero.

—Eva, no quiero hacer esto más difícil. —Levanta la cabeza, mirándome serio—. Bastante tengo yo ya con lo que estoy pasando, como para hacerte esta situación más dura a ti también —responde evadiendo mi pregunta.

—Sergio, ¿qué quieres decir con eso? —repito la pregunta.

—No quieras saberlo, de verdad...

—Quiero saberlo —digo muy serio—. Si tienes algo que decirme, hazlo y no te lo calles más. No me importa lo que tengas fuera, lo que sea que decidas hacer después. Estamos aquí tú y yo, no pienses, solo siente... —digo repitiendo las palabras que un día él mismo me dijo.

Me mira con evidente preocupación, teme que lo que va a decirme me haga aún más daño. Sé de primera mano qué se siente cuando no sabes qué hacer, pero no puedes negar tus sentimientos, unos sentimientos que harán daño a esa persona con la cual no te quedarás, a pesar de haberle dicho lo que sientes por ella.

Sergio se incorpora y me besa de nuevo, lo hace despacio, con delicadeza. Toma mi rostro entre sus manos y acaricia mis mejillas mientras sus labios hacen exactamente lo mismo con los míos.

—Prométeme que no me guardarás rencor —me pide con ojos vidriosos sin apenas apartarse de mi boca.

—Jamás podría...

—Te amo, Eva —confiesa dejando pequeños besos en mis labios—. Te

amo muchísimo.

Dejo que mis lágrimas caigan de nuevo. Hace casi seis años que escuché esas mismas palabras de su boca, aquel día en que apenas les presté atención mientras caía dormida entre sus brazos.

Ahora sé el valor que tenían y me arrepiento de haber perdido tantos años en los que pude haberlas escuchado cada día. Tantos años que pude pasar a su lado y que ahora no se acabarían nunca.

Me abandono a sus besos, acaricio su nuca e intensifico nuestros besos. Ya que puede que no vuelva a verle, quiero que deje sus huellas en cada rincón de mi cuerpo.

Me levanto del sofá y me abrazo a su cuello, Sergio vuelve a levantarme como ha hecho al llegar y yo me aferro a sus caderas con mis piernas.

—Llévame a la cama... —le pido entre besos.

No se hace de rogar, gira sobre sí mismo y se dirige al dormitorio, entra sin soltarme, cierra la puerta y pasa el pestillo, sube a la cama de rodillas y me tumba en ella con cuidado.

Mientras no deja de besarme, sus manos buscan el bajo de mi camiseta y tira de ella, le facilito el trabajo y hago lo mismo con la suya, quedando los dos desnudos de cintura para arriba.

Su mano busca enseguida mis pechos, que manosea y aprieta a su antojo. Cuando sus labios se desplazan hasta mi cuello y lo besa, mi piel se eriza y mis pezones se endurecen bajo la palma de su mano.

—Joder... —susurro entre gemidos—. Cómo me gusta que me hagas eso...

—Lo sé... —Sonríe él pegado a mi cuello y mordiéndolo a continuación.

Busco el elástico de su pantalón, hoy ha venido con uno de chándal, con lo que me es muy fácil bajarlo todo lo que me alcanzan los brazos y dejar su bonito culo al descubierto. Le doy un manotazo que le hace dar un respingo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta riendo.

—Hay que probar cosas nuevas... —digo sin dejar de manosear su trasero.

—Vale, pues a hora me toca a mí —dice incorporándose y quitándose el pantalón corto de pijama.

Tras dejarme completamente desnuda, me pide que me dé la vuelta y me tumbe boca abajo, apoyando la mano izquierda sobre el colchón, su cuerpo se aproxima al mío. Su miembro roza mi culo y su mano derecha se desplaza por mi espalda, trazando un camino desde mis caderas hasta mi cuello.

Aparta mi pelo y lo deja al descubierto, su lengua camina ahora por mi nuca, mientras su mano traza un nuevo recorrido por mi cuerpo. Sus dedos acarician mi piel y noto como comienza a escribir letras con la yema sobre mi espalda.

Primero dibuja una T, y a continuación, una E. Tras esto, besa cada zona que ha estado acariciando. Continúa deslizando sus dedos por mi espalda, y dibuja una A. Luego, mientras roza su miembro por mi culo, escribe una M, y continuación, una O.

Sonrío con su acción, y levanto un poco mis caderas, haciendo que el roce deje de ser tan solo eso. Sergio gruñe en mi oído y muerde el lóbulo de mi oreja, erizando mi piel de nuevo.

Separando un poco mis piernas, se cuela entre ellas y me penetra, gimo conteniéndome todo lo que puedo, pues no quiero que Samuel se despierte. Los suaves movimientos de Sergio, junto con sus caricias y la humedad de su lengua en mi cuello, me provocan un placer intenso.

Con cada gemido que emito, él aumenta la velocidad de sus envites. Cada vez me cuesta más controlarme y no elevar el volumen de mis jadeos, cuando Sergio se incorpora, y eleva mi trasero, profundizando así su penetración, exhalo un gemido que tengo que acallar mordéndome el labio.

Me incorporo y me separo vaciándome de él, pero no tardo en darme la vuelta, rodearlo y empujar su hermoso cuerpo hasta hacerlo tumbar boca arriba.

Le quito los pantalones y los calzoncillos, dejándolo por fin completamente desnudo. Admiro su esculpido cuerpo unos segundos y me relamo ante su atenta mirada, que me observa lujuriosa.

Me agacho entre sus piernas e introduzco su miembro en mi boca, chupándolo y lamiéndolo. Tiene el sabor de mis jugos. Sergio jadea, resopla y murmura palabras que no llego a entender mientras recorro su pene con mi lengua.

Cuando me siento saciada y con ganas de tenerlo de nuevo en mi interior, me siento a horcajadas sobre él, introduciéndolo de nuevo en mi sexo, húmedo

y caliente.

Comienzo a moverme, arriba y abajo, sacando y metiendo su polla, rozando mi clítoris en su pelvis cada vez que bajo y me lleno de él por completo. Él se incorpora y se queda sentado, rodea mi cuerpo con un brazo, busca mis pechos e introduce uno de mis pezones en su boca, succionando y lamiéndolo.

Yo no dejo de mover mis caderas a un ritmo constante, buscando el roce de su piel en mi sexo. Muerde y tira de mi pezón provocándome una punzada de un dolor placentero. Me muevo más rápido, me muerde más fuerte y yo jadeo más alto de lo que pretendo, sin poder controlar el placer que siento.

—Quédate a dormir conmigo esta noche... —susurro entre jadeos.

Sergio deja mis pechos y me mira extrañado. Es cierto que desde que nos vemos no hemos pasado una sola noche juntos, pero siendo probablemente la última que tenemos, me encantaría volver a dormir con él, aunque solo sea una noche.

—Eva, no sé si sería conveniente.

—Por favor... Si no voy a volver a verte...

—No he dicho que sea seguro —me corta.

—Pero, ¿y si no volvemos a vernos...? —digo acariciando su rostro—. Regálame esta noche, solo esta, y no te pediré nada más.

Me mira de nuevo con cierta preocupación. Sé que quiere quedarse, más de una noche lo habría hecho, pero nunca se ha decidido por miedo a discutir con Carolina.

—¿Sabes que me la juego si lo hago, verdad? —responde al fin.

—Lo sé, pero es mi deseo de posible despedida. Concédemelo, y te prometo que seré tuya para siempre, regreses a mí o no.

Sergio suspira y cierra los ojos con fuerza, su cabeza cae hasta reposar la frente en mi pecho y yo enredo mis dedos en su pelo, acariciando su nuca.

—Está bien. —Cede finalmente mirándome de nuevo—. Pero no creo que vayas a dormir mucho.

Sonrío como una niña pequeña que ha obtenido lo que tanto anhelaba, y él hace lo mismo al verme. Me encanta su sonrisa, y desde hace unas semanas, apenas lo veo sonreír. Beso de nuevo su boca y vuelvo a mover mis caderas, volvemos a hacer el amor, que es lo que mejor se nos da hacer a los dos juntos; amarnos.

Capítulo 17

Despierto empapada en sudor, el cuerpo de Sergio pegado al mío hace que sude hasta notar como las gotas resbalan por mi espalda. Estamos en pleno verano y aun así no se ha despegado de mí en toda la noche.

Con Mario esto no hubiese pasado, en cuanto hacía un poco de calor, ya no soportaba que me acercase a él por las noches. Se ponía a sudar y no lo aguantaba, y el sexo, por la misma razón, cuanto menos mejor.

Con Sergio sin embargo, hemos pasado casi toda la noche haciendo el amor. Creo que habré dormido apenas dos horas, pero estoy feliz por haberme concedido este momento.

Despertar a su lado es una delicia, su rostro es muy hermoso mientras duerme, parece un niño pequeño. Pero por mucho que me guste mirarlo, necesito darme una ducha, así que me levanto y me dirijo al baño.

Entro a la ducha y abro el grifo, dejando que el agua se temple. Cuando está a una temperatura media, coloco la alcachofa en el soporte y dejo que caiga el agua sobre mi cuerpo. Una vez estoy mojada, voy bajando la temperatura hasta dejar el agua completamente fría.

Ni cinco minutos tarda Sergio en entrar al baño y acompañarme.

—¡Joder! —exclama cuando introduce su perfecto cuerpo en la ducha—. Está helada... ¿Cómo puedes ducharte así?

—Acostumbrando al cuerpo poco a poco, no me meto así de buenas a primeras —digo riendo y regulando el agua de nuevo, calentándola un poco.

—Mucho mejor... —dice acercándose a mí cuando ya el agua ya no está tan fría—. Ahora sí se puede uno duchar a gusto.

Me rodea con sus brazos y me besa, sus manos se deslizan fácilmente por mi cuerpo empapado y me manosean. Me aprieta el culo, me atrae hacia él y frota su erección contra mi pelvis. Este hombre no se sacia nunca.

—Mmm... —murmuro cuando noto su miembro contra mi cuerpo.

—Contigo es imposible no estar empalmado todo el día —dice mientras va dejando besos por mi mandíbula y mi cuello.

—Pero si yo no te he hecho nada ahora... —me defiendo.

—No hace falta que lo hagas, te deseo solo con mirar tu perfecto cuerpo.

—Estoy más gorda que antes...

—Estás más buena que el pan —dice mordiéndome el cuello y metiendo su mano entre mis piernas.

—Mmmm... —gimoteo con el contacto de sus dedos en mi clítoris.

Sergio frota su mano en mi sexo, provocándome un gran placer, yo enredo mis dedos en su pelo mojado, y meto la otra mano entre nuestros cuerpos buscando su miembro, lo agarro y comienzo a masajearla.

Muevo mis caderas al compás de su mano buscando más fricción. Él hace lo mismo, mueve su pelvis y yo aumento la velocidad de mi mano. Nos masturbamos mutuamente bajo el agua, nos besamos y nos acariciamos. Volvemos a hacer el amor hasta que los dos nos corremos al mismo tiempo.

Terminamos de ducharnos y, una vez vestidos, salimos del dormitorio. Me acerco a la habitación de Samuel, es muy temprano todavía y aún duerme, así que lo dejo tranquilo mientras preparo un poco de café.

—No puedo tardar mucho más en irme —dice mirándome con ojos tristes.

—Lo sé... Te agradezco mucho que hayas pasado esta noche conmigo — respondo acercándome a él y abrazándome a su cintura.

—Te juro que no quiero dejar de verte... Pero, mi hija...

—Sé que ella es lo más importante para ti en este momento —digo cortándole, y mirándole a los ojos le expreso de nuevo mi opinión respecto a la amenaza de Carolina—. No puede hacerte eso, Sergio, no tiene derecho. Si quisieras dejarla no puede quitarte a la niña por venganza.

—Lo sé... No creo que sea cierto, creo que lo dijo por el calor de la discusión, pero...

—Sergio, si es capaz de amenazarte así, dudo que sea buena persona. Yo nunca utilizaría a mi hijo como arma para retener a mi pareja —digo seriamente—. Creo que deberías replantearte lo que piensas hacer.

—Sé que quieres que la deje, que me quede contigo...

—No, Sergio, no lo digo por eso... —digo sinceramente—. Claro que quiero que te quedes conmigo, pero no te doy este consejo por esa razón. Ella no te hace feliz, al igual que Mario no me hacía feliz a mí y si decidieras dejarla y no estar conmigo, lo respetaría de igual modo. Yo lo que quiero es que tú seas feliz, con ella, conmigo o a solas.

Me mira con esa sonrisa que me desarma, suspira y me besa suavemente, me atrae hacia su pecho y me abraza, atusa mi pelo y acaricia mi espalda.

—Tengo que pensar mucho en esto... Pero, no te puedo asegurar que no intente arreglar las cosas con ella —dice tras una pausa.

Me separo de él y lo miro tristemente, asiento con la cabeza y la agacho ocultando las lágrimas que empañan mis ojos. Me doy la vuelta y me centro en servir el café, que hace un rato ha terminado de hacerse. Saco dos tazas y las coloco en la mesa, llenándolas a continuación.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Ya no sé de qué otra forma puedo hacer ver a Sergio que su lugar está conmigo, como debió de ser hace años. Ahora tengo que esperar, e implorar al universo que tome una decisión que nos beneficie a ambos.

Son casi las siete, Samuel está preparado y Mario no tardará en llegar. Voy a sentirme muy sola este mes, y más sabiendo que es probable que ni siquiera pueda ver a Sergio nunca más.

Cuando el timbre suena, mi hijo se levanta del sofá y corre hacia la puerta, abriéndola y abrazando a su padre nada más verlo. Acudo a la entrada y doy un beso en la mejilla a mi todavía marido. Parece que no van las cosas tan rápido como nos habían dicho con respecto al divorcio.

—Pasa, Mario —digo invitándole a entrar—. ¿Quieres tomar algo antes de iros?

—Gracias —dice sin más.

Entramos hasta la cocina y sirvo un par de cafés, Mario y yo nos sentamos a la mesa mientras que Samuel regresa al comedor, donde tiene la televisión encendida y estaba viendo la película de dibujos que se perdió anoche.

—¿Qué tal habéis pasado el resto de las vacaciones? —Se interesa en saber.

—Han estado muy bien, Samuel se ha divertido mucho y ahora está deseando pasar el resto contigo.

—Espero hacerlo tan bien como tú y que no se aburra —dice con guasa.

—¿Contigo? Déjame que lo dude —digo riendo también—. Eres un padre muy divertido, estoy segura de que lo pasará en grande.

—Gracias, Eva, tú también eres una madre maravillosa —dice sonriente.

—Gracias.

Terminamos el café y salimos al comedor a buscar a nuestro hijo, que enseguida se pone en pie.

—¿Ya nos vamos, papá? —pregunta ilusionado.

—Sí, cariño, coge tu mochila y vámonos.

El corre a su dormitorio, donde tiene preparada desde esta mañana su pequeña mochila, con esos juguetes de los que no se separa nunca. Sale a los pocos segundos con ella colgada de la espalda.

—Dame un beso, anda —digo apretujándolo contra mi pecho y dejando montones de besos en su cabecita.

—¡Has dicho uno! —Me empuja con su cuerpecito, quejándose por mi atosigamiento.

—Vale, pues dame uno. —Le pongo morritos y él me da un beso—. Te veo uno de estos días, ¿vale?

—¿Vas a venir con nosotros un día? —pregunta con ilusión.

—Claro que sí, ni loca paso un mes entero sin verte.

—¡Bien! ¡Mamá va a venir con nosotros! —grita agarrando a su padre de la camisa.

—Es genial, cariño. Venga, vámonos que se va a hacer tarde.

Me despido de ellos en la entrada de casa. Una vez sola, me quedo mirando el piso, sin saber muy bien qué voy a hacer todo este tiempo.

Capítulo 18

—Solo han pasado cuatro días —dice Raquel mirándome divertida—. Eres muy impaciente.

—Lo sé, pero... ¿Y si no vuelvo a verlo nunca más? —lloriqueo apoyando los codos sobre la isla de la cocina y aguantando mi cabeza sobre mis manos.

—No seas tan negativa.

—No me ha mandado ni un solo mensaje, ¡ni uno! —digo poniéndome de morros como una niña pequeña.

—Lo hará, estoy convencida —dice muy segura.

—¿Y cómo estás tan convencida de ello?

—Tú también deberías estarlo —afirma—, ese chico se muere por tus huesos desde hace seis años. Habéis vuelto a las andadas por segunda vez, y uno no hace esas cosas si no es porque está realmente enamorado.

—Ya, pero por mucho que esté enamorado de mí, no quiere dejarla a ella. ¿Eso no te hace sospechar que su amor por ella es más fuerte que el que siente por mí?

—Mira, estuviste tan ciega en su momento como lo está él ahora. Tiene dudas, está confundido, tiene una hija a la que no quiere perder, y eso le frena. —Raquel pone un poco más de café en mi taza—. Pero estoy completamente segura de que en el fondo, está loco por quedarse contigo.

—Ojalá tengas razón...

—Ya verás como sí, tú se paciente, dentro de nada lo tienes en la puerta de casa diciéndote que se queda contigo.

Suspiro y miro a Raquel poco convencida, ella me guiña un ojo y me sonrío, será que las cosas vistas desde fuera se ven más claras, porque yo no estoy tan segura de lo que me dice.

Desde que Sergio se marchó de casa el domingo, no he vuelto a recibir ni un solo mensaje suyo, ni una llamada, y mí me da miedo escribirle. ¿Y si al enviarle un mensaje lo ve Carolina y entonces tiene más problemas por mi culpa?

No puedo arriesgarme a que se enfade conmigo por ser la causante de una nueva disputa entre ellos. Como dice Raquel, tengo que esperar a que él de el paso y decida si se queda con su pareja, o por el contrario, prefiere volver a

mi lado.

Como es la segunda vez que visito a Raquel esta semana, ya casi no tenemos nada nuevo de que hablar. Charlamos sobre cosas del trabajo y también sobre sus ligues, después quedamos para salir este fin de semana.

Cuando estoy a punto de marcharme, mi teléfono suena y yo me lanzo a por él, esperando que sea una llamada de Sergio. Miro la pantalla: es el abogado que lleva el divorcio.

—Buenas tardes, Alfredo —respondo.

—Buenas tardes, Eva, te llamo en referencia al divorcio.

—Sí, dime. ¿Hay algún problema? —pregunto intrigada.

—No, al contrario, te llamo para avisarte de que el próximo jueves debéis acudir al juzgado, para la ratificación judicial del convenio de divorcio.

—De acuerdo, Alfredo. ¿Aviso yo a Mario?

—Yo me encargo, nos vemos los tres a las once de la mañana, en la entrada del juzgado.

—De acuerdo, hasta entonces.

—Hasta el jueves, Eva.

Cuelgo el teléfono y miro a Raquel, que me observa todavía sentada en la isla de la cocina.

—El jueves que viene estaré prácticamente divorciada —anuncio a mi amiga.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí... Supongo que sí —digo con algo de tristeza.

Es lo que quería, pero en el fondo me da mucha pena que mi matrimonio no haya podido salvarse finalmente. Siempre llevaré a Mario en mi corazón, como alguien que ha sido fundamental en mi vida durante tantos años y con quien he tenido un hijo.

—Claro que sí —dice acercándose a mí y dándome un abrazo—. Verás que es lo mejor para los dos, él también rehará su vida y será feliz.

—Espero que sí, en serio... No quiero que esté solo por mi decisión.

—Por favor, Eva. Mario es un hombre muy atractivo, inteligente y

trabajador, estoy segura de que no tendrá problemas para encontrar alguien que se fije en él.

—Ya lo sé, pero me siento culpable. Soy yo la que ha tomado la determinación de separarnos y...

—Eva, Eva, Eva... para —me corta—. Tú no tienes toda la culpa —me dice levantando una ceja y mirándome reprobatoriamente.

—Lo sé...

—Pues no te martirices, se acabó el echarte las culpas de todo lo que pasa a tu alrededor. Ahora lo que tienes que hacer es estar tranquila y no pensar en ello.

Cuando nuestro nuevo tema de conversación se termina, cojo mis cosas y me marcho a casa. Creo que mi querida amiga tiene mucha razón, no debo pensar que todo lo que ocurre a mi alrededor es exclusivamente por mi culpa.

Hay cosas que pasan por que tienen que pasar y pienso que Sergio apareció en mi vida porque mi destino era estar junto a él. Y que Mario me ha acompañado durante todos estos años, porque era él quien debía darme a mi hijo.

Hoy Raquel y yo hemos quedado para salir juntas. Hace muchos años que no salgo, y menos, sin ir acompañada de Mario, así que me siento un poco fuera de lugar en este pub.

Bebo de mi copa y la vuelvo a dejar en la mesa. Observo por encima el local; es un lugar bastante oscuro, y la música suena tan fuerte, que mi amiga y yo tenemos que sentarnos muy cerca la una de la otra para poder mantener una conversación sin dejarnos la garganta en el proceso.

En un momento dado, Raquel se levanta y se marcha a los servicios, dejándome sola en ese rincón en el que hemos conseguido sentarnos después de llevar media hora esperando a que alguien se levantara de su sitio, pues el local estaba lleno.

Me doy cuenta de que varios hombres me observan desde la barra. Yo intento no cruzar mi mirada con la de ellos, para no dar a entender que me interesa comenzar una conversación.

Pero parece que ese detalle no es tenido en cuenta por uno de ellos, que unos segundos más tarde se aproxima a la mesa, y acercándose bastante, me

habla echándome su aliento a la cara; apesta a alcohol.

—Hola, guapa —grita mientras toma asiento muy cerca de mí.

—Lo siento, pero estoy acompañada —grito yo también para hacerme oír.

—Lo he visto, cariño —añade, indiferente a mis palabras—. Creo que tu amiga y tú lo pasaríais muy bien con mis amigos y conmigo.

—No, gracias, estamos bien como estamos —digo poniendo algo de distancia entre nosotros.

—Yo os veo un poco aburridas —insiste.

—Aunque lo estemos, no es asunto vuestro. Te repito que no nos interesa la compañía de nadie.

—Si no quisierais la compañía de nadie, no os vestiríais de esta forma —dice acercando rápidamente la mano hacia mi muslo.

Antes de que pueda evitarlo, su mano está apretándolo, le doy un manotazo y le aparto esa zarpa que tiene por extremidad. Me levanto de la silla y me dirijo hacia los aseos.

Dos pasos más allá, las manazas del tío vuelven a atraparme sujetándome del brazo, doy un tirón y me suelto, pero no hay manera de que ese hombre de las cavernas se aparte un poco de mí.

—Oye, no he terminado de hablar contigo —dice intentando sujetarme de nuevo.

—No quiero hablar contigo, creo que ha quedado bastante claro hace unos segundos —contesto muy seria.

—Vais calentando y luego no queréis que nos acerquemos —dice el gilipollas.

—¿Pero a ti te qué te pasa? ¿Eres imbécil o qué? —pregunto ya un poco asustada por su comportamiento.

Busco con la mirada a ver si hay alguna persona que esté viendo la escena y me eche una mano. Pero todo el mundo está absorto en sus conversaciones, bebiendo o bailando.

Tiro del brazo de ese tío en un nuevo intento de deshacerme de él, pero me ha agarrado muy fuerte, hasta el punto de que me está haciendo daño.

—¡Suéltame, joder! —grito un poco más fuerte que antes.

—Vente conmigo, vas a pasarlo bien, zorra —añade tirando de mí.

Intento de nuevo soltar su mano. Es un tío grande y fuerte, así que no consigo nada. Empiezo a llorar de impotencia y miedo. Por mucho que digo, a este tío parece darle igual lo que yo opine.

Vuelvo a mirar a los lados, algunas personas nos observan, pero no parece que tengan intención de intervenir para ayudarme, hasta que aparece alguien por mi derecha, y de un empujón, aparta a ese bestia de mí.

El tío da un traspié y cae al suelo, tirando a su paso una mesa y los vasos de las dos personas que se sentaban en ella, que al verse venir el cuerpo del hombre, se han levantado corriendo.

Llevo mi mano a la zona del brazo que ese gilipollas había apretado tan fuerte, me duele mucho, estoy segura de que me va a provocar cardenales.

El hombre que lo ha apartado de un empujón, se dirige hacia él y lo coge de la camisa, levantándolo y arrastrándolo hacia la salida. Estoy a punto de seguirlo para darle las gracias, pero Raquel regresa en ese momento.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta viendo el desastre que ha provocado la caída del hombre.

—Que un gilipollas se ha creído con el derecho de agarrarme por la fuerza e intentar que me fuera con él —respondo mostrándole mi brazo, rojo por el agarre.

—¡Joder! ¿Estás bien?

—Sí... Alguien ha salido en mi defensa y ha sacado a ese bestia de aquí, le ha dado un empujón y lo ha hecho caer al suelo.

—¿Y dónde está? —pregunta mirando a los lados.

—No ha vuelto a entrar, iba a salir cuando has regresado.

—Vamos, hay que darle las gracias antes de que pueda marcharse.

Me coge de la mano y me lleva hacia la salida a toda prisa. Yo creo ese repentino interés es porque siente curiosidad por saber cómo es el hombre que me ha ayudado, más que por darle las gracias.

Alcanzamos la salida y encontramos una escena que me deja atónita. La persona que me ha ayudado, no es otra que Sergio, que todavía tiene agarrado a ese hombre de la camisa mientras le dirige palabras poco amistosas.

—Como vuelva a ver que te acercas a una mujer de ese modo, yo mismo

te arranco las pelotas, ¿me has escuchado? —amenaza mientras lo mantiene acorralado contra la pared.

Es más que evidente que ese personaje va muy bebido. Pero eso no le da derecho a tratar así a nadie. Estoy muy agradecida de que saliera en mi defensa, porque, viendo al resto de la gente del local, que no movía un dedo por ayudarme, me estaba temiendo que consiguiera sacarme a la fuerza de allí.

—Vale, tío, no te preocupes —dice frotándose el costado, debe haberse golpeado al caer—. No lo haré más, de verdad, es que he bebido demasiado...

—Eso no es excusa, gilipollas... —dice Raquel llamando la atención de los dos hombres.

Me quedo mirando a Sergio y sonrío levemente, quiero transmitirle un poco de calma, que vea que estoy bien. Se le ve muy enfadado.

—¿Estás bien? —pregunta tras soltar al individuo y acercarse a mí.

—Sí, no es nada... Puede que me salga un moratón, pero estoy bien.

Sergio inspecciona la zona del brazo que le muestro y vuelve a girarse, clavando su mirada furiosa en el otro, que ya se retira entrando de nuevo en el pub con la cabeza agachada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañada.

—Nada... Bueno, estaba tomando una copa... —dice sin mucho convencimiento.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Puedo preguntar por qué? —inquiero.

—Otra discusión... Ya sabes... —dice suspirando.

Asiento y me quedo callada, no quiero volver a soltarle el mismo discurso del domingo. Sé que sabe que lo mejor sería que la dejase, así que, por mucho que me cueste esperar, dejaré que sea él mismo quien termine de darse cuenta de ello.

—¿Vas a... volver a casa esta noche? —pregunto con la esperanza de que

diga que no.

—Ellas están en el hotel... Por eso estoy aquí, tan cerca.

Asiento de nuevo y mi cara expresa un evidente fastidio.

—Lo siento... —dice agachando también la mirada—. La verdad es que estaba a punto de marcharme, cuando he escuchado a las personas que estaban a mi lado, que había un imbécil molestando a una mujer, no sabía que estabas aquí.

—Ya, ni yo te había visto, hay bastante gente.

—Al ver que nadie estaba por la labor de echar una mano, me he levantado del taburete y me he acercado al barullo. Cuando he visto que eras tú, he tenido que controlarme para no darle una buena paliza.

—Gracias por levantarte a ayudar, si no hubieses estado aquí, me temo que hubiese conseguido sacarme a la fuerza. Ese tío era enorme, no sé cómo te has atrevido a meterte con él.

—Me hubiese dado igual que me pegase una paliza, si con ello lo aparto de ti, o de cualquier mujer. En este caso eras tú, pero lo hubiese hecho por cualquiera.

Sonrío por su valor, está visto que no todo el mundo está dispuesto a ayudar de ese modo y arriesgarse a recibir una paliza a cambio.

Capítulo 19

Quince minutos antes de las once ya estoy en la puerta de los juzgados. No han pasado ni tres minutos cuando aparece Mario y se acerca a mí, dándome dos besos como saludo. Hablamos sobre Samuel y las cosas que han hecho durante estos días y quedamos en que les acompañaré este sábado.

Ya le estoy echando mucho de menos, han pasado casi dos semanas y todavía no he podido quedar con ellos para compartir una tarde, así que estaba deseando hacerlo. Quiero darle un achuchón.

Cuando Alfredo llega con su maletín en la mano, nos saludamos y entramos juntos al interior del edificio, siguiendo a este de cerca hasta la sala en la que nos esperan.

Nos sentamos en una gran mesa de cristal redonda después de que Alfredo hable con una de las personas que se encuentran en la sala y aclara que no es necesario que entremos por separado, ya que nuestro divorcio es amistoso y está todo acordado.

Mario se coloca a mi lado y suspira cuando comienzan a leer el convenio para que confirmemos si estamos de acuerdo con lo pactado y firmado.

—Ya no hay vuelta atrás —dice una vez que hemos terminado y salimos de la sala.

—Lo sé —respondo agachando la cabeza—. Yo... Lo siento de veras, Mario, pero creo que esto era lo mejor para los dos.

—No te disculpes —dice dándome un abrazo—. Sabes que no voy a guardarte rencor por nada, al igual que yo sé, que la mayor parte de la culpa es mía.

—No busquemos culpables, ninguno de los dos hemos sido sinceros el uno con el otro en algún momento de nuestra vida. —Lo miro de nuevo a los ojos—. Tampoco lo hemos sido con nosotros mismos, nos hemos engañado mucho tiempo pensando que estábamos bien.

—Eso es cierto. —Sonríe y acaricia mi mejilla como solía hacerlo antes—. Vamos, te invito a un café de esos que tanto te gustan antes de volver a por Samuel.

Salimos del juzgado y nos dirigimos a una cafetería cercana, nos

sentamos, pedimos y nos ponemos a charlar. Cualquiera diría que acabamos de confirmar nuestra decisión de separarnos. Reímos y hablamos como si no hubiese pasado nada.

Hace tres semanas que no sé nada de Sergio. Estoy casi convencida de que ya no voy a verle nunca más, o si lo hago, no será porque él venga a buscarme. En el fondo quiero equivocarme, pero desde que nos encontramos en el pub aquella noche, no le he vuelto a ver.

Tampoco ha llamado por teléfono, ni ha enviado ningún mensaje. Eso me hace pensar que tampoco va a querer saber al menos cómo estoy, aunque puede que sí quiera hacerlo, pero tenga tanto miedo a perder a su pareja que no intenta ponerse en contacto conmigo.

Eso también me lleva a pensar, que para él es mucho más importante Carolina que yo, por eso estoy casi, solo casi, convencida de que su decisión ya está tomada, y que no es conmigo con quien va a quedarse.

Hoy me toca recoger a Samuel, las vacaciones terminaron y ya lleva una semana de clases. Me preparo mientras mi cabeza no hace otra cosa que pensar en Sergio continuamente. No puedo sacármelo de la cabeza.

Salgo a la calle y camino tranquilamente mientras escucho música en los cascos hasta llegar a casa de Mario. Toco al timbre y responde a los pocos segundos.

—¿Quién es?

—Soy Eva.

La puerta se abre y empujo entrando en el portal. Subo en el ascensor y el primero en recibirme es mi pequeño, que me abraza y me da un beso.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el cole esta semana?

—Bien —responde sin más.

—¿Has aprendido muchas cosas?

—Hemos aprendido una canción.

—Vaya, pues luego quiero que me la cantes.

—Vale —responde marchándose a su dormitorio.

Me acerco a Mario y le doy dos besos, como de costumbre. Nos sentamos en la cocina y sirve un poco de café.

—¿Has perdido las llaves? —pregunta.

—No, ya sabes que no me gusta aparecer sin más.

—Eva, te pedí que te las quedaras y que las uses —dice mirándome serio.

—Lo sé, pero ¿y si un día estás acompañado? No puedo entrar en tu casa sin más.

—¿Acompañado de quién? —dice entre risas—. ¿Tan pronto crees que voy a sustituirte?

Aparto la vista de sus ojos un poco avergonzada y sé que con esa acción voy a delatarme más que si no hubiese reaccionado. El gesto de su cara me confirma, que efectivamente, se ha dado cuenta de que siento apuro por algo.

—¿Has...? —Se queda callado unos instantes, dudando si terminar la pregunta—. ¿Has conocido a alguien? —dice por fin.

—No, no he conocido a nadie, Mario —respondo volviendo a agachar la mirada.

—Eva, no tienes que esconderte. —El gesto de su rostro no acompaña a sus palabras, sé que está molesto—. Sinceramente, no esperaba que rehicieras tu vida tan pronto, pero...

—Mario —le corto—. No estoy saliendo con nadie, ni he conocido a nadie. —No le miento, aunque no soy totalmente sincera.

No quiero hablar más de la cuenta, porque no sé qué es lo que va a pasar con Sergio. De momento ya hace un mes que no le veo, así que no puedo decir que tenga nada con él. Y además, ya lo conocía, así que tampoco miento cuando digo que no he conocido a nadie.

—Tu cara no me decía eso... —dice tras un suspiro.

—No quiero hablar de ese tema, Mario, no creo que sea lo más conveniente en este momento —respondo intentando evitar esta conversación.

—Entonces sí hay o a habido alguien —afirma más que pregunta.

—Lo único que voy a decirte, es que no ha habido nadie antes de tomar la decisión de pedirte el divorcio y marcharme de casa —digo aclarando la situación—. No quiero que vayas a pensar que volví a engañarte, porque no es

así.

—Aun así, no esperaba esto... —dice visiblemente dolido.

—Lo siento de veras, no quería que lo supieras porque sabía que te dolería, pero de verdad que no estoy con nadie.

—Entonces, ¿es que acaso te acostaste con el primero que pudiste al marcharte de casa? —pregunta más molesto, pero enseguida se arrepiente de sus palabras—. Lo siento... No es asunto mío si ya no estábamos juntos.

—No fue así —respondo negando con la cabeza pero sin atreverme a contarle nada más.

—Déjalo, ya no tiene importancia, al menos no ha sido mientras convivíamos, me quedaré con eso, pues lo que hayas hecho después no es cosa mía.

Se instala entre nosotros un silencio incómodo. Decido terminar mi café y llamar a Samuel, es mejor que nos marchemos y que dejemos este tema, al menos por ahora.

—Te llamaré en estos días, ¿vale? —dice a su hijo mientras abre la puerta de casa.

—Vale, papi. —Se empina y le da un abrazo.

—Te quiero, pásalo bien con mamá y se bueno.

—Sí —responde él.

Respiro hondo cuando las puertas del ascensor se cierran. Sabía que no sería nada agradable para él enterarse de que ya he tenido encuentros con otro hombre, por eso quería evitar que se enterase.

Cuando llego a casa con Samuel, encuentro una nota en suelo de la entrada, alguien debe haberla introducido por debajo de la puerta, desdoble el trozo de papel y leo.

«Estoy muriendo por verte. Te echo de menos.»

El corazón empieza a latirme con fuerza y sonrío. Reconozco la letra: es de Sergio.

Capítulo 20

Cada vez que entro en la cocina me quedo mirando la nota prendida de un imán en la nevera. Esas simples palabras me tienen sonriendo desde que la encontré en la entrada de casa hace ya dos días.

Supongo que Sergio pasaría por casa, y al no encontrarme, se marchó dejándome la nota bajo la puerta. No entiendo por qué no me llamó y me da rabia no haber estado en casa en ese momento. Yo también muero por verle y que me estreche entre sus brazos, pero sobre todo, muero por besarle de nuevo.

Mientras doy cuenta de mi comida, el timbre de casa suena. Me levanto extrañada, pues no suele venir nadie a estas horas de la tarde, voy hasta la entrada y abro la puerta, encontrando tras ella a un hombre que porta un ramo de rosas rojas y blancas. El nombre de una floristería bordado en su chaleco me confirma que es un mensajero.

—¿Eva Torres?

—Sí, soy yo.

—Esto es para usted —afirma, entregándome el ramo—. Si es tan amable de firmar aquí —añade poniendo delante de mí el justificante de entrega.

—Por supuesto. —Cojo el bolígrafo y firmo la hoja.

—Muchas gracias, que disfrute de su día —se despide amablemente.

—Igualmente —digo mientras desaparece por el ascensor.

Cierro la puerta y me dirijo al comedor inspeccionando nerviosa el precioso ramo que tengo en las manos. Trece rosas, seis rojas, seis blancas y una verde que no había visto hasta este momento. Encuentro entre ellas una pequeña tarjeta que abro con las manos temblorosas.

“Sé que sabrás apreciar su significado, ya que su belleza es tan evidente como la tuya. S.A.”

Me quedo pensando unos instantes en esas palabras. ¿Encontrar su significado? Sergio siempre consigue sorprenderme, sin embargo, esta vez me ha dejado completamente descolocada.

Pongo el ramo en un jarrón con agua y lo observo mientras doy vueltas a la tarjeta entre mis dedos y pienso en las palabras escritas en ella. ¿Su significado? Sigo pensando en ello unos minutos, hasta que caigo en la cuenta de que hay rosas de tres colores distintos.

Voy rápidamente hasta la cocina y busco mi teléfono, que descansaba sobre la mesa mientras comía. Entro en internet y abro el buscador, en el que escribo «significado del color de las rosas». Enseguida me aparecen un montón de páginas que pueden darme esa información.

Leo por encima varias de ellas y me decanto por la que creo que es más completa. En ella encuentro la respuesta que buscaba. «Rosas rojas: amor y pasión. Rosas blancas: pureza y perpetuidad. Rosas verdes: esperanza, perfecta para regalar en las nuevas relaciones.»

Sergio está enviándome un mensaje de colores, el rojo es porque me ama y me desea, el blanco, porque es un amor puro y para toda la vida, y el verde, para que mantenga la esperanza en que podamos comenzar una relación.

Mi corazón no puede estar más rebosante de alegría. Siento tantas cosas en este momento que no sabría cómo describirlo. Sonrío y lloro al mismo tiempo, miro las rosas y me acerco para apreciar su aroma; huelen de maravilla.

Suspiro y empiezo a buscar el sitio perfecto para ellas. Las coloco en el mueble del recibidor, donde podré verlas siempre que entre y salga de casa. Muevo el jarrón hasta que quedo satisfecha y regreso a la cocina a terminar de comer.

Han pasado dos semanas más desde que recibí las rosas y sigo sin saber nada de Sergio aparte de ese mensaje. Me está costando horrores no coger el coche y presentarme en el hotel, sentarme en una silla de la cafetería y esperar hasta que lo vea quedarse libre para hablar con él.

El problema es que no sé cuándo estará allí, puede que vaya durante toda una semana y no lo encuentre. O puede que, si lo hago, encuentre más problemas que soluciones. Así que me resigno a seguir esperando algún otro mensaje de Sergio.

Al salir hoy del trabajo siento la necesidad de hablar con Raquel, así que me dirijo hacia su casa antes de que se haga demasiado tarde. Sé que estará allí a esta hora, por eso tomo el camino sin llamar con antelación. Cuando

llego a su casa, como siempre me recibe con los brazos abiertos.

—¿Qué te trae por aquí? —inquire una vez en nuestra zona de reunión habitual.

—Supongo que lo de siempre —respondo con un suspiro cansado—. Hace demasiado que no sé nada de Sergio y estoy de los nervios.

—¿No sabes nada de nada?

—Lo único que he recibido en las últimas dos semanas ha sido un ramo de rosas de colores.

—¿Rosas de colores? —pregunta con gesto curioso.

—Rojas, blancas y una verde —le cuento con una sonrisa boba en la cara—. Amor, perpetuidad y esperanza. Quiere darme a entender que le espere... Pero, no sé cuánto tiempo tendré que hacerlo.

—¿Estás segura de que eso es lo que quiere decirte?

—Creo que sí...

—Puede que estés creándote demasiadas esperanzas, Eva. Piensa en que, si hace tanto tiempo que no te hace ni una llamada, sea posible que su decisión ya esté tomada —comenta con preocupación.

—Lo sé, pero ese detalle tiene que expresar que me ama. Hace poco me dijiste que estabas segura de que se quedaría conmigo —rebato a su discurso—. No puede ser coincidencia, me dijo que sabría apreciar su significado, y los colores siempre representan algo, lo he buscado, estoy segura de que tiene que ser eso.

—No sé, es un poco raro que después de tanto tiempo, lo único que haga es enviarte un ramo de rosas.

—Pero no un ramo de rosas cualquiera, Raquel —digo desesperada porque lo entienda—. Rosas de tres colores distintos, con sus distintos significados, dudo que haya escogido esos al azar.

—Si lo tienes tan claro, lo único que te queda es seguir esperando.

—Lo que me frustra es no saber durante cuánto tiempo tendré que hacerlo... —Apoyo los codos sobre la encimera y sostengo la cara entre mis manos haciendo pucheros.

Antes de regresar a casa hago una parada y entro en una tienda de electrónica que hay en el camino. Hoy es el cumpleaños de Sergio, aunque parezca mentira, aquel día en que me anunció tan contento que era su cumpleaños mientras hablábamos por teléfono se quedó grabado en mi

memoria.

He pensado en él año tras año al llegar esta fecha, veintisiete de septiembre. Aunque no sé qué día voy a verle y podré dárselo, quiero comprarle algo que pueda tener y recordarme siempre que lo vea.

Escojo una pulsera de actividad que me parece una pasada. Tiene muchas cosas: control del ritmo cardíaco, cuenta pasos, análisis de la calidad el sueño y muchas más cosas para hacer ejercicio. Como sé que se cuida, creo que puede gustarle.

Miro la televisión mientras espero a que Mario venga a llevarse a Samuel. Hoy termina de nuevo mi turno, ha pasado ya un mes y una semana desde que recibí las rosas. Así he empezado a contar el tiempo que pasa sin saber nada más de él, cada día me lo recuerda ese precioso ramo que he logrado mantener con buen aspecto secando las flores con laca para el pelo.

Cuando suena el timbre del portal me levanto y me dirijo hasta la entrada, presiono el botón de apertura sin preguntar quién es, pues no espero a nadie más que a Mario. Abro la puerta y la dejo entornada, dirigiéndome después a la cocina a servir dos tazas de café.

Escucho como la puerta de entrada se cierra y unos pasos por el pasillo, que se detienen unos segundos y luego vuelven a sonar, esta vez acercándose a la cocina. Supongo que habrá mirado primero en el comedor, pues me he dejado la televisión encendida.

—He preparado café. ¿Te quedarás un rato? —pregunto cuando escucho los pasos ya tras de mí. Recibo un murmullo afirmativo como única respuesta—. ¿Te ha comido la lengua el gato o llevas la boca llena? —inquiero terminando de preparar las tazas en sus respectivos platos.

—Preferiría que fueras tú quien me comiera la lengua. —La voz de Sergio tras de mí me sorprende al tiempo que sus manos me rodean por la cintura. Me aprieta contra su cuerpo y acerca su boca a mi cuello susurrando contra él—. Dios... Cómo te he echado de menos...

—Sergio... —susurro yo también dándole la vuelta y abrazándole.

Rodeo su cuerpo con los brazos y me aferro a su nuca, aspiro su aroma acercando mi nariz a su cuello y luego deposito un beso en él. Sergio me

aprieta más contra él y suspira, luego comienza susurrar pidiéndome perdón.

—Lo siento, lo siento...

—No te preocupes. —Intento tranquilizarlo, pero me cuesta contener el llanto.

—No llores, por favor —me pide tomando mi rostro entre sus manos y besándome dulcemente.

—Yo también te he echado mucho de menos —confieso devolviéndole el beso al instante.

Comenzamos a devorarnos, nos necesitamos tanto el uno al otro, que no perdemos más tiempo. Acaricio su rostro, mientras que él acaricia mi espalda por debajo de mi ropa, haciendo que mi piel se erice, como siempre que me toca.

Sus manos se inquietan y comienzan a bajar por mi trasero, introduciéndose después por debajo de mi falda y apretándome las nalgas. Mis dedos se enredan en su pelo y hago presión, atrayéndolo más hacia mí.

El sonido del timbre nos interrumpe y yo comienzo a ponerme nerviosa. No me hace ninguna gracia que Mario y Sergio se crucen, y menos que sea precisamente en mi propia casa.

—Mierda, es mi marido... ex marido... —digo corrigiéndome al instante —. Viene a por Samuel.

—Tranquila, puedo esconderme en el armario si quieres —se cachondea.

—No tiene gracia —contesto, pero en verdad también me río—. Siéntate, intentaré que no pase hasta aquí y le despediré enseguida con cualquier excusa.

Salgo de la cocina y entorno la puerta, llamo a Samuel, abro el portal dejando la entrada de casa abierta y le pongo la chaqueta a mi hijo mientras esperamos que Mario llegue. Cuando escucho el ascensor abrirse en el rellano, abro del todo la puerta y recibo a mi ex.

—Hola, Mario. —Me acerco y le doy dos besos—. Siento tener que entregarte así al niño, pero me tengo que duchar y cambiarme, he quedado con Raquel y ya se me hace tarde —me excuso.

—Tranquila, no pasa nada —dice con una sonrisa, ajeno a mi mentira.

—Dame un beso —pido a mi hijo agachándome y poniéndome a su altura —. Te echaré de menos, te llamo estos días y hablamos.

—Vale, mami —responde dándome el beso que le he pedido y un abrazo —. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño, hasta otro día, Mario. —Sonrío y me despido con un gesto de la mano mientras entran en el ascensor y las puertas se cierran.

Suspiro aliviada, al menos no tengo que pasar el mal trago de que se junten los dos en el mismo espacio. Cierro y paso mis manos por el pelo, aún nerviosa, sin embargo no tardo en regresar a la cocina, ansiosa por encontrarme de nuevo con Sergio.

Capítulo 21

—No voy a poder quedarme mucho más tiempo —dice tristemente mientras acaricia mi espalda desnuda con la yema de los dedos.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que esperar esta vez? —inquiero con el mismo tono afligido que él.

—No lo sé... Lo siento, pero ha estado tan encima de mí que no he podido venir antes, apenas me deja solo. Ha cambiado bastante las últimas semanas —explica.

—¿Qué quieres decir? —Levanto mi cabeza y apoyo la barbilla en su pecho mientras le observo.

—Que vuelve a ser la misma mujer cariñosa que era antes. Si antes me costaba pensar en dejarla... —dice sin terminar la frase y apartando su mirada de mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas, y aunque me apresuro en secarlas rápido, mis ojos brillan por las que todavía luchan por salir. Sergio me mira de nuevo y ahora es él el que seca las que vuelven a resbalar por mi mejilla izquierda.

—Lo siento —se disculpa de nuevo—. El día que encargué las rosas, ella estaba conmigo. Tuve que ingeniármelas para que me esperase fuera de la tienda y poder hacer el pedido sin que se enterase.

—No tenías porqué... —digo volviendo a recostar mi cabeza en su

pecho.

—Era una manera de hacerte llegar un mensaje sin que ella sospechase. —Me sujeta por la barbilla y hace que vuelva a encararlo—. ¿No te gustaron?

—Por supuesto que sí —respondo enseguida—. Son preciosas. —Me mira un instante antes de incorporarse un poco, haciendo que yo haga lo mismo, quedando sentados uno al lado del otro.

—En cuanto tenga la más mínima oportunidad volveré a verte, lo prometo.

—Vale... —digo con tristeza, pues saber que esa oportunidad puede no llegar hasta dentro de meses me mata.

Me besa y rodea mi cintura con sus brazos atrayéndome hacia él, haciendo que me siente sobre sus piernas. Rodeo su cuello y le devuelvo el beso haciéndolo más intenso, tiro un poco de su pelo mientras mordisqueo su labio inferior, él gruñe y aprieta sus dedos en mi trasero.

Continúo con los mordiscos por su mandíbula hasta llegar a la oreja, donde me entretengo a chupar el lóbulo y dar pequeños lametones a su cuello. Noto cómo su erección crece a medida que mi lengua va trazando círculos hasta llegar a su garganta.

Apretando más los dedos en mi culo, me hace levantar y me penetra, jadeo sin dejar de darle lametones y mordiscos y comienzo a moverme con la ayuda de sus manos, que levantan mi cuerpo sin dificultad hasta marcar un ritmo constante.

Nuestros gemidos se entremezclan con los besos que nos regalamos el uno al otro, jadeamos y respiramos con dificultad cuando nuestras bocas se separan intentando recuperar el aliento.

Cuando la boca de Sergio toma mi pezón entre los labios, mi cuerpo se estremece y mi piel se eriza. Su lengua juguetea con él, lamiéndolo, sus dientes lo aprisionan y lo muerde, haciéndome gemir. Succiona el otro, lo chupa y a continuación sopla sobre él, haciendo que el frescor de su aliento haga reaccionar a mi piel y este se ponga más duro todavía.

Durante más de veinte minutos nos acariciamos, nos besamos y nos susurramos al oído palabras de amor que quizás no se repetirán en meses. Miro de reojo el reloj de mi mesita, pidiendo al universo que se detenga y Sergio no tenga que marcharse nunca.

Comienzo a notar como mi cuerpo está llegando al límite y mi respiración se acelera aún más, arqueo mi cuerpo, apoyo mis manos sobre las rodillas de Sergio y él me sujeta por la espalda mientras continúa dando pequeños

mordiscos a mis pezones.

—Aahh... —jadeo mientras continúo con mi vaivén—. Voy a correrme...

—Mmmm... —murmura sin sacar el pezón de su boca.

Estallo entre jadeos y gritos de placer, Sergio gruñe de nuevo y aprieta más mi pezón entre sus labios, sus manos agarran de nuevo mi culo y lo aprietan clavándome los dedos en las nalgas, moviéndome de forma más rápida y haciendo que mi clítoris friccione aún más contra su pubis y me provoque todavía más placer del que ya sentía.

Él tiembla bajo mi cuerpo, se estremece y me rodea de nuevo atrayéndome hacia su pecho. Hunde su rostro en mi cuello y exhala de una sola vez el aire que contenía en los pulmones.

—Te amo, te amo —susurra en el hueco de mi cuello provocándome escalofríos y haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas—. Lo siento... de verdad que lo siento...

—Sshh... —me apresuro a decir antes de que continúe—. Vuelve pronto, por favor. Es lo único que te pido, no me dejes sola mucho tiempo —añado dejando un beso en su hombro—. Yo también te amo.

Nos vestimos en silencio, casi sin mirarnos. Entro al baño y repaso un poco mi pelo, aprovechando el momento a solas para mojar un poco mi rostro e intentar disimular la rojez de mis ojos. Respiro profundamente antes de salir de nuevo y encontrarme con el rostro taciturno de Sergio.

Recuerdo en ese momento que tengo que darle su regalo de cumpleaños, aunque será con casi un mes de retraso. Voy hasta el cajón y saco la pequeña caja envuelta en papel de color azul celeste, me aproximo y se lo entrego.

—¿Y esto? —pregunta extrañado al ver el regalo.

—Es tu regalo de cumpleaños, sé que fue el pasado día veintisiete, pero...

—Muchas gracias, no tenías porqué —responde con una sonrisa.

—Espero que te guste, no sé si tienes algo parecido.

Sergio comienza a desenvolver el regalo, mirando alternativamente la caja y a mí, todavía con esa preciosa sonrisa en el rostro, la abre y saca la

pulsera de su interior, inspeccionándola.

—Es una pulsera de actividad —indico mientras se la quito de las manos y se la coloco en la muñeca—. Sé que te gusta hacer ejercicio y pensé que, si no tenías ya una, te gustaría probarla. Tendrás que configurarla, pero quería ver cómo te quedaba.

—Me encanta —dice observándola cuando termino de ponérsela—. Gracias de nuevo.

—Quiero que la lleves siempre puesta, así te acordarás más de mí —digo con una sonrisa pícaro.

—Siempre me acuerdo de ti... —Acaricia la mano con la que le he colocado su regalo—. ¿De dónde voy a decirle a Carolina que la he sacado?

—Vamos, Sergio, no me hagas reír —digo colocando los brazos en jarras—. ¿Acaso tienes controlado el dinero o las cosas que te compras? Dile simplemente que has ido a una tienda y te la has comprado. Me niego a que no la lleves siempre puesta.

—De acuerdo, mi señora —dice poniéndose recto y colocando sus dedos en la frente, haciendo un saludo militar. Le doy una palmada en el brazo por su burla.

Me acerco a él y rodeo su cuello, atraigo hacia mí su rostro y le doy un beso, apoyo mi frente sobre la suya y murmuro un “te amo” antes de separarme de nuevo de él y salir del dormitorio con los pasos de Sergio tras de mí.

Nos cuesta separarnos cuando llegamos a la puerta de casa, nos besamos una y otra vez, nuestras manos se niegan a soltarse y parece como si cada vez que se da la vuelta para marcharse, algo hiciera que regrese a mí y me abrace por enésima vez antes de volver a besarme y decirme que me ama.

Cuando las puertas del ascensor se cierran y Sergio desaparece de mi vista, dejo salir las lágrimas que llevo reteniendo desde que he salido del baño. No quería que me viese llorar otra vez, no quería hacer que se sienta mal por volver a dejarme sola, esperando a que su pareja le deje un poco de espacio y pueda regresar a verme.

Voy hasta la cocina y preparo un poco de ensalada en un bol. Se ha hecho muy tarde, pero después de pasar la tarde en la cama, tengo hambre y necesito llenar el estómago. Mi teléfono suena, estoy a punto de no hacerle caso, pero me arrepiento por si ha pasado algo con Samuel y voy enseguida a buscarlo. Me sorprende al ver el número de Sergio en la pantalla.

—¿Ha pasado algo? —pregunto muy preocupada nada más descolgar, pues acaba de marcharse y no esperaba esta llamada.

—Necesitaba escucharte —responde. Debe ir al volante, pues se nota que habla desde el manos libres del coche—. ¿Me acompañas hasta que esté llegando al hotel?

—Acabas de irte —digo con una sonrisa estúpida en la cara.

—Sabes que no quería hacerlo, me hubiese quedado contigo de no ser por... —Deja la frase sin terminar.

—Lo sé, se notaba un poquito —ríe para quitarle hierro al asunto.

—No bromeo... —dice suspirando.

—Sé que no bromeas, solo quería hacer esto algo menos serio — respondo suspirando yo también—. Ya es bastante duro...

—Eva, te juro por mi hija que voy a hacer todo lo posible para que no pase tanto tiempo hasta que...

—Vale... —le corto con el corazón encogido. Sinceramente esperaba otras palabras, pero veo que lo que le preocupa es no tardar en volver a venir a verme un rato, y no el quedarse conmigo.

—¿Sabes que te amo, verdad? —inquire al notar mi tono, un poco seco de repente.

—Sí... Claro que lo sé, yo también a ti. —Espero unos segundos algún otro comentario, pero al ver que no dice nada, soy yo la que habla de nuevo—. ¿Puedes hacerme otro favor?

—¿Cuál?

—Que pienses en mí cada vez que la toques, necesito que me tengas en cada uno de tus pensamientos. Quiero que cuando la beses, sean mis labios los que sientas, que cuando la mires, sea a mí a quien veas. —Hago una pausa esperando de nuevo algún comentario, pero solo escucho su respiración al otro lado del teléfono—. Necesito que me sientas a tu lado cada vez que cierres los ojos, porque no solo te acompañe hasta que llegues al hotel, Sergio.

—Joder, Eva... —Escucho lo que parece un golpe en el volante y luego se vuelve a hacer el silencio—. Estoy llegando... Cariño, volveré en cuanto pueda, te lo juro.

—Lo sé, te esperaré cuanto haga falta... —Sonríe ante ese apelativo cariñoso, creo que es la primera vez que lo utiliza conmigo.

—Te amo —dice de nuevo.

—Yo también te amo.

La llamada se corta y yo me quedo mirando la pantalla del móvil durante unos segundos. Solo espero que esta vez no tarde tanto en volver, o al menos, pueda ponerse en contacto conmigo más a menudo. Estar sin saber nada de él durante tanto tiempo va a acabar con mis nervios.

Capítulo 22

Despierto sobresaltada por la melodía de mi móvil, miro el reloj de la mesilla; las dos de la madrugada. Cojo el aparato preocupada por si Samuel se ha puesto enfermo, pero al mirar quién llama me sorprende ver el nombre de Sergio en la pantalla de nuevo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —inquiero con preocupación.

—No... —escucho la voz ahogada de Sergio al otro lado; está llorando.

—Dime qué ha pasado —le pido.

—Es otra vez Carolina... En cuanto he puesto un pie en la habitación ha empezado a gritarme muy enfadada —explica—. No sé qué ha podido desencadenar esa cólera, porque estoy seguro de que no ha podido enterarse de que he estado contigo...

—Cálmate —digo intentando transmitirle un poco de paz—. ¿Dónde está hora? ¿Desde dónde me llamas?

—Se ha largado con la niña a Astorga, la ha cogido y se ha marchado dejándome solo en la habitación.

—¿Cómo puedo ayudarte? —pregunto sin saber muy bien qué hacer por él en este momento.

—Ábreme la puerta y deja que me quede contigo esta noche —dice volviendo a llorar.

—¿Dónde estás? —me levanto de la cama a toda prisa.

—Abajo, en tu portal —responde mientras yo ya estoy dirigiéndome a la puerta.

—Sube —digo al tiempo que presiono el botón de apertura y cuelgo el teléfono.

Espero mientras el ascensor se pone en marcha, bajando primero hasta la planta baja y luego volviendo a subir. Muerdo mis uñas nerviosa, odio que Sergio esté así, no me ha gustado nada escuchar ese tono afligido en su voz.

Las puertas del elevador se abren y Sergio aparece completamente roto. Su rostro mojado por las lágrimas y los ojos rojos me encogen el corazón, su cuerpo se abalanza contra el mío, estrechándome entre sus brazos. Yo no sé

qué otra cosa hacer aparte de intentar reconfortarle devolviéndole el abrazo en silencio mientras llora de nuevo.

Ahora mismo me echaría a llorar yo también, porque verle así por ella me destroza y me hace ver que su dolor por la posibilidad de perderla es muy grande, y eso me lleva a la conclusión de que no podrá dejarla nunca.

Después de unos minutos consigue calmarse un poco, se aparta de mi cuerpo y toma mi mano, dirigiéndose a mi habitación en silencio. Al llegar, desabrocha la camisa que uso para dormir y me la quita, dejándome desnuda. Luego se quita la ropa y se queda completamente desnudo también.

Vuelve a cogerme de la mano, me lleva hasta la cama y me pide que me acueste, haciendo lo mismo a continuación y colocándose tras de mí, pegando su cuerpo al mío.

—¿Vas a perdonarme si esta noche no te hago el amor? —pregunta abrazándome un poco más fuerte.

—Sergio, no te amo solo por lo bien que me haces el amor —respondo con una sonrisa a esa pregunta—. Por supuesto que puedes venir a casa y no hacerme el amor en cada ocasión. Aunque es un verdadero placer que lo hagas... —añado besando el brazo que rodea mi cuello.

—Me ha dicho que no quiere volver a verme... Que no vaya a casa y que veré a la niña cuando se le pase un poco el cabreo... —me cuenta escondiendo su rostro en el hueco de mi cuello—. Siempre busca hacerme daño donde más me duele, siempre tiene que utilizar a la niña para atacarme y eso me destroza... No aguanto más que haga eso...

—No debería hacerlo... —digo sin más, pues no sé qué más comentar para aliviar su dolor.

—Estoy harto de esto... Estoy cansado de que cada vez que discutimos me amenace con la niña... —dice ahora con rabia.

Se queda callado, envolviéndonos en un silencio en el que solo se escuchan nuestras respiraciones. No sé qué más añadir para mitigar esa ira que está creciendo en su pecho. Tiene razones para estar enfadado, solo con pensar que Mario me hubiese amenazado con quitarme a Samuel por querer divorciarme, ya hace que mi corazón se llene de rabia, por eso entiendo qué es lo que siente.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto con algo más de esperanza, pues si

ella le ha dicho que no quiere volver a verle, puede que su relación haya terminado.

—Intentaré hablar con ella mañana, puede que razone si conseguimos hablar sin gritos de por medio... —responde arañando mi corazón un poco más.

—Vale... —contesto simplemente.

—Siento haberte despertado —dice dejando un beso en mi hombro.

—Sabes que no tiene importancia.

—Mañana madrugas, y aquí estoy, manteniéndote despierta.

—No importa, de verdad. —Acaricio suavemente sus brazos con la yema de mis dedos—. Podría tomarme el día libre, e ir a pasear, o comer juntos... Así tienes un poco de tiempo para...

—No sé, Eva... Podría ser peligroso —me interrumpe preocupado.

—Solo quiero que te distraigas un poco, me comportaré como si no significaras nada para mí, seré buena y mantendré las distancias, así, si te ven, no podrán decir que estabas haciendo algo inapropiado con otra mujer...

—El problema es que yo no puedo mantener las distancias contigo — responde riendo y haciéndome sonreír también a mí.

—¿Entonces, qué hacemos? —pregunto unos instantes después al ver que no se decide a dar el paso.

—Está bien —responde al fin—. Comeremos juntos y daremos un paseo. Intentaré hablar con ella para asegurarme de sus planes, pero no es necesario que faltes al trabajo, te recogeré cuando termines y pasaremos el resto del día juntos.

—Me parece bien —contesto con una sonrisa en los labios.

La idea de pasar todo el día con Sergio me hace muchísima ilusión, aunque no sé qué vendrá después, si su relación habrá acabado de verdad o solo es una pelea más de las suyas y luego se arreglarán. Sea como sea, quiero aprovechar todo el tiempo que pueda pasar con él.

Despierto con el sonido de la alarma, extendiendo el brazo hacia la mesilla de noche y la apago, quedándome acostada mirando hacia el techo con los brazos estirados. Suspiro y froto mis ojos, entonces recuerdo que no he pasado la noche sola, pero solo yo ocupé la cama.

Me incorporo y miro por el dormitorio, aguzando también el oído

intentando escuchar algo que me indique que Sergio continúa en casa. No oigo agua en la ducha, pasos ni nada. Me levanto, cubro mi cuerpo desnudo con la camiseta que él mismo me quitó anoche y salgo al pasillo.

Cuando me voy acercando al comedor, escucho su voz a lo lejos, parece que habla con alguien. Asomo mi cabeza por la puerta y le veo en la terraza, de espaldas y con el móvil en la oreja. No quiero ser cotilla, pero la curiosidad me puede y me quedo parada en ese lugar.

—¿Pero qué es lo que te he hecho?... No te he dado motivos para estar así... No, no estaba con nadie, Carolina... —Le escucho decir a su pareja—. ¿Puedes bajar la voz? No es necesario que me grites... Así no podemos arreglar las cosas... Como quieras, pero no vas a volver a amenazarme con apartarme de Eva, no es solo tu hija... —Cuelga el teléfono y se pasa las manos por el pelo.

Sergio se queda unos minutos en el balcón con los brazos cruzados sobre el pecho, pensativo. Resoplo frustrada por no poder ayudarle más, pues en esta situación no puedo hacer más que intentar ser un apoyo para él, aunque eso no me beneficie lo más mínimo.

Doy la vuelta sobre mis pasos y me dedico a prepararme para irme a trabajar. Mientras termino de peinarme, escucho como Sergio regresa al dormitorio y entra en el baño, abrazándome por detrás y dejando un beso en mi cuello. Cierro los ojos y suspiro mordiendo mi labio, mi piel se eriza y siento un escalofrío.

—Estás preciosa —me dice mirándome a los ojos a través del espejo.

—Gracias —contesto con una sonrisa estúpida en la cara.

—No me des las gracias por decir únicamente la verdad —dice apretándome más contra su cuerpo.

—Tengo que irme a trabajar... —le digo mientras me doy la vuelta y me abrazo a su cuello.

—No sé si voy a arrepentirme de haberte dicho que vayas al trabajo —me susurra al oído provocándome otro escalofrío.

—Aún estoy a tiempo de llamar a mis jefes —digo mirándole con picardía.

—No me tientes... —Mordisquea mi cuello.

—Eres tú el que no deja de provocarme —respondo entre gemiditos.

—No hagas eso... —me pide sin dejar de dar pequeños bocados a mi piel.

—¿El qué? —pregunto de nuevo entre jadeos.

—Esos ruiditos —dice con voz ronca.

—Pues deja de mordisquearme el cuello...

—¿Eso es lo que quieres? —inquire volviendo a hacerlo.

—Ni hablar...

—Pues coge el teléfono ahora mismo y haz esa maldita llamada, porque no vas a salir de esta casa en un buen rato —ordena cogiéndome del trasero y levantándome en volandas para llevarme al dormitorio.

Capítulo 23

Salimos de mi casa caminado uno al lado del otro, pero sin apenas rozar nuestros brazos, no nos cogemos de la mano, ni damos señales de afecto. Al final, hablando antes de decidir dónde ir a comer, hemos acordado no arriesgarnos, sobre todo por no causarle más problemas con Carolina.

Aunque ella le ha dicho que no quiere verlo por el momento, él me ha comentado que necesita hablar con ella en persona, y que si no es hoy, mañana irá a Astorga para intentar mantener una conversación civilizada con su pareja.

Yo he accedido porque fui yo misma la que lo propuso, además de que lo último que quiero es que por mi culpa, vaya a tener más inconvenientes y pueda enfadarse conmigo por ello. Por supuesto que para mí sería mejor que terminase con ella, pero no a costa de acabar también conmigo por ser la culpable de esas complicaciones.

Una vez en el restaurante elegido para comer, nos sentamos y conversamos tranquilamente mientras esperamos a que nos sirvan. Hablamos de mi trabajo, del suyo, de cómo funciona el hotel y de lo orgulloso que está por haber conseguido que el trabajo de sus padres no se haya perdido.

—Sinceramente, cuando era más joven, pensar que era su único hijo y el que tendría que hacerse cargo de continuar con su empresa cuando ellos ya no pudieran se me hacía muy cuesta arriba —me explica entre bocado y bocado—. Pensaba que sería muy difícil llevar un lugar tan grande yo solo, pero mis padres se encargaron de enseñarme todo lo que tenía que saber, y lo hicieron muy bien.

—Eso sin duda —afirmo con una sonrisa viendo el orgullo en sus ojos—. Has hecho un buen trabajo, Sergio, tus padres estarán muy orgullosos de cómo has gestionado el hotel.

—Gracias, Eva —dice con su sonrisa, acercando su mano a la mía pero deteniéndose a unos milímetros y suspirando frustrado por no poder hacer lo que desea.

Los dos intentamos no parecer una pareja, tenemos que reprimir las ganas de tocarnos, de acariciar nuestras manos distraídamente mientras hablamos. Hemos susurrado varios “te amo” cuando nadie nos miraba, porque nos cuesta

no demostrarnos el amor que sentimos. Después de la comida, salimos del restaurante y nos cruzamos con una persona conocida de Sergio.

—Hola, Sergio. ¿Qué tal tu vida? —pregunta la mujer, mirándome con cara extrañada mientras lo saluda.

—Bien, va todo muy bien. Gracias por preguntar, Sofia —responde amablemente.

—¿Y Carolina? ¿Ya no estáis juntos? —inquire sin quitarme ojo de encima.

—Sí, claro que sí —responde tranquilamente—. Ella está en Astorga con la niña, estoy aquí por negocios —añade señalándome y yo levanto una mano a modo de saludo.

—Ah, por supuesto. —Levanta la mano y responde a mi saludo— Bueno, pues te dejo seguir trabajando. Me alegro de haberte visto, saluda Carolina de mi parte y dale un beso a la niña.

—Claro, se lo daré —contesta dándole dos besos y despidiéndose de ella.

Volvemos a caminar uno al lado del otro, nos miramos y soltamos el aire en un resoplido casi al mismo tiempo. Sonreímos por el gesto idéntico que hemos tenido y soltamos una carcajada. Pensé que esa tal Sofia iba a sacarme una radiografía con la mirada, ha sido un poco incómodo.

—¿Crees que puede contarle a tu pareja que nos ha visto juntos? —pregunto preocupada.

—No, qué va —dice negando con la cabeza—. Nos conocemos por su ex marido, él y yo fuimos al instituto juntos y nos hemos visto alguna vez de más jóvenes, pero desde que se han separado, no tengo ninguna relación con ella.

—Me dejas más tranquila —respondo apartando la mirada de la suya—. No quiero que vayas a tener más problemas por mí.

—Eva, si tengo problemas no es por tu culpa, sino por la mía. Soy yo quien engaña a Carolina, no tú.

—Pero la engañas conmigo y yo te pedí que pasaras el día aquí, aun a riesgo de que puedan verte...

—Y yo he aceptado quedarme.

—¿Por qué? —pregunto volviendo a mirarle a los ojos.

—Porque me gusta estar contigo, porque quiero estar contigo ahora

mismo...

—Pero...

—Nada de peros, quiero estar contigo ahora mismo y me da lo mismo correr el riesgo de que me vean contigo. —Se para en seco y me mira muy serio—. Sé que al final te he pedido que intentemos no delatar lo que sentimos, pero aun así... —Suspira y mira a nuestro alrededor, vuelve a mirarme y a continuación se acerca a mí y me da un beso en los labios, uno que me deja con ganas de más por lo corto que es.

—¿Qué haces? —inquiero mirando yo ahora a todas partes.

—Besarte, ¿no es obvio? —dice con una sonrisa.

—Demasiado, por eso lo pregunto —digo volviendo a pasear mi vista alrededor nuestro—. Podría haberte visto cualquier conocido.

—Lo sé, pero tu boca merece el riesgo —responde sin dejar de sonreír y mirando mis labios con deseo.

—Deja de mirarme así o van a tener que separarnos con palanca —afirmo empezando a sentir un deseo irrefrenable de tirarme encima de él.

—Será mejor que nos movamos, no quiero que nos detengan por escándalo público —responde divertido mientras hace una señal con su cabeza para que le siga.

—¿A dónde vamos ahora?

—Demos una vuelta por el centro, podemos tomar algo en alguna terraza, hoy hace muy buen día.

Nos ponemos en marcha de nuevo y nos dirigimos al centro de la ciudad, tal y como ha propuesto Sergio. Mientras tomamos café, hablamos sobre los niños, sobre lo que harán el día del cumpleaños de Eva, que es durante las navidades, y de los planes que tiene para el hotel durante esas fiestas.

—Hace tres años que organizo eventos en las fiestas de navidad. El hotel se llena de gente y mis padres vienen a pasar esos días con nosotros —me cuenta—. Es una buena forma de tenerlo todo controlado sin dejar de estar con mi familia.

—Es muy buena idea —digo asintiendo—. Puede que este año me apunte a esos eventos... —añado distraídamente y veo como su cara cambia de color.

—Eva... No es que no me guste la idea de tenerte por el hotel... Pero... —dice con cara de susto.

—¿Tengo vetada la entrada al hotel? —pregunto haciendo pucheros.

—No... Claro que no tienes vetada la entrada, pero justo durante las

fiestas de navidad está toda mi familia allí... y Carolina...

—Pero ninguno de ellos saben quién soy —digo cruzando mis brazos por encima del pecho—. Si voy nadie va a saber que tienes algo conmigo...

—Ya... Pero vas a distraerme completamente... —dice con una sonrisa.

—¿Y eso es bueno o es malo? —inquiero con mirada pícara y mordiendo mi labio.

—No seas mala... Sabes que me pones muchísimo cuando me miras así —me reprende removiéndose en su asiento y frotando su rostro con las manos.

—No he hecho nada... —me defiende levantando las manos inocentemente.

—Sabes muy bien lo que haces, no te las des de niña buena conmigo —dice levantando una ceja y cruzando también los brazos en su pecho.

—¿Acaso a ti no te gusta que sea una niña mala? —pregunto de nuevo con esa mirada provocativa de antes.

—Demasiado... —comienza a decir antes de que la melodía de su teléfono comience a sonar en el bolsillo de su pantalón. Sergio saca el móvil y mira la pantalla, luego suspira y me mira a mí apretando los labios—. ¿Me disculpas un momento, por favor? —Yo asiento, él se levanta de su silla y se aleja unos pasos.

Me quedo observando sus gestos y movimientos, esperando adivinar si la llamada que ha recibido es buena o mala. Pero Sergio escucha a su interlocutor con las manos en los bolsillos y sin apenas gesticular, así que no consigo saber qué puede estar ocurriendo.

Espero pacientemente dando pequeños sorbos a mi taza de café, intentando que me dure lo suficiente para no quedarme de brazos cruzados y sin nada que hacer mientras él termina su llamada, que parece alargarse por momentos.

Sergio da pequeños pasos a izquierda y derecha mientras escucha a quien le haya llamado y son pocas las veces que hace algún comentario. Empiezo a pensar que es una llamada de trabajo, pero una palabra que consigo leer de sus labios en una de las pocas ocasiones en que responde, me hace cambiar de opinión.

Cuando sus labios han pronunciado el nombre de Carolina, he entendido que quien llama es su pareja, y por lo tranquilo que parece escuchando y las pocas veces que interviene, comienzo a sospechar que la llamada es para disculparse por lo que ha pasado.

Teniendo en cuenta lo nervioso que se ha puesto esta mañana en la terraza mientras discutía con ella, y lo bien que están llevando la conversación ahora, lo último que pienso es que ella le esté gritando o amenazando, porque si no, Sergio estaría más alterado.

Miro el reloj y la taza de café vacía en mis manos. Hace ya cinco minutos que está al teléfono y me ha dado la espalda, por lo que no puedo ver sus gestos y saber si está enfadado todavía con ella o no, cosa que me frustra, pues al menos sabría si lo que están hablando les va a separar más todavía o los va a unir.

A los quince minutos cuelga el teléfono, guarda el teléfono en el bolsillo de nuevo y veo como toma aire y lo suelta rápidamente antes de darse la vuelta y acercarse a mí de nuevo. Se sienta en su sitio y bebe el último trago de café que le quedaba antes de volver a hablar.

—Era Carolina... —dice sin apenas mirarme a los ojos, eso no es buena señal para mí y empiezo a entristecerme—. Voy a tener que irme, lo siento.

—¿Así... sin más? —inquiero ante su manera de decirme que se marcha.

—¿Qué quieres que haga, Eva? No puedo decirle que no voy a ir...

—Podrías decirme qué ha ocurrido al menos...

—Ha llamado para disculparse, y tengo que ir a casa a hablar con ella.

Capítulo 24

Nunca me había sabido tan amarga una despedida. Ayer sentí de nuevo como si esa fuese la última vez que podía ver a Sergio, y más después de que recibiese esa llamada a última hora de la tarde. La llamada que arruinó la maravillosa tarde que estábamos pasando juntos.

Carolina le pidió que volviera, le dijo que había sido todo por culpa de los celos y que la perdonase, que volviese a casa para hablar tranquilamente y arreglarlo. Me dejó en casa y se marchó, clavándome de nuevo un puñal en el corazón. Así que no me quedó más remedio que subir tragándome las lágrimas.

Hoy he salido a trabajar con tan pocas ganas, que Julia se ha preocupado seriamente por mi estado de salud. He tenido que ser sincera con ella, y ya que además de ser jefa y empleada somos amigas, le he contado por encima lo que me está pasando.

Por un lado se ha quedado más tranquila al saber que no estoy enferma, pero por otro, le preocupa que por lo que estoy viviendo acabe teniendo algún otro problema, como caer en una depresión o algo parecido. La he tenido que tranquilizar, diciéndole que voy a estar bien y dejándola algo menos preocupada haciéndola ver que mi ánimo no va a derrumbarse.

Después de mi jornada laboral, me marcho a casa como cada día, sin mucho más que hacer que las tareas diarias y leer un rato. Mientras estoy en el sofá con el libro en la mano, mi teléfono suena a mi lado. Miro la pantalla de reojo; es Sergio de nuevo.

—Hola —respondo nada más descolgar.

—Hola, preciosa —dice con un tono de voz que no me gusta nada.

—¿Ocurre algo? —pregunto preocupada por él.

—Solo quería hacerte saber que Carolina y yo hemos hablado, y... bueno...

—Vais a seguir como si nada hubiese pasado, ¿verdad? —le corto.

—De momento, sí —responde.

—¿Cómo que de momento? —inquiero.

—Pues que después de todo, estoy empezando a cansarme un poco de estas discusiones. Sé que ella tiene razón, que la estoy engañando y que sus motivos para enfadarse no son obra de su imaginación, aunque no tenga

pruebas de nada —me explica con algo de pena—. Pero la manera en que me amenaza y me ataca usando a la niña me molesta muchísimo, así que le he dicho, que si vuelve a montarme un numerito como el de la otra noche, se acabará todo entre nosotros.

—Eso no me deja muchas esperanzas... —digo en un suspiro.

—Eva... Lo siento de veras, para mí es muy difícil, yo la quiero y...

—Lo sé, tranquilo. Sabía que podía pasar, así que estoy preparada para lo que venga, no he dejado de contar con esa posibilidad.

—Eva, te amo y eso no cambiará, pase lo que pase sé que no voy a poder sacarte jamás de mi corazón.

—Da la sensación de que te estás despidiendo para siempre...

—No, no es eso, simplemente te digo lo que siento.

—Pues, gracias por hacerlo entonces —digo sin saber qué más decirle. Siento que va a volver a desaparecer durante meses y eso va a terminar de destrozarme.

—Ahora tengo que dejarte, pero te llamaré en cuanto me sea posible e iré a verte. —Calla unos segundos y suspira—. Te amo.

—Y yo a ti —contesto antes de que la llamada se corte.

Suelto el teléfono a mi lado y me acurruco en el sofá, enciendo la televisión y me quedo con la vista fija en la pantalla, sin ver realmente lo que están echando en el canal. Unos minutos después me levanto y me doy una ducha, me pongo la camiseta de dormir y me acuesto en la cama.

No he cenado nada porque todavía es pronto, pero tengo el estómago cerrado y no tengo hambre, así que a las ocho de la tarde ya estoy durmiendo.

Camino hacia casa de Mario para recoger a Samuel, vuelve a ser mi turno para cuidar de él. Como ya esperaba, no sé nada de Sergio desde que me llamara por teléfono aquel martes y me contara que su pareja y él lo habían arreglado, así que continúo esperando.

A veces tengo ganas de rendirme, de pedirle que sea feliz con ella y no vuelva a buscarme, por mi salud mental. Pero entonces aparece de nuevo y todas esos pensamientos se me quitan súbitamente al estar entre sus brazos, cuando me besa con ese ansia del que lleva días sin beber y de pronto encuentra agua.

Soy feliz cuando sus manos me acarician y me provocan escalofríos por todo el cuerpo, cuando hace que mi piel se erice con solo rozarla con sus labios o la yema de sus dedos. Porque solo él puede hacer que mis bragas se mojen con tan solo susurrarme al oído.

Son sus palabras de amor y ternura las que me hacen sonreír como una niña cuando me dice que me ama, cuando me llama preciosa o me dice lo mucho que le gusto aunque me acabe de despertar y mi pelo parezca un nido de pájaros.

Por eso y por mucho más, jamás me rendiré y esperaré lo que sea necesario, hasta que se dé cuenta de que yo puedo devolverle todo eso que él me ofrece, en la misma medida y sin límites, o hasta que me pida que me aparte de su vida.

Llego a casa de Mario, y nada más tocar al timbre, la puerta se abre sin preguntar, como es la costumbre de ambos. Subo y mi hijo me recibe con un gran abrazo, como siempre.

—Hola, cariño —digo a mi niño mientras voy dejando besos por su rostro.

—Hola, mamá —responde como puede, pues le tengo apretujada la cara.

—Te echaba mucho de menos.

—Y yo a ti, papá me ha comprado cuentos nuevos —me cuenta ilusionado—. ¿Puedo cogerlos para que los leamos esta noche?

—Claro, ve por ellos —respondo revolviendo su pelo antes de que salga corriendo a su habitación.

Entro en la cocina donde Mario me espera con el café preparado en la mesa, como también es nuestra costumbre. Me acerco y le doy dos besos, pero noto algo extraño en su mirada, ya que no me mira del todo a los ojos cuando comienza a hablarme.

—¿Cómo estás? —pregunto con cautela.

—Bien, como siempre —responde dejando junto a mi taza el azucarero—. ¿Y tú?

—Igual, como siempre —le sonrío levemente y él suspira—. ¿Ocurre algo? —pregunto con el ceño fruncido.

—No quiero meterme donde no me llaman... —dice haciendo un gesto con la mano intentando restar importancia a lo que le tiene así.

—Por favor, Mario, hemos estado juntos muchos años, puedes decirme lo que sea —le digo instándole a hablar.

—La semana pasada... —me mira de reojo y vuelve a suspirar cuando le pido que continúe—. Paseaba por el centro con Samuel cuando te vi sentada en una terraza... —Me tenso un poco al escucharle—. Pensé que estabas sola y estuve a punto de acercarme, pero al ir a hacerlo, un hombre se sentó contigo y me quedé parado.

—Es solo...

—No hace falta que me des explicaciones si no quieres. —Me corta antes de poder terminar de hablar—. Entiendo que hace meses que tú y yo ya no estamos juntos y... bueno, tendrás que hacer tu vida... —dice volviendo a hablar casi sin mirarme.

—Tan solo es un amigo —digo mirando mi taza de café y acabando la frase que antes a interrumpido.

—Tu cara no me dijo eso cuando él se sentó y empezó a hablarte... —me dice ahora sí mirándome a la cara.

—No sé qué te pareció ver en mi cara, pero...

—Eva, lo que vi en tu cara no me gustó en absoluto —afirma muy serio y dejándome extrañada.

—¿Qué quieres decir? —inquiero sin entender.

—Que vi dolor en tu mirada. —Extiende su mano y toma la mía—. Eva, cedí al divorcio porque pensé que así serías más feliz que conmigo. No me gustaría saber que ahora estás pasándolo peor que antes...

—No, no es así, de verdad... —digo haciendo que Mario levante las cejas incrédulo. O miento fatal o me conoce tan bien que no ha creído una sola palabra.

—Vuelve a intentarlo... —dice negando con la cabeza.

—Bueno... Puede que sea algo complicado, pero te prometo que estoy bien. No te preocupes por mí —le comento con una sonrisa intentando tranquilizarlo.

—Claro que me preocupo por ti, eres la mujer que más he querido en la vida y la madre de mi hijo —dice con gesto duro—. Me preocuparé por ti siempre.

—Gracias, Mario. —Ahora soy yo la que pone la otra mano encima de la suya y la acaricia de forma cariñosa—. Estate tranquilo, de verdad. —Él asiente y ahora su gesto cambia por completo, parece avergonzado por algo y me mira de nuevo como si le diese apuro hablarme.

—Hay algo que quería contarte... —comienza a hablar poco después, carraspea y me mira sin cambiar esa expresión avergonzada de su rostro—. Quiero que sepas que he conocido a alguien... Es una paciente del centro... Yo... —aparta de nuevo la mirada y yo me muerdo el labio intentando no sonreír excesivamente.

—Mario —le llamo apretando sus manos, que todavía continúan entre las mías—. No tienes que explicarme nada si no quieres, es tu vida y me alegro de que estés bien —añado cuando vuelve a mirarme.

—Sé que es mi vida, pero hasta hace poco yo me molesté cuando pensé que habías rehecho la tuya tan pronto —dice suspirando—. Siento cómo reaccioné, y quiero que sepas, que si estás con alguien voy a apoyarte y respetar todo lo que hagas...

—Gracias —digo para tranquilizarle, parece muy nervioso por estar rehaciendo su vida, como si le supiera mal por mí—. No tienes que preocuparte por mí, no voy a poner el grito en el cielo porque hayas conocido a alguien con quien volver a tener una relación. Es más, me encantaría conocerla cuando creas que las cosas funcionan entre vosotros. —Sonrío y él hace lo mismo al tiempo que suelta el aire de sus pulmones.

—No sabía cómo decírtelo, llevo toda la semana muy nervioso...

—Pues ya está, no debes estar nervioso. —Me levanto de la mesa y tiro de su mano, cuando se incorpora le doy un abrazo—. Me alegro por ti.

—Gracias —dice sin más apretándome contra su cuerpo.

Capítulo 25

Corro en la cinta mientras escucho música en los auriculares. Al día siguiente de que Sergio se marchara dejándome de nuevo a la espera, decidí hacer algo con mi tiempo libre, en vez de quedarme en casa y perderlo mientras no hago nada de provecho y me como la cabeza.

Así que después del trabajo, me dirigí al gimnasio más cercano y me apunté para empezar esa misma semana. Luego me fui de compras, pues no tenía la ropa deportiva para venir, así que me hice con varias prendas adecuadas.

Llevo acudiendo ya dos semanas desde entonces, una hora cada día después de comer, luego una ducha y a casa. Además de que me da tiempo de sobra a recoger a Samuel del colegio, también es una buena manera de perder esos kilos de más y despejar por un tiempo mi mente para no estar pensando siempre en lo mismo; Sergio.

Termino la media hora de cinta y me dirijo a las máquinas de poleas como entrenamiento de las primeras semanas, siguiendo el consejo del monitor que me guio al llegar el primer día. Bebo agua mientras camino hacia las máquinas y me fijo en cómo ese mismo monitor me hace señales para que me acerque.

Me quito los auriculares de los oídos cuando llego a su altura y le saludo con la mano.

—Hola... eh... Pienso un poco buscando en mi memoria el nombre del chico, pues no recuerdo cuál es.

—Lucas —dice sonriendo.

—Perdona, soy bastante mala recordando nombres —me excuso un poco avergonzada.

—Tranquila, es normal, solo llevas aquí dos semanas y no hemos hablado mucho —responde restándole importancia—. ¿Cómo lo llevas?

—Bueno, ya casi no me duele nada al moverme —le cuento entre risas mientras froto mis lumbares.

—Eso está bien —ríe también—, aunque no me termino de creer que no hicieras nada de ejercicio antes de apuntarte. Tienes muy buen físico —apunta con una sonrisa que pretende ser seductora.

—Gracias, pero es cierto, no he pisado un gimnasio en mi vida y tampoco

he hecho ejercicio por mi cuenta —respondo algo roja, pues la forma en la que me observa hace que sienta como si intentase desnudarme con la mirada.

El vestuario que llevo no me ayuda a sentirme menos expuesta, pues tanto la camiseta como las mayas son ajustadas y creo que deja poco a la imaginación. Cruzo mis brazos por delante del pecho, como si así pudiese protegerme un poco más de su mirada escrutadora.

—Entonces tienes una genética envidiable, muchas matarían por estar así de buena sin tener que dejarse el alma en el gimnasio —vuelve a poner esa medio sonrisa coqueta y a mí empieza a hacerme más gracia que otra cosa.

Esos gestos y miradas pretenden ser cautivadores, y si no fuera porque mi corazón y mi mente solo piensan en una sola persona, puede que incluso me gustara que esté intentando ligar conmigo. ¿A quién no le apetece que de vez en cuando se fijan en uno? Y más si es un hombre guapo y atlético como lo es Lucas.

El caso, es que a mí los únicos piropos que me apetecen escuchar son los que me dedica Sergio cada vez que estamos juntos, que son muchos. Él sí que sabe tenerme con una sonrisa en la boca todo el tiempo, demostrarme cuánto le gusto y lo mucho que le atraigo.

—¿Qué me dices? Dentro de dos semanas abre un nuevo local —Escucho la pregunta sin haberme enterado de nada de lo que Lucas me estaba diciendo.

—Emm... Pues... —balbuceo.

—Seguro que nos divertimos, el pub de mi colega tiene muy buena música y estoy seguro de que el nuevo no va a defraudar —añade para mi alivio, ahora sé más o menos cuál puede haber sido su propuesta.

—Lo siento, Lucas, voy a tener que decirte que no, justo ese día tengo a mi hijo en casa.

—¿Tienes un hijo? —pregunta con gesto curioso.

—Sí, tengo un niño y me toca quedármelo.

—¿Estás separada?

—Divorciada, sí.

—Bueno, si quieres podemos quedar cuando no tengas que cuidar de tu crío —dice sin perder esa medio sonrisa.

—Ya veremos, gracias de todas formas por proponerlo. —Miro el reloj,

han pasado ya veinte minutos de mi media hora de máquinas, así que decido ir directamente a las duchas—. Me marchó, se me ha hecho tarde, nos vemos mañana. —Levanto mi mano en señal de despedida y me dirijo a los vestuarios, él simplemente hace un gesto con su cabeza.

Como cada día, después del ejercicio me marchó a recoger a Samuel, me como una manzana por el camino y cuando llegamos a casa me pongo con las tareas para seguir ocupando mi tiempo y mi mente, pero termino pronto, pues al estar sola y hacer un repaso diario, no hay muchas cosas que hacer.

Cojo el portátil y reviso el correo, leo un rato mientras el niño juega en su habitación y después veo un capítulo de una serie nueva en la Tablet mientras preparo la cena para los dos. Después de cenar y acostar a Samuel, vuelvo al comedor y me siento en el sofá.

Cojo el teléfono y miro el chat de Sergio en WhatsApp, su fotografía de perfil ha cambiado desde que la vi por última vez hace unas horas. Ahora ya no está la que tenía con su pareja, ha puesto una imagen en la que aparece un corazón de papel que reposa encima de un puñado de pétalos de rosa y las palabras “Te amo” escritas en el centro.

Mi corazón bombea más fuerte, no quiero parecer engreída ni hacerme demasiadas ilusiones, pero tengo la sensación de que ese mensaje es para mí. Esas palabras son las que no deja de repetirme cada vez que estamos juntos, y los pétalos, de la misma flor que me envió. Sonríó como una idiota y pego el móvil a mi pecho suspirando.

Un día más de trabajo, ejercicio y vuelta a casa, otra semana que casi termina y un mes desde que no veo ni sé nada de Sergio, esto es desesperante. Dejo la bolsa de deporte en el suelo junto a la lavadora para poner la ropa más tarde y me siento en la silla de la cocina.

Cojo el móvil y envío un mensaje a Raquel, necesito salir y despejarme este fin de semana. Espero que no tenga planes a los que no pueda sumarme.

Yo: Dime que este fin de semana puedo contar con salir contigo.

Como ya esperaba, mi amiga me responde casi inmediatamente.

Raquel: *Por supuesto. ¿A dónde te apetece salir?*

Yo: *Donde sea, pero sácame de estas cuatro paredes o me tiro por la ventana.*

Raquel: *Eres muy dramática, Eva, jajaja. Te llevo al pub de un amigo, ya había quedado.*

Yo: *Si habías quedado... ¿Para qué me preguntas dónde quiero ir?*

Raquel: *Porque no voy a ir si a ti no te apetece, podemos cambiar el sitio, si quieres.*

Yo: *Por supuesto que no, no me importa el sitio. ¿A qué hora quedamos?*

Raquel: *Ven a casa a cenar y nos vamos después, te espero por la tarde a la hora que quieras.*

Yo: *Vale, nos vemos mañana por la tarde. Te quiero, hermana.*

Raquel: *Y yo a ti, un beso.*

Dejo el móvil en la mesa y resoplo, ¿ahora qué hago? Meto la ropa del gimnasio en la lavadora y la pongo en marcha. Miro por el piso buscando algo más que hacer, reviso el suelo en busca de alguna pelusilla que barrer, nada. Está todo como los chorros del oro. Otro día más de aburrimiento y desesperación.

Termino de arreglarme y salgo de camino a casa de Raquel. Como siempre que me espera, abre el portal nada más tocar al timbre y me recibe desde el rellano al salir del ascensor. Me abraza y me hace pasar.

—¿Cómo estás? —pregunta mientras nos dirigimos a nuestro lugar habitual de tertulia.

—Patéticamente desesperada —digo al tiempo que resoplo.

—¿De verdad merece la pena esperar de ese modo a Sergio? —inquire.

—Sí, no tengo ninguna duda de que cada minuto que espero merece la pena —digo muy seria—. Sergio merece la pena, es el único que sabe cómo...

—¿El único? —me corta mi amiga—. Eva, te casaste con el primer hombre con el que tuviste una relación seria. ¿Cómo sabes que no hay alguien más por ahí que pueda darte lo mismo que él te da? Pero libre para hacerlo cada día, claro.

—El caso es que no quiero que sea nadie más quien me lo dé, siempre que consiga que se quede conmigo y no con ella... —respondo con pena—. De ser así, supongo que no me quedaré sola toda la vida, que algún día terminaré por conocer a más personas, pero ahora mismo, no quiero que sea otro el que me dé esas cosas. No mientras tenga la esperanza de que me elija.

—¿Y crees que realmente te la está dando? ¿Que de verdad te da a entender que le esperes?

—Sí, de verdad lo creo...

—Entonces pelea —dice muy seria.

—¿Cómo? No puedo escribirle, no puedo ir a verle... —digo sin entender sus palabras.

—Eva, no conseguirás que te escoja si no peleas. Si te quedas ahí de brazos cruzados, esperando a que ella le dé una mínima oportunidad para hacer una escapada, jamás le demostrarás realmente lo que eres capaz de hacer para que se quede contigo.

Medito sus palabras. Es cierto que desde que no tengo la libertad de escribirle siempre que quiero, no he podido hacer nada para demostrarle lo mucho que deseo que se quede conmigo. ¿Pero qué puedo hacer si no tengo vía libre para verle o escribirle?

—¿Qué puedo hacer? No quiero que por hacer algo que no debo se enfade conmigo y decida no verme más...

—¿Ella sabe quién eres? —pregunta.

—No, que yo sepa no sabe cómo soy.

—Entonces, ¿qué te impide coger una habitación en el hotel como un huésped más? Allí puedes hacer mucho más que quedándote aquí esperando a verlas venir.

—Es cierto... Pero, ¿y si la cago? ¿Y si por hacer eso le meto en un problema y consigo justo lo contrario a lo que quiero?

—Si es así, será porque no va a quedarse contigo por más que le esperes

sentada en casa.

Capítulo 26

Entramos al pub y nos acercamos a la barra, donde el amigo de Raquel está sirviendo copas. Ella le saluda y el chico enseguida pone en su puesto a una de las camareras que tiene más cerca para poder salir de la barra y venir a su encuentro.

Nada más llegar a su altura, le da dos besos a mi amiga y un abrazo, que ella responde con efusividad. Raquel le comenta algo al oído y él me mira con una sonrisa, luego se acerca y se presenta.

—Encantado de conocerte, Eva, yo soy Daniel.

—Lo mismo digo —respondo devolviéndole los dos besos que se acerca a darme.

—Pasad y pedir lo que queráis, hoy inauguramos este local, yo invito —dice con una sonrisa.

Raquel me coge de la mano y empieza a caminar hacia la barra, nos sentamos en un taburete, nos quitamos las chaquetas y pedimos dos copas. Miramos a nuestro alrededor y comentamos lo bien que está el local de su amigo. El ambiente es agradable, la decoración es muy moderna y la música es bastante actual.

Tomamos un sorbo de nuestras copas y mi amiga me cuenta un poco dónde conoció a Daniel; es de nuestra edad y vino desde Granada hace cuatro años cuando murió su padre, del que heredó cierta cantidad de dinero que invirtió en montar su propio negocio.

Raquel me cuenta que es un chico muy divertido, sociable, cariñoso y que además, está soltero. Esto último lo añade mientras me guiña un ojo, a lo que yo respondo rodando los ojos y dándole a Raquel un empujoncito en el brazo.

Mientras seguimos conversando de todo un poco e intercambiando algunas palabras con Daniel, que se acerca a nosotras de vez en cuando para preguntarnos si estamos bien servidas, escucho una voz a mi espalda que me suena mucho.

—¿Eva? —pregunta algo dudoso el hombre. Me doy la vuelta y me encuentro a Lucas, el monitor del gimnasio, que me mira con una sonrisa.

—¡Lucas! —digo con sorpresa.

—¡Vaya! No esperaba encontrarte por aquí —dice mirándome ahora extrañado—. ¿No tenías que cuidar de tu hijo este fin de semana? —inquire.

—Sí, es cierto —digo carraspeando mientras pienso rápidamente—. Cambio de planes a última hora... Mi ex necesitaba intercambiar un fin de semana y... bueno... ya sabes —voy explicándome sobre la marcha.

—Ya, cosas que pasan —dice volviendo a sonreír—. Me alegra que hayas venido entonces. ¿Conoces a Daniel o ha sido casualidad?

—Pues un poco de todo, Raquel es amiga de Daniel, me uní a sus planes a última hora y aquí estamos —digo señalando a mi amiga.

—Hola, encantado de conocerte —saluda este.

—Igualmente —responde mi amiga tendiéndole la mano.

—Bueno, como ya vienes acompañada voy a buscar a mi colega y saludarle —me dice mientras da un vistazo por el local intentando localizar a Daniel—. Si no molesto, puedo pasar después y charlamos.

—Claro, no es molestia —respondo devolviéndole la sonrisa.

—¿Quién es ese bombón? —pregunta Raquel cuando Lucas se marcha.

—Es el monitor del gimnasio al que me he apuntado —explico.

—¿Te había invitado a venir?

—Sí, hace un par de semanas me comentó que un amigo suyo inauguraba un pub... Qué casualidad que resulte ser el mismo sitio.

—Vaya que sí... ¿No quisiste venir con él? —pregunta divertida.

—Pff... Seguro que he quedado fatal... —digo poniéndome roja—. Le dije que no y ni siquiera me había enterado bien de lo que me estaba contando... Tuve que ponerle una excusa rápida y le dije que tenía a Samuel justo el día que me estaba invitando.

—Pues parece un tío majo —dice dándose la vuelta y buscándole con la mirada—. ¿Por qué no intentas conocerlo un poco mejor?

—Raquel... —digo cansinamente—. No quiero conocer a nadie ahora... —me apoyo en la barra con el codo y bebo de mi copa.

—Pues no deberías cerrarte así, porque si Sergio te deja tirada, puede que fuera un buen hombro en el que llorar y quizás te ayudase a superarlo... —dice mirándome de reojo y removiendo el contenido de su copa con la pajita.

—No me vengas con eso de que un clavo saca otro clavo... —digo frunciendo el ceño—. ¿Te parece bonito proponerme que utilice a Lucas como reserva por si las moscas?

—No me refiero a eso y lo sabes —dice colocando los brazos en jarras

mientras me mira mal—. Lo que te digo es que no dejes de conocer a otras personas por hecho de estar esperando a Sergio. Tener otras amistades no está de más, y Lucas parece un buen tío, conocerlo mejor no te va a hacer daño— dice enfadada—. Para reserva ya estás tú en el banquillo de Sergio... —añade justo antes de taparse la boca, claramente arrepentida de sus últimas palabras.

—Gracias por tus ánimos... —digo apartando la mirada de ella mientras me levanto del taburete.

—Eva, perdóname de verdad... No quería...

—Sí querías, Raquel —la corto antes de que continúe—. Sé que Sergio no es santo de tu devoción, pero ten en cuenta que él estuvo en mi lugar hace seis años, y aguantó por mí hasta que yo tomé mi decisión —digo muy seria, saco el tabaco del bolso, cojo mi chaqueta y me doy la vuelta—. Voy a fumar...

Empiezo a avanzar hacia la salida mordiéndome el labio y tragándome las lágrimas que pugnan por salir. Sé que Raquel no pretendía hacerme daño y que con sus palabras solo pretende ayudarme. Pero ese comentario estaba de más, pues como le he dicho, Sergio esperó por mí, y yo voy a hacer lo mismo hasta que él me diga que me aparte de su camino.

Salgo a la calle, enciendo el cigarrillo y me coloco la chaqueta. Tiro de ella y la ciño más a mi cuerpo para taparme mejor, pues hace un frío que pela. Doy otra calada y exhalo el humo apoyando la espalda y la cabeza en la pared tras de mí. Limpio una lágrima que consigue escapar al escuchar la puerta del local abrirse.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas, que se coloca a mi derecha en la pared, imitando mi postura.

—Sí... —respondo sin mirarle.

—No lo parece —comenta riendo suavemente. Yo solo suspiro y bajo la mirada al suelo—. Perdona, no quiero meterme donde no me llaman —se disculpa.

—No, disculpa tú —digo volviendo a suspirar—. Solo te estás preocupando por mí.

—Parece que tienes mal de amores. —Le miro y él sonrío de lado—. ¿Puedo preguntar hace cuánto estás divorciada?

—Unos meses.

—¿Estás mal porque te dejó?

—Fui yo la que le pedí el divorcio... —respondo negando con la cabeza.

—Ah... Entonces no es él quien te trae de cabeza.

—No... —niego de nuevo mientras doy una calada al cigarrillo y hecho el humo hacia el cielo.

—¿Cómo puedes hacer todo el ejercicio que haces y no asfixiarte? —pregunta de pronto señalando el cigarro y cambiando de tema.

—Ah... No fumo de forma habitual, solo lo hago cuando estoy nerviosa —contesto tirando lo que queda y pisándolo con la punta del zapato.

—Mejor, es muy malo —dice riendo, luego sonrío y se muerde el labio—. Conozco una manera más sana de relajarse —añade guiñándome un ojo— y para la que no te hace falta ningún hombre.

Sonrío y me echo a reír sin quererlo, él me mira y sonrío, contento de haber cambiado mi estado de humor con su comentario. Cuando dejo de hacerlo y suspiro, aun sin dejar de sonreír, me hace un gesto con la cabeza pidiéndome que le acompañe.

—Vamos dentro, que te invito a una copa. —Me ofrece su brazo como haría un caballero y yo me sujeto a él.

—Muchas gracias, Lucas —digo tras dejar un cariñoso beso en su mejilla y él responde con una simple sonrisa ladeada.

Entramos en el local y nos acercamos a la barra de nuevo, donde Raquel me espera con gesto preocupado. Al llegar a su altura veo que va a decir algo, pero la corto negando con la cabeza y le doy un abrazo. Es mi mejor y única amiga, es más que eso, es como mi hermana, no voy dejar que una tontería como esa me aleje de ella. Le susurro un «olvídalo» y le doy un beso en la mejilla.

Me coloco en mi taburete y apuro el trago que le quedaba a mi copa mientras Lucas llama a la camarera y le pide otra ronda. Luego arrima otro taburete y toma asiento entre las dos, iniciando una conversación y contándonos anécdotas del gimnasio que nos hacen reír a las dos a carcajadas.

Viendo lo animados que estamos todos, Daniel también se acerca de vez en cuando y se une a nosotros siempre que puede y el trabajo no se acumula en la barra, entonces entra y ayuda a sus camareras siempre con una sonrisa en la boca.

No me pasa desapercibida la manera en que tanto Raquel como Daniel se

miran el uno al otro cuando creen que no les vemos. También Lucas se ha dado cuenta, pues en una de esas ocasiones me ha dado un pequeño toque en la rodilla y me ha hecho un gesto, señalándoles ligeramente con la cabeza.

Empiezo a pensar que ese comentario de antes, cuando ha dejado caer que estaba soltero, ha sido solo para despistarme. Está más que claro que se gustan, y sinceramente, nunca había visto a mi amiga mirar así a nadie hasta ahora. Me alegro muchísimo por ella y espero que haya encontrado por fin esa persona que la complementa.

Sé que Raquel es un alma libre, que es igualmente feliz sin estar inmersa en una relación sentimental con alguien, pero sus ojos y esa sonrisa que pone cuando mira a Daniel me indican que le gusta de verdad, pues le mira como yo miro a Sergio, o como él me mira a mí, y eso solo puede significar que se ha enamorado.

Capítulo 27

Camino de la mano de Samuel hacia casa de Mario, lo normal es que venga a buscarlo él mismo cuando le toca llevárselo y viceversa, pero me ha pedido el favor de que lo lleve yo esta vez. Parecía algo nervioso de nuevo, la voz le temblaba y le costó decidirse a hablar.

Haciendo caso omiso de la petición que me ha hecho tantas veces y a la que él tampoco hace caso, toco el timbre en lugar de usar mi copia de las llaves. Subimos en el ascensor y golpeo la puerta entreabierta de la casa para avisar de que estoy entrando.

—Adelante, Eva. —Escucho la voz de Mario desde la cocina.

Sin soltar todavía la mano de mi hijo, me dirijo hasta la estancia. Enseguida observo que hay una mujer sentada a la mesa de la cocina, retuerce las manos sobre esta mirando directamente a la puerta, parece que esté esperando nerviosa mi llegada. Enseguida intuyo quién es y sonrío para tranquilizarla.

—Hola —saludo nada más entrar en la cocina—. Soy Eva —añado tendiendo mi mano a la mujer, que se ha levantado enseguida.

—Encantada, soy Natalia. —Ella estrecha mi mano y sonrío también—. Hola, Samuel.

—Hola —responde el niño.

—Hola, Mario —digo acercándome a mi ex y dándole dos besos, como de costumbre.

—Hola —responde añadiendo un abrazo a nuestro saludo—. Hola, cariño, ¿cómo has pasado estos días? —pregunta después a Samuel.

—Bien, papi —contesta dándole un abrazo.

—Estupendo, ves a dejar tus cosas en tu habitación, mamá y papá tienen que hablar un rato.

Samuel sale de la cocina y se marcha a su dormitorio, dejándonos a los tres en un silencio que se vuelve algo incómodo, hasta que decido romper un poco el hielo y empezar una conversación yo misma.

—Bueno... ¿Así que esta es la chica que tan nervioso te ponía presentarme? —digo sonriendo a Mario—. Veo que no muerdes, no sé por qué tanta preocupación —añado mirándola a ella esta vez.

—Sí, bueno... Entiende que no es una situación muy cómoda... — responde Mario rascándose la nuca, todavía nervioso.

—Mario y yo no hemos hablado demasiado últimamente, no sé nada de ti —señalo tomando asiento y poniéndole azúcar la taza de café que Mario ya tenía preparada para mí.

—Soy docente en la escuela pública, enseño a niños del curso de infantil. Hace poquito que me he trasladado a la ciudad y ocupo una plaza en el colegio Luis Vives —mira a Mario y sonrío—, doy clase en el aula de al lado a la de Samuel.

—Vaya, qué casualidad —comento sonriente.

—Fue una sorpresa para los dos —añade Mario—, la primera vez que nos vimos y llevé a Samuel a la cita, la reconoció y le dio un abrazo enorme. Me quedé extrañado y fue cuando me dijo que era en su mismo colegio donde impartía clases.

—¿Todavía no sabías que era profesora? —pregunto curiosa.

—Sí, sabía que lo era, pero todavía no me había dicho en qué colegio.

—Nos contamos las cosas básicas en nuestra primera cita, aunque yo tenía un poco de ventaja —dice sonriéndole de nuevo a Mario—, pues ya sabía su profesión y dónde trabajaba antes de quedar por primera vez.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunto de nuevo.

—Un accidente estúpido me llevó a urgencias —cuenta Natalia entre risas—. Caminaba por una zona de obras, cuando un trozo de hierro que sobresalía de entre las vallas, y el cual no vi, me hizo un buen corte en la pierna. Luego tuve que acudir al centro de salud en el que trabaja Mario para hacerme las curas, y él fue quien me atendió.

—Vaya, parece una novela romántica —digo riendo—, solo falta que me digáis que fue amor a primera vista.

—Casi... —dicen al unísono, se miran y sonrían.

Hacía mucho tiempo que no veía ese brillo en los ojos de Mario, y aunque una pequeña parte de mí ha sentido algo de celos porque no lo tuviese conmigo desde hacía tanto tiempo, por otro lado, una parte más grande se alegra mucho por él.

También se nota que ella tiene el mismo sentimiento, pues cada vez que le mira, sus ojos desprenden amor. Me alegro tanto de que sea feliz que tampoco dejo de sonreír, pues no quería que Mario se quedara solo mucho tiempo, quería que encontrase a alguien que quitara esa sombra que se había instalado en él desde el momento que salí por la puerta hace ya seis meses atrás.

Les observo mientras van contándome más sobre la manera en la que se conocieron, observo sus gestos, cómo se sonríen al mirarse, cómo ella acaricia la mano de él sobre la mesa de la cocina y la forma que tienen de ir alternándose en la conversación para contarme cada uno una anécdota o añadir algo que el otro había olvidado decir.

Conversamos un buen rato hasta que sin darnos cuenta nos alcanza la noche. Mario me ofrece quedarme a cenar en casa dada la hora que se ha hecho, y a mí me parece una idea estupenda. Hace mucho que no comparto con él un poco de tiempo y Natalia me está pareciendo una buena persona, me apetece conocerla un poco más.

Mientras las pizzas que hemos pedido llegan, jugamos un rato con el niño y también nos enseña unas canciones que ha aprendido en clase. Samuel parece que está encantado con Natalia, ella le trata con mucho cariño y se nota que le encantan los niños. Viéndola jugar con él se me ocurre una pregunta.

—¿Tienes hijos, Natalia?

—No... —responde con cierto tono triste—. Intenté tener hijos con mi ex pareja. Estuvimos juntos siete años e intentamos tener un hijo los últimos tres, pero finalmente descubrimos que él no podía tenerlos.

—Vaya... Debió ser un golpe muy duro para los dos —respondo imaginando cómo debieron sentirse.

—Fue mucho peor para él, estuvo muy deprimido durante un año entero. Yo intenté hacerle ver que podíamos tener hijos de otro modo, pero se empeñó en que si no tenía un hijo biológico, no quería tener ninguno.

—Imagino que en ese momento se sentiría destrozado. ¿Por qué terminasteis? —comento.

—Él decidió dejarme... Por más que le pedí que no lo hiciera y le supliqué que buscásemos una solución. Dijo que no quería que yo me quedase sin hijos propios por su culpa, y finalmente se marchó de casa.

—Qué situación más difícil...

—Fue complicado para ambos, pero bueno, de eso ya hace tiempo y yo estoy muy bien ahora... —dice mirando Mario con ese brillo de antes en los

ojos. Sonríe de nuevo por verlos tan felices.

Cuando suena el telefonillo de la calle, Mario se levanta y abre la puerta al repartidor. Me ofrezco a pagar parte de la cena, pero los dos responden con un no rotundo, rechazando mi proposición de nuevo al unísono, parece que sean gemelos.

Cenamos tranquilamente los cuatro juntos, luego me ofrezco a llevar a Samuel a la cama y le leo un cuento para que se duerma, como hago casi cada noche, pues a veces se duerme antes incluso de llevarlo a la cama.

Como hoy se ha hecho tarde y está muy cansado, se duerme bastante rápido y pronto me reúno de nuevo con la nueva pareja.

—Chicos, creo que yo también me voy a ir ya —digo mientras intento reprimir un bostezo.

—Sí, yo también me voy a casa, se ha hecho muy tarde —comenta Natalia levantándose de su silla.

—Podríamos cenar un sábado con más tranquilidad, el domingo no es el mejor día para quedarse hablando hasta tarde —propone Mario.

—Me encantaría repetir una cena con vosotros —respondo sincera—. Me ha encantado conocerte, Natalia —añado dándole dos besos.

—Lo mismo digo, Eva —dice dándome un abrazo.

—Nos vemos cuando queráis, ¿me acompañas a la puerta, Mario?

—Claro, vamos.

Cojo mi chaqueta del respaldo de la silla y la cuelgo en mi brazo, luego cuelgo mi bolso del hombro y me despido por última vez de Natalia con un gesto de mi mano. Salgo de la cocina en dirección a la salida con Mario tras de mí.

—Parece una chica estupenda —comento una vez en el rellano.

—Lo es —afirma él con una sonrisa.

—Espero que seas muy feliz con ella, te deseo lo mejor, Mario.

—Gracias, de verdad.

—Te veo en dos semanas —digo cuando las puertas del ascensor se abren—. Podemos quedar después de las navidades para esa cena.

—Por supuesto, organizaremos algo para después.

—Hasta luego. —Me despido de nuevo con un abrazo al que Mario

responde estrechándome con fuerza.

Me vuelvo hacia el ascensor y presiono el botón, las puertas se abren de nuevo y yo me vuelvo dentro. Camino hacia mi casa una vez en la calle, pensando en lo feliz que me hace ver a mi ex marido tan contento. Pienso en las miradas que los dos se dedicaban y pienso en Sergio y en cómo me mira él. Me pregunto si en este preciso momento estará pensando en mí.

Hace tres semanas que no sé nada de él y me siento más sola que nunca. Las navidades están a punto de llegar y yo no tengo con quién pasarlas. Raquel se va a marchar con su madre, Mario ahora tiene a Natalia y le toca quedarse con Samuel las dos últimas semanas del año. No es que me sienta sola, es que estoy sola.

De pronto recuerdo las palabras que me dijo Raquel: «¿qué te impide coger una habitación en el hotel como una huésped más? Allí puedes hacer mucho más que quedándote aquí esperando a verlas venir.»

Me quedo parada en mitad de la acera con esas palabras rebotando en mi cabeza, luego me acuerdo de otras que me dijo Sergio: «Hace tres años que organizo eventos en las fiestas de navidad.». Empiezo a sonreír, creo que ya tengo planes para no pasar sola estas navidades.

Capítulo 28

Salgo de trabajar y voy directamente al gimnasio mientras doy un bocado por el camino. Llego y entro al vestuario, me pongo la ropa de deporte y me dirijo a las máquinas de siempre. Cuando empiece el año le pediré a Lucas que me guíe para comenzar una rutina algo más intensa, de momento acabaré lo que me queda con la de principiante.

Paso por al lado de varias personas que ya conozco de vernos a diario y nos saludamos con un gesto de la mano. Coloco los auriculares en mis oídos y pongo en marcha la música, luego enciendo la cinta y comienzo a correr. Poco después se acerca Lucas y me saluda con la mano y esa sonrisa ladeada que utiliza siempre.

—Hola, Eva. ¿Qué tal el fin de semana? —pregunta cuando me he quitado los auriculares para poder escucharle bien.

—Bien, supongo —digo sin dejar de correr y encogiéndome de hombros.

—¿Solo supones? —inquire divertido—. No parece que hayas hecho nada lo bastante interesante.

—No te creas, este fin de semana he conocido a la nueva pareja de mi ex marido —le cuento.

—¿Una situación incómoda?

—La verdad es que no, cenamos juntos y nos conocimos un poco, me parece una mujer simpática y se le nota que está colada por mi ex. —Sonrío recordando cómo se miraban—. Y él también parece feliz, así que estoy contenta por ellos.

—Entonces genial... —responde sin más.

—Sí, estaba un poco preocupada por él, no quería que se hundiera por haberle dejado y al principio parecía hecho polvo...

—Seguro que una mujer como tú deja una huella importante en el corazón —dice haciéndome sonrojar.

—Gracias... Pero no creo que sea para tanto —digo arrugando la nariz y negando con la cabeza.

—Déjame que lo dude... ¿Qué haces estas navidades? —pregunta cambiando de tema.

—Voy a pasarlas sola, pero me las apañaré para no aburrirme —digo

mientras bajo un poco el ritmo de la cinta, empiezo a cansarme de hablar y correr al mismo tiempo—. Tengo planes para pasarlas en un bonito hotel rural de San Andrés, donde hacen eventos para esos días.

—Parece divertido, yo creo que también buscaré algo que hacer, aquí no tengo familia y, bueno, ya sabes que estoy soltero —añade esto último con un ligero movimiento de cejas y esa sonrisa suya.

—Sí, lo sé —digo entre risas—. Estoy segura de que no te costaría encontrar compañía para esos días.

—¿Sabes? Creo que he empezado a cansarme de las compañías ocasionales, me encantaría tener una relación seria —dice poniéndose un poco más serio.

—Quizá eso es un poco más complicado, no es fácil encontrar a tu alma gemela. —Apago la cinta y me bajo mientras seco el sudor de mi frente con una toalla.

—Cierto —responde sin más—. Bueno, me alegra que estés bien, voy a trabajar un poco. —Me guiña un ojo y se marcha.

Paso a las máquinas de poleas como cada día y hago mi media hora de ejercicios. Cuando termino me doy una ducha y me cambio de ropa, me dirijo a casa y la organizo un poco, pongo una lavadora y guardo la que tenía tendida, quiero dejar hecho lo máximo posible.

Luego cojo mi maleta, pongo unos cuantos vestidos de fiesta, los que más me gustan entre los pocos que tengo, ya me los probaré después y escogeré los que usaré en cada ocasión, cojo también unos zapatos, maquillaje y algo de ropa de diario.

Tengo planeado pasar las dos semanas que quedan del año dentro del hotel, no me importa gastarme lo que me queda de dinero si con ello consigo que Sergio se quede conmigo. Voy a utilizar todas mis balas en estas fiestas, Sergio tiene que elegirme a mí, me cueste lo que me cueste.

Aparco el coche en una de las plazas libres del parking del hotel y descargo la maleta, la arrastro por el cemento y me dirijo a la puerta de entrada con el corazón latiendo a mil por hora. Espero no cruzarme con Sergio ahora, quiero registrarme y subir mis cosas a la habitación que me asignen antes de que pueda verme.

Puede que si lo hace intente convencerme para que me vaya y tengo muy claro que no lo voy a hacer, así que no quiero tener que ponerme a discutir con él y que su pareja pueda pillarnos. Intentaré retrasar nuestro encuentro todo lo que pueda, hasta que me haya instalado.

Entro en el hall y voy directa a recepción con la vista clavada en el mostrador, evitando así que cualquier persona con la que me cruce vea mi rostro, por si una de esas personas pudiera ser Sergio. Saco mi cartera una vez frente al mostrador.

—Buenas tardes, quería una habitación —digo al hombre que hay de pie tras él.

—¿Cuántos días piensa quedarse la señora? —pregunta solícito.

—No estoy segura, pero creo que me quedaré un par de semanas.

—¿Le gustaría entonces ocupar una de las habitaciones más grandes? —inquire—. Estará mucho más cómoda.

—Bueno... Está bien, gracias —acepto esperando que el precio de la habitación no me deje sin blanca antes de que acabe el año.

—¿Me permite su documentación para el registro?

—Sí, aquí tiene. —Le entrego el carnet de identidad y espero mientras teclea en el ordenador todos los datos.

—Necesitaré una tarjeta de crédito para efectuar el cargo de los servicios una vez que abandone el hotel —me pide cuando me entrega el carnet.

—No será necesario, Javier, la señorita es de la casa, puedes darle la llave de la habitación sin más. ¿Está libre la 327? —Escucho la voz de Sergio a mi lado y mi piel se eriza con el escalofrío que recorre mi cuerpo.

—Sí, señor —responde el empleado.

—Entonces que se aloje en esa. —El recepcionista asiente y se da la vuelta para buscar la llave correspondiente—. ¿Qué haces aquí, Eva? —inquire en un tono tan bajo que apenas le escucho, tampoco me mira de frente, supongo que no quiere que parezca que estamos hablando, así que tampoco me giro para encararle.

—Vengo a pasar las navidades aquí —digo lo más tranquila que puedo.

—¿No había hoteles en León? —pregunta con diversión.

—Ninguno que me guste y excite tanto como este —respondo con el tono tan bajo como el suyo y una sonrisa pícaro en los labios.

—Eva... Vas a matarme si te quedas aquí, ¿lo sabes, verdad? —Me mira de reojo y resopla.

—Tranquilo, que voy a portarme bien... delante de ella. Aunque no prometo nada mientras no esté en el hotel. —Cojo la tarjeta que me tiende el recepcionista y agarro con fuerza mi maleta antes de girarme y marcharme hacia el ascensor.

Cojo aire y lo suelto rápido en un sonoro soplido cuando las puertas del elevador se cierran, dejándome caer pesadamente sobre la pared. El encuentro ha ido mejor de lo que esperaba, pues no ha intentado persuadirme para que me marche como yo pensé que haría. Puede que, después de todo, mi estancia aquí sea más sencilla de lo que imaginaba.

Llego a la tercera planta y mi vista se va directa a la habitación de Sergio, luego busco el número de mi habitación, cuando la localizo al otro lado del pasillo, saco la tarjeta del bolsillo de mi chaqueta y la paso por el lector, la luz de este se enciende y yo empujo la manilla de la puerta, haciendo que esta se abra.

Entro y miro a mi alrededor, es una habitación parecida a la suite en la que he estado tantas veces con Sergio, solo que en un tamaño más reducido, sin puerta que separe la zona de comedor y el dormitorio, por lo demás es casi idéntica, tanto en colores como el mobiliario.

Doy un par de pasos hacia el interior y arrastro la maleta conmigo, dejándola a un lado para darme la vuelta y cerrar la puerta, pero cuando lo hago me encuentro a Sergio tras de mí, cerrándola él mismo con cuidado y mirándome de un modo que hace que mis bragas se mojen al instante.

—¿A qué has venido? —inquire sin cambiar ni un ápice esa mirada cargada de deseo.

—Si aún no lo sabes estoy apañada... —contesto cruzándome de brazos y haciendo un puchero.

—Quiero que seas tú quien me lo diga.

—Te gusta que te regalen los oídos eh... —digo levantando una ceja y sonriendo.

—Dímelo —pide dando un paso adelante.

—¿Y si no quiero? —Doy un paso atrás.

—Me lo vas a decir —contesta acercándose todavía más a mí.

—¿O qué? —pregunto imaginando su respuesta.

—No me acercaré a ti en todo el tiempo que estés en este hotel —dice muy serio, pero haciendo que yo estalle en una carcajada.

—¿Sabes? Creo que esa amenaza no solo me va a perjudicar a mí... —
Sonríe y miro a su abultada entrepierna. Él sonríe y me dirige una mirada resignada, sabe que tengo razón.

—Vas a decírmelo de una forma u otra...

Termina de anular la poca distancia que ya quedaba entre nosotros y toma mi boca con ansia, besándome con tanta intensidad que creo que va a arrancarme los labios en uno de esos mordiscos que les está dedicando.

Yo me dejo hacer y respondo sujetándome a su cuello y tirando de su pelo, Sergio gruñe y lleva sus manos a mis nalgas, agarrándolas con fuerza y levantándome como hace siempre, yo enredo mis piernas en su cintura. Camina conmigo hasta la cama y se deja caer en ella, aprisionándome bajo su cuerpo y atacando mi cuello con sus dientes.

Besa y muerde esa zona a sabiendas de lo que provoca con ello, mi piel se eriza y otro escalofrío me recorre al igual que lo ha hecho en el vestíbulo, cuando su voz ha resonado a mi lado y solo con eso ha hecho reaccionar a mi cuerpo.

Levanta mi blusa e introduce su mano, acariciando mi estómago en su recorrido hacia mis pechos. Al llegar a ellos levanta el sujetador sin ningún cuidado y agarra uno de mis pechos, estrujando entre sus dedos el enhiesto pezón y haciéndome gemir.

Tiro de su camiseta y se la quito sin dificultad con su rápida ayuda, pues se incorpora enseguida y levanta los brazos para que me cueste menos, está claro que no quiere perder el tiempo. Abre los botones de la blusa e imita mi gesto, quitándomela en un rápido movimiento y tirándola al suelo, a continuación hace lo mismo con mi sujetador.

Me empuja por los hombros y hace que me tumbe de nuevo en la cama, mientras lleva los labios a mis pezones y los chupa, levanta mi falda hasta las caderas introduciendo los dedos por debajo, y al llegar al elástico de mis bragas, las baja y las saca sin quitarme los tacones.

Baja dejando besos y mordiscos por mi vientre, sortea la falda y me hace levantar las piernas con las manos, abriéndolas y dejando expuesto mi sexo ante su rostro. Se muerde el labio y lleva su lengua hasta él, lamiendo y succionando el clítoris, volviéndome loca de placer. Introduce un dedo en mi interior lentamente y lo saca, luego introduce dos.

—Ahh... Sergio —gimoteo de placer con las caricias de su lengua.

—Dime...

—Aahh... Sí... —No consigo decir nada más.

Sergio continúa saboreándome a su antojo, lame y chupa, introduce sus dedos y los saca, aumentando el ritmo poco a poco. Jadeo y suspiro pronunciando su nombre, estiro mi mano y sujeto su pelo tirando de él.

—¿Por qué has venido? —pregunta entre lametones.

—Sshh... Cállate ahora... —me quejo.

Sergio hace lo que le pido y continúa con su labor, mi respiración aumenta al mismo ritmo que el placer, estoy a punto de correrme cuando Sergio saca los dedos de mi interior y separa la lengua de mi sexo.

—¿Por qué paras?! —lloriqueo frustrada.

—Dime por qué has venido —dice con una sonrisa malvada.

—Serás... —Tapo mis ojos con las manos y resoplo.

—Dímelo —exige de nuevo.

—¿No podías esperar para preguntar eso? —inquiero en un gruñido.

—No.

—¿Está bien! ¡Joder...! —Apoyo los codos en la cama e incorporo la mitad de mi cuerpo—. He venido por ti, ¿vale? —respondo evadiendo la respuesta real.

—Eso es obvio... Lo que quiero saber es el propósito de la visita —dice levantando una ceja. Resoplo de nuevo, me cuesta mucho decir estas cosas.

—He venido porque quiero que te quedes conmigo, no voy a quedarme más tiempo de brazos cruzados esperando a que ella me deje unas migajas de tu tiempo y vengas a verme una vez al mes, si llega —comienzo a hablar de carrerilla para soltarlo todo de rápidamente y que no me cueste tanto—. Quiero que me elijas y la dejes, quiero que tú y yo estemos juntos para siempre... —Sergio sonrío y comienza a arrastrar su cuerpo por encima del mío.

—Me encantas... —susurra antes de besarme con cariño.

Capítulo 29

Me levanto algo más temprano de lo habitual para ir al trabajo, ya que el hotel está más lejos. Entro en el baño de la habitación y me aseo, dándome una ducha rápida y maquillándome, poniendo más atención a los chupetones que Sergio se encargó de dejar en mi cuello ayer.

Una vez arreglada y vestida, cojo mi bolso y salgo al pasillo, me dirijo al ascensor y presiono el botón de llamada. Mientras espero, escucho abrirse una puerta y giro mi rostro por inercia ante el sonido, encontrándome a Sergio saliendo de su habitación. Carolina sale tras él y se queda en el quicio.

—Nos vemos después, descansa hasta que la niña se despierte —le dice Sergio a su pareja.

—Vale... Nos vemos luego —responde ella diciendo adiós con la mano y cerrando la puerta. Sergio niega con la cabeza sin dejar de mirar hacia el lugar donde esta ha desaparecido sin darle ni siquiera un beso de despedida.

Cuando aparta la mirada y comienza a caminar, me mira y sonrío, cambiándole por completo la expresión de frustración que tenía hace tan solo unos segundos. Al llegar a mi lado carraspea y mira disimulando hacia el suelo.

—Buenos días, preciosa —susurra mientras presiona de nuevo el botón del ascensor y las puertas se abren al instante, pues ya había llegado a nuestra planta y yo no me había enterado.

Yo sonrío y aparto la mirada de él, clavándola en el suelo con las mejillas ya encendidas y caminando al interior del elevador, seguida de Sergio. Cuando las puertas se cierran, me doy la vuelta hacia él y me lanzo literalmente encima, devorando su boca.

—Buenos días, mi amor... —respondo tras el beso a su saludo.

—Vas a matarme... —Cierra los ojos y apoya su frente en la mía. Cuando las separamos sonrío y me aparto, abro el bolso y saco un paquete de toallitas del interior, Sergio me mira extrañado—. ¿Qué haces?

—Limpiarte —digo llevando la toallita a su boca y eliminando el pintalabios que le ha quedado marcado.

—Mañana ni se te ocurra pintarte los labios —dice cuando he terminado y me repaso estos en el espejo.

—Hecho —acepto sonriendo como una estúpida.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, hasta que me doy cuenta de que ninguno de los dos ha presionado el botón de la planta baja y llevamos unos minutos parados en la tercera. Los dos nos reímos y negamos con la cabeza al mismo tiempo.

Estamos locos el uno por el otro y no lo podemos negar. Solo queda que él lo acepte de una vez por todas y no perdamos más el tiempo. Bastante perdimos ya por mi culpa, espero que no pase lo mismo esta vez y él sea más inteligente que yo.

Al abrirse las puertas, salgo diciendo un «hasta luego» y me marcho sin mirar atrás, como haría por cortesía con cualquier persona. No quiero que nadie vea que entre él y yo hay interacción más allá de los saludos formales, así que una vez rodeados de gente, procuro no comportarme de distinta forma.

Cojo el coche y me dirijo a la agencia, ocupando mi puesto y cumpliendo con mi trabajo a pesar de las ganas que tenía de quedarme en el hotel y ver a Sergio a todas horas. Por descontado, durante estos días no voy a acudir al gimnasio, no quiero perder el tiempo en nada, solo quiero estar lo más cerca posible de él.

Cuando la hora de salida se acerca, Julia entra en el despacho tras tocar ligeramente en la puerta, se acerca sonriente y me tiende un sobre cerrado, que cojo mientras la miro extrañada.

—¿Y esto? —inquiero antes de abrirlo.

—Ya lo verás —dice esperando a que termine.

—¿Doscientos euros? —La miro asombrada—. ¿Por qué?

—Es tu aguinaldo —responde guiándome un ojo—. Además, hemos pensado que te cojas el resto de las navidades libre —añade—. Sabes que el trabajo, una vez hechas todas las reservas de estas fiestas, ya no es mucho, así que puedes cogerte estas dos semanas para ti.

—¿En serio? —digo con mucha emoción, pues podré pasar todo el día en el hotel y tendré más posibilidades de estar con Sergio.

—Completamente, disfruta de las navidades y nos vemos el día dos de

enero. —Me lanza un beso con la mano y se marcha.

Termino de cerrar unos archivos en el ordenador y recojo mi escritorio, dejándolo limpio y ordenado para la vuelta. Julia y Pedro me han hecho un favor enorme al darme estas dos semanas, pues era lo que más deseaba poder hacer, pasar todo el tiempo posible cerca de Sergio. Cojo mi bolso una vez termino y salgo despidiéndome de mis jefes hasta el año que viene.

Salgo hacia el coche y me acerco a casa para comer algo antes de ir al hotel, no quiero gastarme todo mi dinero y la comida es algo que puedo ahorrarme hoy ya que estoy tan cerca del trabajo y tampoco perderé demasiado tiempo. Me preparo un poco de pasta con atún y como sin dejar de mirar el reloj. Sí, vale, estoy desesperada por marcharme.

Friego el plato y la pequeña cazuela que he utilizado y salgo escopeteada de casa. Entro en el coche y arranco, pero lo hago con tanta prisa que estoy a punto de darle un golpe al coche que pasaba en ese momento por mi lado al salir del estacionamiento. Pido disculpas con las manos al conductor del vehículo cuando me fulmina con la mirada y respiro profundamente.

Tengo que relajarme o no llego al hotel, pues o me da un ataque de nervios o me como a alguien por el camino. «Vas a pasar dos semanas allí dentro, Eva, ¿por qué tanta prisa? Tienes que calmarte», pienso para mí misma volviendo a tomar aire y soltándolo en un resoplido, luego miro por el retrovisor y salgo a la calzada cuando tengo el camino libre.

Conduzco con cuidado e intento mantener la calma, algo en lo que me tengo que esforzar, pues cuando menos me doy cuenta estoy pisando el acelerador más de lo normal. Pongo música para que me distraiga un poco y canturreo algunas de las canciones hasta llegar al aparcamiento del hotel.

Cuando estoy en el interior, paseo mi vista por todos los rincones en busca del hombre que me tiene completamente loca. Al no encontrarlo, me voy directamente a mi habitación a darme un baño, a ver si se me quitan estos nervios del cuerpo.

Abro el grifo y dejo correr el agua, mientras, me desnudo y me quito el maquillaje. Veo que en la repisa que hay junto a la bañera, hay colocados varios frascos, unos con una especie de piedrecitas y otros con alguna clase de gel, cojo uno de ellos y leo la etiqueta: «*aceites esenciales*».

Abro el tapón e inhalo el aroma, huele tan bien que no puedo resistirme a echar un poco en el agua. Vuelco el frasco y dejo caer un chorro, luego meto la mano y remuevo el agua, asegurándome de que se mezcle bien. Cojo mi móvil

y busco música suave, la pongo en marcha y lo dejo en la encimera del lavabo.

Cuando la bañera está llena, me meto y me recuesto poco a poco, dejando que el agua caliente y el aceite relajen mis músculos. Cierro los ojos y disfruto del baño y de la música, hacía mucho que no me daba el gusto de prepararme algo así y estoy en la gloria.

Deben haber pasado como unos veinte minutos cuando la puerta del baño se abre lentamente, unos pasos se acercan hasta la bañera. En ningún momento me asusto, no abro los ojos, no me hace falta hacerlo para saber quién es la persona que ha irrumpido a hurtadillas en mi habitación y se ha colado en el aseo mientras me doy un baño.

Escucho como se quita la ropa y los zapatos y sonrío, seguidamente toma mi mano y tira de mí, haciendo que me incorpore para hacerse un hueco a mi espalda. Yo me muevo dejándole espacio, y una vez colocada entre sus piernas, tira de mi cintura y me hace recostar sobre su cuerpo.

—He visto tu coche en el aparcamiento y he venido en cuanto he podido.
—Aparta un mechón de mi pelo y deja un beso en mi cuello, poniéndome la piel de gallina enseguida.

—Has perdido la cordura, Carolina podría verte entrar en mi habitación
—le digo, aunque realmente me importa bien poco que le pille, yo lo que quiero es que esté conmigo, y si ella le deja, yo salgo ganando.

—Perdí la cordura hace muchos años, el día en que te conocí —dice sacándome una sonrisa. Su mano derecha resbala por mi cuerpo, acariciando mi vientre y mis pechos.

—Entonces ya somos dos locos... —respondo entre gemiditos cuando su mano izquierda se cuele entre mis muslos y acaricia mi sexo.

—Me gusta estar así de loco —susurra en mi oído antes de atrapar el lóbulo entre sus dientes.

—Mientras solo sea por mí, también me gusta que lo estés...

—Eres la única que me vuelve así de loco, Eva —dice metiendo dos dedos en mi interior y pellizcándome un pezón. Jadeo y me muevo restregando mi culo por su miembro enhiesto—. Eres la única mujer de la que no he logrado olvidarme, por muchos años que han pasado y por más que lo he intentado.

—Entonces quédate conmigo, Sergio —le pido al tiempo que me sujeto a su cuello para no resbalarme y apoyo mi cabeza en su hombro—. Quédate conmigo, y no será necesario que intentes olvidarme, porque no voy a

separarme de ti jamás.

—Eso no pensaba dejar que lo hicieras.

Saca los dedos de mi interior y me sujeta por las nalgas, levantando mis caderas ligeramente hasta que su miembro se libera del peso de mi cuerpo y se cuelga entre mis piernas, entonces vuelve a colocarme sobre él. La agarro con mi mano libre y la llevo hasta mi sexo, colocándola en mi entrada, Sergio me hace bajar y me penetra, arrancándome un jadeo.

Apretando mi trasero, me mueve ligeramente arriba y abajo, yo coloco una pierna a cada lado de la bañera, manteniéndolas abiertas y evitando resbalarme. El agua baila y se derrama con nuestro movimiento, mojando la ropa que descuidadamente he dejado tirada sobre él.

—Tócate —me pide mientras mordisquea mi cuello.

Obedezco su orden y llevo la mano a mi sexo, acariciando el clítoris con mis dedos. Jadeo al compás de sus embestidas y bajo mi mano lo suficiente para acariciar su miembro cada vez que sale de mí, eso hace que Sergio gruñe y muerda más fuerte la piel de mi cuello, asegurándose de dejar su marca en él.

Aumenta la velocidad de los movimientos, el agua continúa saliéndose hasta que es tan escasa que no llega a los bordes, dejando la bañera casi vacía. Nos corremos al mismo tiempo, diciéndonos que nos amamos entre jadeos y besándonos, lamiendo nuestras lenguas.

—Vaya desastre... —dice señalando el suelo una vez nos hemos relajado.

—Menos mal que no se te ha ocurrido dejar tu ropa por el suelo —digo entre risas—. A ver como hubieses explicado luego el salir empapado de otra habitación.

—Lo tenía previsto —asegura con una sonrisa pícaro, yo alzo la ceja y lo miro con incredulidad—. ¿Acaso pensabas que iba a meterme en esta bañera contigo y no iba a hacerte el amor? —inquire tras una carcajada.

—Podría ser... Estás muy ocupado en el hotel para atenderme a mí —digo levantando los hombros, totalmente ingenua.

—Eva... Teniéndote tan cerca, jamás estaré tan ocupado como para no venir a hacerte el amor, al menos una vez al día —responde dejando un beso junto a mi oído.

—Qué lástima que eso termine pasadas las fiestas... —digo en un susurro, aunque lo suficientemente fuerte para que me escuche.

Sergio suspira y me rodea la cintura, acercándose un poco más a su cuerpo y apoyando su frente en mi nuca. Pasados unos segundos y viendo que no va a decir nada al respecto, tiro suavemente de sus manos, deshaciendo el abrazo y poniéndome en pie para salir del poco agua que queda.

—Voy a secarme, haz lo mismo o te vas a enfriar —digo saliendo con mucho cuidado de no resbalar con todo el agua derramada.

Una vez vestidos, Sergio se acerca a mí y me da un beso en los labios antes de dirigirse a la puerta.

—Enviaré a alguien enseguida para que limpie el agua.

—Vale... —respondo con voz entristecida. Ojalá pudiera quedarse conmigo más tiempo.

—Volveré —añade una vez en el pasillo, yo me asomo y miro hacia la *suite*—. Tranquila, están de compras —dice respondiendo a mi gesto.

Yo asiento sin más, recibo el beso que me da y le veo marcharse por el pasillo.

Capítulo 30

Despierto con el roce de unas manos por mi rostro, abro los ojos despacio y parpadeo intentando enfocar mi visión, no obstante, sé perfectamente quién me está acariciando, pues el olor inconfundible de Sergio llega a mis fosas nasales y hacen que mi corazón acelere sus latidos.

—Te has dormido —me susurra al oído antes de depositar un beso en mi sien.

—Mmmm... No...

—Son las ocho y media —insiste.

—Olvidé decirte que me han dado las navidades libres —murmuro enterrando la cara en la almohada.

—Entonces levántate y desayuna —dice apartándose de la cama—. Tienes de todo en la mesa, yo tengo que irme, pero vendré en cuanto pueda.

—¿Cómo que tengo de todo en la mesa? —pregunto incorporándome en la cama y restregando mis ojos.

—Lo que has oído.

—Sergio, bajaré a desayunar al restaurante como hace todo el mundo, y si me pierdo la hora del desayuno, pagaré a parte lo que tenga que pagar por uno fuera de horario —me quejo con los brazos en jarras—. No he venido aquí para que me invites a desayunar.

—Ni sueñes que voy a dejar que pagues ni un solo euro —replica acercándose a la mesa, cogiendo un mini croissant de la bandeja y dándole un bocado—. Aunque... si no lo quieres, me lo llevo.

—Lo que yo quiero es que me trates como a una clienta cualquiera —digo haciendo que Sergio estalle en una carcajada.

—Mi amor... Creo que no vas a querer recibir el mismo trato que las clientas normales... —Me guiña un ojo y sale por la puerta con una sonrisa triunfal, dejándome con cara de circunstancia.

«Qué capullo...» pienso con una sonrisa, negando con la cabeza y mordiéndome el labio. Tiene toda la razón, para nada quiero que me trate como una clienta normal, pues a ellas no las visita en sus habitaciones y les hace el amor, aunque yo no me refería a eso y él lo sabe, simplemente ha

desviado el tema para que no me queje por no querer cobrarme lo que consuma en el hotel.

Tenía en cuenta, que de ser por Sergio, no iba a querer cobrarme nada, pero pensaba que quizás su pareja le esté ayudando con el hotel y que pueda enterarse de esas cosas. Pero por lo visto no es así, pues si a Sergio no le importa que esté aquí sin pagar las consumiciones es porque ella no va a saberlo.

Me levanto y estiro mis músculos, voy al baño, hago mis necesidades y me lavo la cara antes de sentarme a la mesa y dar cuenta del desayuno que me ha traído. Está todo delicioso, el café justo como a mí me gusta y la bollería hecha del día.

La semana transcurre lenta, entre ver películas en la televisión de la habitación, de la cual Sergio ya se encargó de pedir que activaran todos los canales, y sus visitas furtivas, no he tenido a penas tiempo de aburrirme. También he salido un par de días para ver a Samuel y recoger el correo, sin embargo, ha sido siempre cuando Sergio me ha asegurado que estaría muy ocupado y no podría pasar a verme.

Hoy ya es nochebuena, por lo tanto me he dedicado la mayor parte del tiempo a revisar cada uno de los vestidos que escogí para estas fiestas, probándome uno tras otro a ver con cuál voy a bajar a cenar esta noche.

Finalmente me decanto por un vestido largo color verde trébol, de manga larga y escote en uve con un broche de brillantes negros que ajusta el vestido bajo el pecho y lo resalta. Lo dejo sobre la cama y preparo también los zapatos y el bolso.

Guardo el resto de vestidos en el armario, teniendo especial cuidado en no estropear el que ya tengo reservado para la noche de fin de año, colgado en una percha, recientemente limpio y planchado por una tintorería y junto a él, la ropa interior y los zapatos que usaré a conjunto ese mismo día.

Paso la mano por la tela y sonrío, espero con ansias que llegue ese día, jamás había deseado tanto que acabase un año, pero estoy segura de que el final de este tiene que ser el mejor en muchos años, y el principio de algo que debió pasar hace ya unos cuantos atrás.

Cuando queda una hora para la cena comienzo a prepararme, maquillándome con colores suaves y recogiendo mi pelo en un sencillo moño.

Saco la ropa interior del cajón y me pongo un conjunto negro de encaje, las medias y el ligero del mismo color. Me coloco el vestido y los tacones y regreso al baño para repasar mi atuendo, una vez lista, me pongo unos pendientes y una gargantilla, ambas joyas de plata.

—Bien... Es hora de sacar a la actriz que llevas dentro y hacer como si nada pasara entre Sergio y tú —le digo a la Eva del espejo, luego resoplo y aprieto el puente de mi nariz intentando relajarme un poco—. Vas a hacerlo bien... Vas a hacerlo bien... —me repito unas cuantas veces.

Salgo del baño y cojo el bolso que había dejado listo en la entrada, abro la puerta y abandono la habitación camino al ascensor, con tan mala suerte, que al mismo tiempo que yo lo hago, Carolina sale de la suite con la pequeña Eva cogida de su mano.

Las dos van a juego con un bonito vestido color crema de escote en forma de corazón, llevan los tirantes y la falda de tul, el pelo recogido en un moño y adornado con una diadema. La niña lleva unas bailarinas del mismo tono que el vestido, y la madre unos zapatos de tacón, también en color crema.

Llegan a mi lado y yo no sé dónde meterme, pues el hecho de estar acostándome con la pareja de esa mujer, y que ahora esté tan cerca de mí, me está poniendo muy nerviosa. Carraspeo y saludo por cortesía mientras presiono el botón del ascensor unas seis o siete veces.

—Buenas noches —responde Carolina con una sonrisa amable.

—Na oche —saluda la niña imitando a su madre, pero a su manera.

—Buenas noches, bonita —digo sonriéndole y entrando al ascensor en cuanto se abren sus puertas. Ellas hacen lo mismo tras de mí.

—¿Quen e? —dice la niña, pero tan rápido que no la entiendo muy bien. Miro a la madre y a la niña alternativamente.

—Pregunta quién eres —me aclara ella sin dejar de sonreír a la niña. Yo quiero que me trague la tierra y me escupa en mi casa.

—Yo... bueno... —me pongo más nerviosa aún y presiono el botón de la planta baja otras cinco veces. Carolina empieza a mirarme raro—. Eemm... Soy... Soy Eva —contesto al fin.

—¡Anda! Igual que tú, cariño —exclama sorprendida.

—Vaya... Qué casualidad... —contesto con una risa nerviosa que no puedo evitar—. Bueno, hasta luego —me despido en cuanto las puertas se

abren y salgo disparada hacia la salida.

Necesito fumar y respirar aire fresco, y sí, sé que es algo un tanto contradictorio, pero necesito salir de ahí por un momento, así que salgo a la calle y me resguardo en un rincón, cobijándome del frío detrás de unos setos.

Enciendo el cigarrillo y doy una calada, exhalando el humo despacio, pero antes de que pueda dar la segunda, una mano aparece por mi derecha y me quita el cigarro de los dedos.

Giro la cabeza hacia ese lado con intención de fulminar con la mirada a quien sea que se ha atrevido a arrebatarme este momento de tranquilidad, pero me llevo una sorpresa al encontrarme con Lucas, que me mira mordiéndose el labio he intentado aguantar la risa.

—Perdona, no he podido evitarlo —dice estallando al fin—. Tu cara ha sido lo mejor. —Continúa, muerto de la risa.

—Eres idiota —le digo dándole un manotazo en el brazo todo lo fuerte que puedo.

—¡Aauuch! Oye... El gimnasio te está yendo muy bien —dice frotándose la zona que le he golpeado.

—¿Qué haces aquí? —inquiero cruzándome de brazos y frotándomelos, hace un frío que pela.

—Bueno, me dijo un pajarito que en un hotel súper chulo de San Andrés iba a haber fiesta estas navidades, y como no tenía ningún plan mejor, decidí venir —me explica mientras se quita la chaqueta y la coloca sobre mis hombros.

—Gracias.

—No hay de qué, hace mucho frío —responde restándole importancia con un gesto de la mano—. Estás preciosa esta noche.

—Gracias, de nuevo —respondo sin saber qué más decir.

—¿Vamos dentro?

—Claro, servirán pronto la cena —asiento y él me ofrece el brazo, yo lo cojo y entramos juntos.

Caminamos agarrados hacia el restaurante, mezclándonos con la gente que va llegando. Conforme nos acercamos a las puertas, la tranquilidad que había comenzado a sentir con la llegada inesperada de Lucas se va esfumando al

divisar a Sergio en la entrada del comedor, dando la bienvenida a los comensales.

A tan solo unos pasos de él, Lucas suelta mi brazo y me pide que espere, dirigiéndose directamente a él. Intento detenerle, pero es en vano, pues ya estamos tan cerca que solo le han hecho falta dos pasos para llamar su atención, así que me mantengo a una distancia prudente y escucho.

—Buenas noches, la señorita y yo teníamos mesas separadas, pero nos gustaría sentarnos en la misma y cenar juntos —le explica a Sergio, que se mantiene con gesto amable mientras le escucha.

—¿Su nombre es? —pregunta mientras abre una carpeta que tiene sobre un atril a su derecha.

—Lucas Palacios.

—De acuerdo —dice una vez revisada la lista de reservas—. ¿Y el de la señorita?

—Eva Torres —informa, haciendo que a Sergio le cambie completamente el rostro y se quede estático durante unos segundos, hasta que lo gira lentamente y me mira con una expresión que no sé descifrar—. ¿Hay algún problema?

—No... No, claro que no —responde sin dejar de mirarme de arriba abajo—. Les pondré a ambos en la mesa de la señorita, está más cerca del escenario y disfrutarán mejor del espectáculo que tendrá lugar tras la cena —añade mirando ahora a Lucas, al que examina sin disimular ni un ápice—. Acompañenme.

Seguimos a Sergio por el comedor hasta una mesa cercana al escenario, como nos ha indicado a la entrada. Está preparada con un solo cubierto, pero con las indicaciones que le da a uno de los camareros, pronto está dispuesta para dos comensales.

Cuando el camarero termina su tarea y se retira, Sergio se acerca por detrás de mí y me hace un gesto, señalándome la chaqueta que llevo a los hombros. Antes de que me la quite yo misma, él la coge y se la entrega a Lucas casi sin mirarlo, luego aparta la silla y la señala, pidiéndome que tome asiento.

—Ya me explicarás luego qué significa esto —susurra desde atrás en mi oído una vez me he sentado—. Que disfruten de la noche —añade en voz alta

para los dos y se marcha.

—Un tipo un poco raro, ¿no?

—No sé... —contesto distraída mientras veo a Sergio marcharse como una exhalación, cruzando el comedor a zancadas.

Capítulo 31

Durante toda la cena tengo que esforzarme en mantener la vista apartada de la mesa en la que Sergio y su familia cenan a tan solo unos metros de nosotros, pero me cuesta mucho evitar que se escape alguna mirada, y cada vez que lo hago, Sergio parece notarlo, pues siempre desvía la suya hacia mí en el mismo momento.

Lucas me cuenta cosas sin parar, manteniendo una conversación constante y amena, aunque he de decir que en algunas ocasiones me he perdido y respondido casi sin pensar. La forma en la que Lucas me ha mirado en esas ocasiones, y en alguna otra en la que me he perdido en la mesa de al lado, me deja muy claro que está dándose cuenta de que no estoy del todo centrada, no obstante, no ha dicho nada al respecto.

—Si quieres, puedo quitarme la ropa y bailar un tango con la vieja que se sienta a dos mesas de aquí.

—Claro... —contesto con mi vista fija de nuevo en Sergio.

—Eva... ¡Eva!

—¿Qué? —digo girándome rápidamente hacia él.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquire en un tono suave y sin ningún atisbo de reproche—. Te digo que voy a bailar un tango desnudo y ni te inmutas.

—Lo siento, Lucas... No estoy del todo centrada.

—Creo que es evidente —responde riendo y tomando mi mano—. Hay algo entre tú y el tipo raro, ¿verdad?

—También es muy evidente, ¿no? —contesto encogiéndome de hombros y agachando la cabeza.

—¿Sabías que tiene familia? ¿O te ha tomado el pelo sobre eso?

—Lo sabía —le miro de reojo, no quiero que piense que soy una rompe matrimonios, aunque él no está casado, pero tiene pareja y una hija.

—No tienes que avergonzarte, Eva —acaricia el dorso de mi mano—. No voy a juzgarte, no conozco la historia.

—Llevo enamorada de él seis años, Lucas, mucho antes de divorciarme y de que él tuviese otra pareja, y su hija, por supuesto —explico, quiero que sepa que no me meto en su relación por diversión—. Sé que él también me

ama, pero no está seguro de querer dejar a su pareja, y yo no quiero cometer el error de apartarme de nuevo de su vida, como ya hice cuando me quedé embarazada de mi ex marido.

—¿Y si al final no lo hace? —inquire.

—Cuando él me pida que me aleje, lo haré. Mientras tanto voy a estar ahí, esperando.

—¿Sabes? Tú me gustas —dice estirando la otra mano y sujetando la mía entre las suyas—. Puede que también espere a ver qué pasa, y si ese tipo es tan gilipollas de no quedarse contigo, estaré ahí para ti.

—Lucas... No quiero que te hagas ilusiones conmigo...

—Sé que no tengo posibilidades —dice cortándome y llevando las manos a la cabeza, peina su pelo hacia atrás y enlaza los dedos en la nuca—. Ese tipo te mira como si fueses un chuletón de buey, y a mí, como si de un momento a otro le fueran a salir rayos láser por los ojos, en plan Superman, y fuese a fulminarme.

Comienzo a reír a carcajadas con su comentario, me río tanto que el estómago comienza a dolerme y tengo que agarrármelo con las dos manos, los ojos me lloran y Lucas me mira con esa sonrisa de medio lado que me hace reír aún más.

De pronto, el ruido de una silla que se arrastra por el suelo y cae de golpe hace que me gire y deje de reír. Veo como Sergio recoge su silla del suelo, la coloca en su sitio y se disculpa con su familia, marchándose a continuación del comedor, todo ello con el gesto más serio y enfadado que le he visto desde que le conozco.

Quiero ir tras él, pero no sé si debo hacerlo ahora, pues podría ser demasiado evidente que voy en su busca. Como no puedo aguantar las ganas de ir a su encuentro, espero un par de minutos y luego me disculpo con Lucas, siendo totalmente sincera con él y pidiéndole que me espere un instante mientras voy a ver qué le pasa a Sergio, él ríe y niega con la cabeza.

—Resulta evidente... —dice sin más.

Me levanto y cojo mi bolso, salgo del comedor tranquilamente y miro por todos lados buscando a Sergio. Al no encontrarlo por el vestíbulo, me dirijo a la salida, pero tampoco lo encuentro afuera. Tomo el ascensor y subo al tercer piso, me acerco con cuidado a la *suite* y pongo la oreja sobre la puerta,

agudizando el oído a ver si escucho a alguien dentro, pero no consigo escuchar nada.

Resoplo frustrada, podría estar en cualquier parte del hotel y pasarme la noche dando vueltas, pues hay zonas en las que no puedo entrar. Saco la tarjeta de mi dormitorio y me dirijo a la puerta, ya que estoy aquí, aprovecharé para retocarme.

Entro y dejo el bolso en la mesilla sin encender la luz, pues las farolas del exterior iluminan el dormitorio lo suficiente para poder moverme por él. Doy unos pasos hacia el interior camino al baño, pero el sonido de lo que me parece una leve respiración me detiene en seco.

—Por fin llegas.

—¡Joder! —grito con el corazón a mil por hora—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Quién es ese? —inquire sin más.

—¿Quién, Lucas? —pregunto dirigiéndome a la puerta y encendiendo la luz. Sergio está sentado en el sofá junto al ventanal.

—Como se llame, ¿quién es?

—Es un amigo.

—Él no te mira como lo hace un amigo —dice completamente serio.

—Supongo que lo importante no es cómo me mire él a mí —replico cruzándome de brazos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes en lo que me he fijado yo esta noche, Sergio? —pregunto, a lo que él contesta negando con la cabeza—. Me he fijado en cómo la miras tú a ella, que es lo que a mí me importa, y no en cómo ella te mira a ti —se queda callado y no responde.

Doy unos pasos hasta el sofá y me siento a su derecha, cruzando los brazos y apoyándolos sobre mis piernas. No le miro a la cara, pero acerco mi mano derecha a la suya y tomo sus dedos entre los míos.

—La cena de esta noche no ha ido como la esperaba en ningún sentido. Lucas a aparecido sin avisar, yo no he podido decirle que no a cenar juntos... Total, sentarme sola era demasiado deprimente y su compañía me pareció muy oportuna...

—Lo siento —dice apretando mis dedos entre los suyos—. Ni siquiera

pensé que esta noche cenarías completamente sola, y todo por estar cerca de mí. Yo solo quería verte allí, observarte todo el tiempo que pudiera, y lo que me he encontrado me ha provocado unos celos enormes.

—No he hecho nada que haya dado a entender que entre Lucas y yo hubiera algo.

—Lo sé... Pero ver cómo te cogía de la mano, cómo te miraba y cómo te reías con él... Ha sido más fuerte que yo.

—Sergio, estoy aquí por ti —digo mirándole al fin—. No pretendo provocarte celos para que te vuelvas loco por mí...

—Ya estoy loco por ti, Eva —me corta sin dejar de observar nuestras manos, ahora entrelazadas.

—¿Sigo siendo el amor de tu vida? —pregunto recordando lo que me dijo hace seis años. Él me mira y sonrío, dejando atrás ese gesto serio que ensombrecía su rostro.

—Siempre.

—Tú eres el mío...

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos y acariciando nuestras manos. Sergio lleva una de ellas a mi rostro, acariciando mi mejilla y acercándose para besarme. Respondo al suave beso que me da, es simplemente un roce, pero está tan cargado de amor que se me escapan las lágrimas de tanta emoción contenida, él se apresura a secarlas.

Intensifica nuestro beso sin soltar mi rostro de entre sus manos, acaricia mis labios con los suyos, sus manos se aferran a mi nuca y me sujeta para que no pueda apartarme de él, aun sabiendo que lo que más deseo es estar siempre a su lado. Luego lleva una a mis piernas y las levanta, haciendo que las coloque sobre las suyas.

Su mano comienza a acariciarme por encima de la falda, bajando despacio hasta encontrar el bajo del vestido, lo levanta y la introduce acariciando mi pierna, deshaciendo el camino mientras arrastra el vestido con ella. Al llegar al muslo lo aprieta y sus dedos se clavan en mi carne, yo empiezo a excitarme.

Nuestros cuerpos se van encendiendo a cada segundo que pasa, nuestras lenguas bailan y nuestras manos comienzan a impacientarse. Me muevo y me siento a horcajadas sobre sus piernas, tocando su cuerpo por encima de la camisa y abriendo un par de botones para acariciar su pecho.

Sergio lleva las manos a mi trasero, lo aprieta y tira de la tela de mi

vestido, levantándolo y dejándolo caer de nuevo, desenredándolo de mis piernas. Introduzco las manos entre estas y busco el botón del pantalón, abriéndolo y bajando la cremallera, para después meter la mano bajo su ropa interior y liberar su miembro.

Él hace lo mismo por debajo de mi vestido buscando mis bragas, roza con sus dedos mi sexo por encima de la tela y gruñe al notar lo mojada que estoy, luego sujeta la tela con las dos manos y tira de ella, rompiéndolas con facilidad al ser toda de encaje.

—Me encanta que estés siempre tan empapada por mí —dice con la voz grave por la excitación, coge su miembro y lo coloca en mi entrada.

—Esas bragas me costaron mucho dinero, ¿sabes? —me quejo, pero sin dejar de sonreír en ningún momento, ahora mismo me importan un bledo las bragas, solo quiero pincharle.

—Te compraré veinte pares si quieres, aunque yo prefiero que vayas siempre sin ellas —dice cogiendo mis muslos y acercándose más, penetrándome en el proceso.

—Aahh... —gimo al sentir su miembro en mi interior.

—Joder... —resopla y deja caer la cabeza contra el respaldo del sofá—. Muévete, nena —me ordena.

Hago lo que me pide y comienzo a moverme en un vaivén constante, su duro miembro entra y sale de mí haciéndome jadear. Sus manos se mueven, sobando mis pechos por encima del vestido y buscando algún lugar por el que colarse, pero es ajustado y no lo consigue.

—Joder, podrías haber elegido un vestido con menos tela —se queja al no poder acceder a mis tetas.

—Bájame la cremallera.

Hace lo que le digo, incorporándose un poco y besándome con ardor, luego baja el vestido y me quita también el sujetador, liberando mis pechos como él deseaba. Se los lleva a la boca y los mordisquea, los lame y los chupa. Yo solo puedo seguir moviéndome y gemir como una loca, estoy a punto de estallar.

—Sujétate —me pide de pronto, yo me agarro a su cuello.

Sergio se coloca al borde del sofá y pasa los brazos por debajo de mis piernas, se levanta conmigo en volandas sin dejar de penetrarme y camina hacia la puerta, donde apoya mi espalda y sus manos. Yo quedo totalmente abierta de piernas, sintiendo como me llena cada centímetro de su miembro.

—Aahh... Ssiii... —jadeo intentando no levantar mucho la voz, estamos encima de la puerta y cualquiera que pase podría escucharme.

—Grita —me pide mientras lame uno de mis pezones—. Que todos sepan lo mucho que disfrutas conmigo.

—Aahh... ¡Joder! Sí... —digo entonces sin retener mis ganas de desahogarme.

Sergio gruñe, lame y chupetea mis tetas, mordisquea mis pezones y mi cuello alternativamente sin dejar de penetrarme. Le agarro del pelo y tiro de él, hago que levante la cabeza y beso su boca, lamiendo y mordiendo sus labios. Sus gruñidos se mezclan con mis jadeos y el movimiento de nuestros cuerpos resuena en la puerta.

—Ohh diossss... Aahh... ahora... ¡Hazlo ahora! —le pido dando con mi cabeza en la puerta cuando noto llegar el orgasmo.

—Aahh... joder... síi...

Nos corremos al tiempo, jadeando y respirando con dificultad. Sergio saca un brazo, coloca mi pierna alrededor de su cintura y luego hace lo mismo con la otra, apoyando las manos a los lados de mi cabeza y aprisionando más mi cuerpo con el suyo.

—Te amo, Eva, te amo muchísimo —susurra apoyando su frente sobre la mía.

—Y yo a ti, Sergio —respondo—. No la toques esta noche, por favor —le pido abrazándome más fuerte a su cuello, él abre los ojos y me mira sin apartarse y asiente.

—De acuerdo —acepta y me da un beso.

Capítulo 32

El día de navidad decido salir y pasar la comida con Samuel, Mario y mi ex suegra. Después de hablar un rato con él por la mañana, ha insistido tanto en que fuera con ellos que he tenido que aceptar, además, yo también le echaba muchísimo de menos.

La madre de Mario me recibe con un abrazo, pues aunque fui yo quien dejó a su hijo, nos llevamos tan bien y Samuel se ha adaptado tan rápido, que no hay ningún tipo de rencillas ni rencores entre nosotras.

Comemos, conversamos y reímos animadamente, contamos chistes y bromeamos, nada ha cambiado desde la última vez que nos reunimos, hace ya un año en las mismas fechas. La única diferencia es que este año, además de nosotros, también está Natalia.

Por la tarde, Sonia pone sobre la mesa unas pastas para merendar, prepara café, té y saca el juego de mesa al que jugamos todos los años; el Trivial. Aplaudo contenta y me froto las manos, Mario me mira riendo y se cruza de brazos a sabiendas de lo que eso significa, pues casi siempre les gano y consigo la primera todos los quesitos.

—Este año pienso ganar —dice Mario señalándome con el dedo.

—Ni lo sueñes, pardillo, soy la mejor y lo sabes —replico sacándole la lengua.

—Puede que os quedéis con las ganas —dice Natalia—, soy la mejor en mi familia, a lo mejor os doy una paliza.

—Eh, eh, ¡eso habrá que verlo! —grita Sonia desde la cocina—. ¡No empecéis sin mí!

Cuando todos nos hemos reunido y sentado en la mesa del comedor, y con el tablero y las tarjetas colocadas en su lugar, comenzamos la partida y pasamos un rato muy divertido, riendo de nuevo y retándonos los unos a los otros. Finalmente y por una diferencia de un solo quesito, Natalia acaba ganándome la partida.

—Vaya, eres muy buena, creo que el año que viene voy a tener que ponerme las pilas para no quedar segunda otra vez —felicito a la ganadora

tendiéndole la mano.

—Gracias, tú tampoco lo haces nada mal —responde sonriendo y cogiendo mi mano.

—Si es que a mi hijo siempre le han gustado las mujeres inteligentes — comenta Sonia—. Y aquí está prueba de ello, sois las dos muy listas.

—Gracias, Sonia —contestamos las dos al unísono y riendo de nuevo por el acto.

—Bueno, creo que yo voy a marcharme ya —anuncio poniéndome en pie.

—¿No quieres quedarte a cenar? —inquire Sonia.

—No, gracias pero había quedado para la cena —miento, pero estoy deseando volver al hotel y ver a Sergio.

—Vale, entonces me alegro mucho de que hayas decidido venir —Sonia se levanta y me da un abrazo.

—Gracias, eres muy amable.

—Si te apetece compartir otro día solo tienes que decirlo —añade Mario imitando a su madre y dándome un abrazo.

—Gracias, de verdad. Os llamaré para felicitaros el año nuevo.

Nos despedimos de nuevo con abrazos, Samuel está tan ensimismado viendo películas en la televisión que apenas me hace caso cuando me acerco y le doy un beso de despedida. Salgo y cojo el coche, poniendo música para el camino. Tengo muchas ganas de llegar, aunque puede que Sergio esté hoy muy ocupado, pues esta tarde celebraban el cumpleaños de la niña con su familia y la de Carolina.

Cuando llego al aparcamiento veo que un grupo de personas está abandonando el hotel, Carolina y Sergio se encuentran en la puerta, despidiéndose de la gente. Salgo del coche y me dirijo a la entrada mirando al suelo, pues no quiero cruzar la mirada con él y que se me note nada.

—Buenas tardes, Eva —escucho la voz de Carolina y me detengo en seco sin saber qué hacer.

—Ah, hola —saludo y sonrío educadamente, miro de reojo a Sergio; tiene la cara descompuesta.

—Feliz navidad —comenta ella, tan contenta e ingenua a la vez.

—Igualmente. —Devuelvo la felicitación y me fijo en la niña, que lleva una corona en la cabeza y está en brazos de Sergio, mirándome fijamente—. ¿Es su cumpleaños? —pregunto como si no tuviese ni idea.

—Sí —responde Sergio, tieso como un palo.

—En realidad fue el miércoles, pero hemos esperado a hoy para aprovechar la reunión familiar —explica ella.

—Felicidades entonces, pequeña Eva.

—¿Os... os conocéis? —inquire él mirándonos alternativamente.

—Coincidimos ayer en el ascensor. Qué casualidad que se llame como nuestra hija, ¿eh? —aclara Carolina mirándonos a Sergio y a mí sin perder la sonrisa, aunque me parece algo falsa.

—Sí, qué casualidad...

—¿Vas a cenar esta noche con tu pareja, Eva? —pregunta Carolina haciendo que aparte la mirada de la de Sergio, en la que ya me había perdido sin pretenderlo.

—¿Cómo? —La miro extrañada.

—El hombre que te acompañaba anoche, ¿no es tu pareja?

—Ah... No, no, es un amigo —explico—. Coincidimos por casualidad, yo he venido sola.

—Oh, es una lástima que tengas que cenar sola. ¿Por qué no la invitamos a nuestra mesa? Hoy cenamos solos también —pregunta a Sergio, que abre los ojos desmesuradamente.

—Yo... Ella...

—Te agradezco la invitación —corto a Sergio, salvándole del momento embarazoso—. Eemm... Perdóname, pero no sé tu nombre. —Miento para disimular.

—Oh, discúlpame, no me he presentado. Yo soy Carolina, y él, es Sergio, mi marido —dice agarrándole del brazo libre y con una sonrisa de oreja a oreja más falsa que una moneda de tres euros. Mis entrañas se encojen.

—Entonces, agradezco tu invitación, Carolina, pero estoy muy cansada y había pensado cenar en mi habitación esta noche —me disculpo.

—Como quieras, pero puedes acompañarnos otra noche si no quieres estar sola.

—Gracias, tendré en cuenta tu invitación, buenas noches.

—Buenas noches —dicen los dos al tiempo, yo me doy la vuelta y me marcho a mi habitación.

Dejo el bolso sobre la mesa y me quito la ropa, dejándola tirada en el suelo de camino a la cama, donde me dejo caer de bruces contra el colchón. Cojo la almohada y la coloco bajo mi cabeza, la abrazo y tomo aire por la

nariz, expulsándolo por la boca de sopetón. Estoy cansada, pero después del encuentro con Sergio y Carolina en la entrada, también estoy un poco hundida.

«Mi marido», ha dicho para dejarme claro que él es suyo, le hubiese cortado esa lengua de mentirosa. ¿Cenar con ellos? ¿En la misma mesa? No, gracias, no quiero ser la amante secreta sujeta velas, humillándome al sentarme a ver como el amor de mi vida besuquea a su pareja, mientras hace como si a mí no me conociera de nada...

Pero, ¿cómo negarme a la invitación sin ser descortés o parecer una borde? «No, gracias, prefiero cenar sola y deprimida mientras tú besuqueas al hombre que hace que mis bragas se mojen con solo mirarme».

Si Carolina me pilla cenando sola en el comedor, me ofrecerá de nuevo sentarme con ellos, y no me apetece nada estar tan cerca de Sergio mientras está con ella, tener que escuchar sus conversaciones privadas, cómo se hablan o ver cómo se miran. Dándole vueltas al asunto me quedo dormida.

Despierto creyendo escuchar ruidos en mi habitación a media noche, unos pasos se acercan, una mano acaricia la piel de mi espalda descubierta, y luego, la sábana se mueve y cubre mi cuerpo. Entreabro los ojos y miro el reloj de la mesilla, son las dos de la madrugada.

Me mantengo a la espera de que ocurra algo más, que se meta en mi cama o diga algo, pero lo único que escucho segundos después, es la puerta cerrándose cuidadosamente. Doy la vuelta en la cama y me quedo sentada mirándola, esperando que se arrepienta y entre de nuevo, pero eso no ocurre.

Sin embargo, cuando vuelvo a acostarme, esta vez del otro lado, encuentro que en la mesilla de noche descansa un paquete cuadrado, envuelto en papel de regalo y decorado con un pequeño lazo color verde. Vuelvo a incorporarme y lo cojo, dándole vueltas en mis manos, nerviosa.

Empiezo a abrirlo con cuidado de no romper el papel ni estropear el lazo, dejo el envoltorio sobre la cama y observo la caja con una sonrisa. Es una pulsera de actividad como la que yo misma le regalé a él, solo que a esta le ha añadido además una pulsera de recambio de color plateado, parecida a la de un reloj convencional.

Cuando llega el miércoles ya estoy muy agobiada, pues desde que estoy aquí hace una semana y media, lo único que he ganado ha sido tener a Sergio

en mi cama más veces que en todos estos meses de reencuentro. No creo haber conseguido cambiar nada en lo que respecta a si decidirá dejar a Carolina o no.

Por mi parte, y para mi desdicha, he evitado en lo posible comer en el restaurante del hotel. No me ha hecho ninguna gracia tener que comer sola en la habitación, pero menos me apetecía que Carolina insistiera en que me sentase en la mesa con ellos.

Hoy todavía no he salido de entre estas cuatro paredes, no he desayunado, ni me he levantado de la cama. No tengo ganas de nada, y eso que anoche Sergio pasó por aquí como cada día, pero ya casi ni eso me levanta el ánimo. Creo que no conseguiré lo que deseo.

Unos porrazos en la puerta hacen que salga de mis pensamientos y me ponga en alerta. Sergio no toca nunca, entra con su tarjeta siempre sin avisar, pues tiene mi permiso para hacerlo, más que darle el permiso, se lo ordené. Los golpes se repiten, me levanto y voy hacia la puerta.

—¿Sí? —pregunto antes de abrir.

—¿Eva? —Escucho la voz de Carolina al otro lado y se me pone la carne de gallina. Al abrir la encuentro agarrada del brazo de Sergio, este me pide perdón con la mirada—. Hemos venido a invitarte a comer.

—Aah... Yo...

—Nada de excusas, llevas toda la semana sin salir a penas, ¿o crees que no me he dado cuenta? —inquire cortándome con esa sonrisa que me crispa los nervios.

—Ya, bueno, es que no me he encontrado muy bien estos días —me excuso.

—Pues hoy tienes muy buen aspecto, yo creo que ya te has curado, ¿verdad, Sergio? —dice sin apartar la vista de mí.

—Sí, es... está muy guapa —comenta quitándole de pronto la sonrisa a Carolina, que se ha quedado seria instantáneamente, pero no deja de mirarme a mí.

—Gracias, pero...

—Te esperamos en el comedor a las dos —me corta de nuevo, forzando la sonrisa otra vez.

—De acuerdo, allí estaré —acepto con resignación.

Capítulo 33

Me quedo de pie frente a la puerta de la habitación, me doy la vuelta y me siento en la cama, casi hiperventilando. Me levanto de nuevo y camino hacia la puerta de carrerilla, pero me vuelvo a quedar frente a ella, mirándola como si fuese a quemarme al coger esa manecilla. Miro el reloj de mi muñeca, ese que Sergio me dejó en la mesilla a hurtadillas; faltan diez minutos para las dos.

Cierro los ojos y cojo una bocanada de aire, lo suelto de golpe y agarro la manecilla de la puerta, abriéndola rápidamente y saliendo al pasillo antes de volver a dudar y meterme de nuevo en la habitación, porque esta vez ya no volvería a salir.

Tomo el ascensor y respiro varias veces como me enseñaron en las clases de parto mientras desciende hasta recepción, preparándome para la comida más incómoda de toda mi vida. Llego al comedor y enseguida puedo ver como Carolina levanta la mano y me hace señales para que me acerque.

Camino hacia la mesa con el corazón latiendo a mil por hora, Carolina y la pequeña Eva, sentada en una trona para bebés, me esperan en ella. Tomo asiento en una de las dos sillas libres, suponiendo que la otra será para Sergio, que todavía no ha llegado.

—Hola, Carolina —saludo al llegar—. Hola, pequeña, ¿cómo estás?

—Pues un poco revoltosa hoy —contesta su madre—. No quiere comer, ya no sé qué hacerle. Parece que me pide con la mano, pero cuando le acerco la cuchara me gira la cara.

—¿Puedo? —digo señalando el plato.

—Claro... —Me da la cuchara y acerca el plato hasta mí.

Veo que la niña sigue el plato con la mirada, cojo un poco del puré que le han preparado y le acerco el cubierto. Ella estira la mano, pero al mismo tiempo gira la cara, entonces sonrío entendiendo qué es lo que quiere. Le doy la vuelta a la cuchara, acercándola a su mano y haciendo que la agarre ella sola. La niña lleva el cubierto a la boca y se toma el contenido.

—Quiere comer sola, eso es todo —digo poniendo el plato delante de la

niña, que enseguida llena la cuchara de nuevo y se la lleva a la boca.

—Pero es que así se pone perdida, por eso solo la dejo comer los alimentos sólidos y no las papillas —se queja Carolina.

—Tendrás que vestirla con algo menos... ¿cuqui? —digo señalando el vestido de volantes y lleno de lacitos que trae la niña puesto.

—Hoy intentaré que me deje darle de comer, ese vestido me costó...

—Deja que la niña coma tranquila —le corta Sergio llegando por detrás y tomando asiento en la silla libre a mi lado—. Si se mancha el vestido lo mandaré a la tintorería, o le compraré otro. Esta noche le pones algo más sencillo, no hace falta que vaya siempre vestida como una muñeca. Hola, Eva —me saluda una vez ha terminado de reprender a su pareja.

—Hola —respondo sin mirarle demasiado.

—Bonita pulsera, yo tengo una igual —comenta Sergio, yo lo miro un poco sin saber qué decir—. Va genial para hacer deporte.

—Sí... Me la ha regalado alguien muy especial para mí —contesto sonriéndole y mirándole ahora a los ojos.

—Mi marido y yo hablábamos de ti esta mañana —comienza a hablar Carolina cortando nuestra poca conversación y revolviéndome las tripas con ese inciso innecesario y falso que le ha dado por incluir al hablar de ellos dos.

—Di mejor que tú has hablado de ella —replica Sergio con una sonrisa sarcástica.

—Bueno, como sea, hemos hablado de ti —continúa ella—. Le decía, que es cierto que siempre que te he visto ha sido sola. El resto de los huéspedes son familias o parejas, así que le he propuesto invitarte a cenar con nosotros el día de fin de año, si tú no tienes planes con tu amigo, claro.

—Aahh... Yo... Te lo agradezco mucho, Carolina, pero no quiero irrumpir en una cena familiar como esa —digo sin saber qué otra excusa poner, pues ciertamente estaré sola, y no puedo decir otra cosa.

—No irrumpes en nada, Eva —replica—, nos cuesta muy poco añadir una silla a la mesa, estoy segura de que a nuestras familias no les importará. Al único al que he tenido que insistir ha sido a mi marido, que no parecía estar muy de acuerdo, ¿no es así? —inquire mirándole con cierto desdén.

—No es que no me parezca bien, es que lo mismo ella no quiere, o tiene planes —dice hablando como si yo no estuviese presente.

—Pues por lo que me ha dicho, planes no tiene —dice sonriendo cuando el camarero comienza a dejar nuestros platos en la mesa—, así que esa excusa no me la puede poner. Pero si prefiere cenar sola, lo respetaré, aunque estaría

muy feo despreciar la invitación de mi marido y mía —dice haciendo pucheros y repitiendo ese inciso de nuevo, yo resoplo por lo bajo, pero Sergio lo nota y carraspea.

—Está bien, no quiero ser maleducada, gracias por la invitación —acepto finalmente resignada.

—No se hable más entonces, mi marido y yo...

—¡Basta, Carolina! —dice Sergio levantando la voz y dándonos un susto a todas.

—¿Qu... qué pasa? —inquiérese ella con los ojos muy abiertos.

—¿Tienes que decir todo el tiempo eso de «mi marido y yo»? No estamos casados, no has querido casarte conmigo desde que te quedaste embarazada, y desde que hablas con Eva no dejas de incluir ese inciso en tus comentarios.

—No es nada malo decir eso, hace mucho que estamos juntos y tenemos una hija, es como si estuviésemos casados —responde ella con sorna.

—No, no es como si lo estuviésemos —replica él muy serio. Yo agacho la mirada sin saber dónde meterme.

—Pues puede que lo estemos pronto...

—¿Sabes qué te digo? —dice Sergio levantándose de la mesa malhumorado—. Que ahora soy yo el que no quiere casarse contigo —añade antes de marcharse de la mesa.

Carolina se queda sin habla, con la boca abierta de par en par y mirando como Sergio se marcha del comedor. Cuando ya no podemos verlo, se vuelve hacia la mesa y me mira con la cara descompuesta.

—Perdónale por ese espectáculo —dice como si la culpa del enfado de Sergio no fuese con ella—. El hotel le estresa mucho.

—Supongo... —contesto sin saber qué más decir y cojo la copa de vino para mojar un poco mi boca, con todo esto se me ha quedado seca.

—Seguro que pasar un rato en el despacho le calma y regresa como nuevo, últimamente es lo único que le quita el estrés —comenta dando un bocado a su filete—. Incluso por las noches, que le cuesta dormir, se marcha allí un rato y cuando regresa a la cama se queda frito enseguida.

Ese último comentario hace que por poco me atragante con el líquido y comienzo a toser y escupir el vino. Me llevo la servilleta a la boca y un

camarero viene corriendo y preguntándome si estoy bien. Le hago señales con la mano indicándole que no pasa nada y cojo aire mientras me llevo la mano al pecho.

—¿Estás bien? —inquire Carolina mirándome preocupada.

—Sí, estoy bien, solo ha sido un ataque de tos, gracias —digo levantándome de la silla y mirando mi blusa—. Me he puesto perdida... Te agradezco mucho la invitación, pero creo que voy a marcharme a mi habitación.

—Ah... Por supuesto, disculpa de nuevo por todo. —Se levanta educadamente para despedirse y yo levanto mi mano diciéndole adiós también a la niña.

Me dirijo a mi habitación dando vueltas a la reacción que ha tenido Sergio con los comentarios de Carolina. Estaba claro que lo hacía con intención de marcar su territorio, como se suele decir cuando alguien quiere dejar clara la propiedad de algo. Pero tampoco era necesario que lo repitiera en cada ocasión en la que se refería a ellos dos.

Lo que no esperaba es que Sergio le dijera esas cosas delante de mí, y mucho menos, que le soltara de esa forma que ya no quiere casarse con ella. ¿Será eso cierto o lo ha dicho por el calor de la discusión? Y si es cierto, ¿ya no quiere casarse por mí o simplemente porque ya no le apetece ante tanta negativa de ella?

Mientras pienso sobre ello llego a mi habitación y entro distraídamente, desabrocho la blusa y me meto en el baño para intentar quitarle las manchas de vino. Lleno el lavamanos y sumerjo la prenda en el agua, pero lo único que consigo con eso es que se tiña toda del mismo tono y la blusa acabe más sucia todavía.

—Mierda... me encanta esta blusa...

—Te pagaré la tintorería —dice Sergio desde atrás sobresaltándome y haciendo que dé un brinco—. Lo siento —añade al ver el susto que me ha dado.

—¿Estás bien? —le pregunto acercándome y dándole un abrazo.

—Sí... Es que me ha cabreado mucho que te hablase así, no tenía por qué hacer ese puto comentario continuamente.

—No pasa nada —respondo quitándole importancia.

—Claro que sí, me he dado cuenta de cómo te molestaba que dijera que soy su marido. —Se aparta un poco de mí para poder mirarme y acaricia mi mejilla—. No lo soy, y no lo seré, así que no debe mentir de ese modo.

—¿Entonces es cierto que ya no quieres casarte con ella? —inquiero sin poder reprimir una sonrisa.

—No, ya no quiero... —responde negando además con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque sería un error, porque hacerlo me separaría de ti, porque te amo y no quiero perderte —enumera unas cuantas de sus razones.

—¿Entonces, vas a...?

Sergio me besa en ese momento sin dejar que termine de formular la pregunta que quería hacerle, la más importante para mí y la que espero que me responda pronto.

Capítulo 34

Abro los ojos en cuanto el primer rayo de luz entra en la habitación e ilumina mi rostro. Me doy la vuelta sobre la cama y le doy la espalda a la ventana, cogiendo la almohada y las sábanas y tapándome con ellas la cabeza. Ese gesto hace llegar a mis fosas nasales el olor de Sergio, impregnado en ellas desde anoche, cuando volvió a mi cama, buscándome como casi cada noche.

Sonrío e inspiro, llenándome los pulmones de ese aire que me llega cargado de su perfume, del olor de su cuerpo y del mío entremezclados, del olor a sexo, que ha calado en ellas. Si no fuera porque quedaría como una guarra, pediría al servicio de habitaciones que no cambiaran nunca estas sábanas hasta que me marche.

Miro el reloj de mi muñeca y compruebo que no son más de las nueve de la mañana. Hoy he dormido demasiado, pero es lógico que esté cansada cuando por las noches me duermo tan tarde con las visitas de Sergio y luego madrugo para desayunar en el comedor, desde hace unos días, sentada a la mesa de Sergio y su familia.

No es algo que me haga especial ilusión, pues aunque Carolina ha medido sus palabras desde el otro día en el que Sergio le llamó la atención, continúa teniendo un comportamiento algo irritante hacia mí, por más que intente disimularlo con esas sonrisas falsas que me dedica. Tanto él como yo lo hemos notado.

Anoche no quise ponerme ninguna alarma para bajar a desayunar, y le pedí a Sergio antes de marcharse, que tampoco me enviase el desayuno a la habitación como ha hecho otras veces al ver que no había bajado. Quería dormir y descansar todo lo que pudiese, pues esta noche es la última del año, y quiero estar fresca durante la cena y la fiesta.

Al ver que mis pensamientos ya no van a dejar que duerma un poco más, me levanto y me doy una ducha rápida. Me visto y bajo a la cafetería del hotel a desayunar algo, siempre pendiente de todos los rincones, por si veo a Sergio aunque sea de pasada.

Me siento en una mesa y pido lo que quiero a la camarera que se acerca a tomarme nota. Desayuno tranquilamente, y al terminar, me dirijo al mostrador donde la misma chica que me ha servido atiende a otro cliente en la caja.

—¿Cuánto te debo? —pregunto a la muchacha cuando llega mi turno.

—Lo cargaré a su habitación, señora —responde con una sonrisa.

—Prefiero pagarlo al momento, ¿cuánto es? —insisto.

—Lo siento, señora, pero no puedo cobrarle...

—¿Que no puedes cobrarme? ¿Por qué? —inquiero mirándola extrañada.

—Es que... Tengo instrucciones del señor Álvarez referente a sus consumiciones... —dice bajando un poco la voz y con algo de apuro.

—La madre que lo parió... —susurro mirando a mi alrededor por si le veo, pero no está—. De acuerdo, entonces quiero que cojas esto, es una propina para ti —añado extendiendo mi brazo y dejando un billete de cinco euros en el mostrador.

—No puedo aceptarlo, pero gracias.

—Sí, quiero que lo aceptes, ya me encargaré yo de hablar con el señor Álvarez y le informaré de que he insistido en ello.

—Eemm... Pues, muchas gracias, señora.

—De nada, bonita —digo sonriendo a la muchacha, pues aunque me ha fastidiado que Sergio le dé órdenes de no cobrarme, ella no tiene ninguna culpa.

Salgo de allí y me acerco por el comedor, donde imagino que debe andar con la organización de la cena de esta noche. Cuando llego hasta las puertas e intento acceder a él, me encuentro con que están cerradas. Me acerco a las pequeñas ventanillas redondas que adornan las puertas y miro al interior, buscando a Sergio con la mirada.

—Eva —escucho la voz de Carolina detrás de mí. Resoplo y ruedo los ojos, no me gusta nada cruzarme con ella.

—Hola, Carolina —saludo dándome la vuelta.

—¿Buscas algo o a alguien? —pregunta mirándome extrañada.

—Ah... No, no, tan solo estoy cotilleando un poco, me puede la curiosidad de ver la decoración de esta noche —digo riendo nerviosa.

—Ah, bueno, eso podemos arreglarlo —se acerca a la puerta y golpea en ella varias veces. Un empleado se asoma por una de las ventanillas, y al ver quién es la persona que espera, abre sin preguntar—. Gracias... eh...

—Fermín —responde el chico con cara de haberle repetido el nombre en más de una ocasión.

—Eso, gracias, Fermín —contesta pasando al comedor y haciéndome una señal para que vaya con ella.

Sigo a Carolina de cerca, mirando las mesas juntos a las que paso y observando a los empleados colocar los cubiertos para la comida. También puedo ver a una mujer algo más mayor que nosotras, la cual recuerdo haber visto en la mesa de Sergio el día de nochebuena, dedicándose a añadir decoraciones al árbol de navidad que hay colocado al lado del escenario. Un hombre, más o menos de la misma edad que la mujer del abeto, habla con Sergio cerca de allí.

—Carolina, tu madre andaba buscándote —dice Sergio en cuanto ella se acerca.

—Voy enseguida, Eva quiere ver cómo van las decoraciones de la cena — me señala marchándose después y haciendo que entre en el campo de visión de él, que sonrío casi al instante, recomponiéndose enseguida con un carraspeo y devolviendo la seriedad que tenía su rostro antes de verme.

—Sin problema, de paso te presentaré a mis padres —apunta llamando con la mano a la mujer que ahora está mirándonos junto al árbol de navidad y pidiéndole que se acerque a nosotros—. Mamá, papá, ella es Eva, la mujer que nos acompañará en la cena de esta noche.

—Encantada, Eva, yo soy Laura. —Extiende la mano a modo de saludo y yo la estrecho—. Y él es Carlos —estrecho también la que me tiende el hombre.

—Lo mismo digo, es un placer. —Me quedo con las manos cruzadas delante, esperando con algo de apuro.

—Mamá, ¿puedes enseñar a Eva cómo van los preparativos? —le pide mientras me guiña un ojo a mí.

—Claro, hijo, vamos cariño, te enseño cómo van las cosas por aquí.

Sigo a la madre de Sergio por el comedor mientras me va mostrando algunas cajas con decoraciones que aún no se han colocado; campanas, las servilletas para las mesas, los cotillones que se repartirán para cada comensal y algunas cosas más. Nos acercamos al árbol de navidad y señala una caja con más decoraciones.

—¿Quieres ayudarme? —propone cogiéndola y acercándola a mis manos.

—Por supuesto, será un placer colaborar con todo esto —indico mirando el gran árbol.

—Gracias, Eva —dice sonriente.

—No tiene por qué darlas, señora, no me cuesta nada hacerlo.

—Llámame Laura, por favor —me pide sin dejar de sonreír—. Carolina no tiene especial entusiasmo por echar una mano con todo esto. Desde que han empezado las fiestas, no ha tocado ni una sola caja —explica con cara de resignación.

—A mí me gusta la navidad, y poder participar en dejar el comedor preparado para esta noche es todo un placer —comento empezando a poner adornos en el árbol, aunque ya está colocado desde que llegué al hotel y esto tan solo es añadirle más cosas.

—A ella no le gusta tanto —apunta pasándome una estrella dorada y señalándome la parte superior del árbol—. ¿Quieres hacer los honores este año?

—Oh, no quiero quitarle a nadie esa tarea, si tenéis alguna tradición no quiero ser yo quien la rompa —digo negando con la cabeza enérgicamente.

—Tranquila, no somos tan tradicionales en ese aspecto —responde riendo—. Sergio, hijo, ¿quieres ayudar a Eva a colocar la estrella en lo alto del árbol?

—Claro, mamá —contesta enseguida dedicándome una sonrisa que me hace enrojecer. Deja lo que llevaba en las manos y se acerca a mí—. Sujétate —me dice cogiéndome de la cintura, yo me agarro a su brazo con el que tengo libre, y al levantarme coloco lo más rápido que puedo el adorno.

—¡Ya está! —grito cuando la estrella está en su sitio. Sergio me baja y me deposita en el suelo con cuidado.

—Gracias... —digo mirándole y poniéndome roja de nuevo.

—No hay de qué —responde con esa sonrisa que me vuelve loca, me guiña de nuevo el ojo y vuelve a marcharse con su padre.

Me quedo mirándole unos segundos sin poder evitarlo, fijándome en su trasero mientras camina de espaldas a mí y luego en su rostro cuando toma su posición y vuelvo a tenerlo de frente. Es tremendamente guapo y sexy, pasaría horas solo observándole hablar y moverse de aquí para allá.

—Ejem... —carraspea Laura a mi espalda—. ¿Continuamos?

—Oh, sí, por supuesto —contesto muerta de la vergüenza, me ha pillado

de pleno embobada con su hijo.

—¿Tienes hijos, Eva?

—Sí, tengo un niño de cinco años.

—¿Casada?

—Divorciada.

—¿No vas a pasar las navidades con tu familia? —inquire haciéndome otra pregunta, parece que me estuviese interrogando.

—Mis padres murieron hace unos cuantos años, no tengo hermanos, ni primos o algo por el estilo. Este año las paso sola —contesto alzando los hombros y frunciendo los labios.

—Eso no es cierto, las pasarás con nosotros —dice guiñándome ahora ella un ojo.

—Gracias —le sonrío sinceramente.

—¿Sabes? Veía a mi hijo más feliz desde hacía unos meses, pero no conseguía entender por qué. Su relación con Carolina no ha hecho más que empeorar y les veo tan distantes que esperaba que eso le hiciera deprimirse —me cuenta casi en susurros—. La semana pasada, conseguí averiguar por qué está así de contento.

—Y... ¿Qué... qué es lo que la llevó a ello? —pregunto con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Pensáis que no me di cuenta de cómo os mirabais en nochebuena? —inquire levantando una ceja—. Vi perfectamente como mi hijo te observaba mientras cenabas con tu amigo, y vi cómo le mirabas tú desde tu mesa.

—Yo... se equivo...

—A mí no intentes engañarme, querida —replica muy seria sin dejarme acabar—. Carolina puede estar ciega y no darse cuenta, pero yo no soy tonta, y no puedes negarme que tú has venido aquí por él —dice señalándome con el dedo.

—¿Pasa algo, mamá? —Sergio nos mira con el ceño fruncido, las dos sonreímos y negamos con la cabeza al mismo tiempo.

—Nada, nada, solo hablamos, hijo.

—Eemm... Vale... —contesta no muy convencido.

—Ven conmigo —dice cogiendo mi brazo y guiándome hasta el otro lado del comedor, abre una caja y empieza a sacar cosas mientras comienza a hablar en voz baja—. Mira, llevo tiempo aconsejando a mi hijo que Carolina y él tomen caminos distintos en lo que se refiere a su relación, pues está claro que con una hija en común, no pueden dejar de verse sin más, pero parece que

le cuesta, y sé que no es porque esté enamorado de ella, sino por la niña.

—No entiendo a dónde quiere llegar, Laura —digo sin saber el porqué de toda esta conversación.

—Tienes un par de ovarios presentándote en el hotel para estar cerca de él aun sabiendo que su pareja está aquí, debes quererle mucho —dice mirándome con una pequeña sonrisa—. Y he visto en su forma de mirarte, que él está loco por ti.

—Yo... Laura, estoy enamorada de su hijo desde hace seis años —le cuento dejándola ojiplática—. Entonces yo estaba casada, conocí a su hijo y me enamoré de él, pero le rompí el corazón cuando me quedé embarazada y decidí quedarme con mi marido, pensando que él podría llegar a ser como Sergio algún día.

—No sabía nada, Sergio nunca me ha contado ese episodio de su vida —dice mirando a Sergio desde nuestra posición.

—No he podido olvidarle desde entonces, y cuando volví a buscarle hace unos meses, él tenía pareja y una hija...

—¡Oh! ¡Es por ti que le puso ese nombre a la niña! —exclama empezando a atar cabos.

—Eso me dijo después —contesto sin poder reprimir una sonrisa.

—Él tampoco ha podido sacarte de su corazón...

—Es lo que me dice, pero por más que hago para que termine de decidir si quedarse con Carolina o conmigo, no consigo nada... —me lamento.

—Oh, niña, créeme que sí lo consigues —dice dejándome descolocada—. Carolina no hace más que quejarse cuando estamos las mujeres a solas, dice que hace tiempo que no la toca, que está harta de verlo llegar de su despacho cada noche —dice haciendo comillas con los dedos al decir «su despacho» y mirándome con picardía— y quedarse dormido al instante. Si no toma él la decisión pronto, será ella la que le deje.

Me quedo allí pensando en todo lo que Laura me ha dicho, mirando a Sergio desde la distancia mientras hago como que ayudo a su madre. Él nos mira de vez en cuando, interrogándome con la mirada cuando su madre no nos está viendo. Yo solo le sonrío y sigo dando vueltas al asunto, tengo que hacer algo que convenza a Sergio de que tiene que quedarse conmigo, y tiene que ser esta noche.

Capítulo 35

Comienzo a arreglarme cuando falta una hora para la cena. Me doy una ducha, seco bien mi pelo y lo recojo en un moño, que es el único peinado que sé hacerme sin quedar como si acabase de pelearme con un gato. Luego me maquillo y me pongo un poco de perfume.

Me siento en la cama y saco el liguero del cajón, me pongo las medias y me coloco la prenda. Voy al armario y saco con cuidado el vestido, la ropa interior y los zapatos que tenía reservado para esta noche; ese conjunto rojo que él mismo me regaló hace seis años y con el que me llevó a cenar por primera vez.

Espero que lo recuerde y que le guste este detalle, pues no he vuelto a ponerme ninguna de estas prendas desde entonces, lo tenía todo guardado como un tesoro y será la segunda vez que me lo ponga para él. Hago lo propio con el conjunto de lencería y luego ajusto el vestido a mi cuerpo, poniéndome a continuación los zapatos.

A falta de quince minutos salgo al pasillo y cierro la puerta tras de mí. Tomo el ascensor y llego al comedor, donde muchas de las mesas ya están ocupadas. Camino hacia la de la familia de Sergio, donde enseguida me reciben sus padres con un abrazo, los padres de Carolina me saludan desde su sitio, y ella, me sonrío con esa mueca falsa que suele dedicarme.

Laura comienza a hablar conmigo, elogia mi atuendo y se dedica a contarme cosas sobre su familia, manteniendo una conversación amena y divertida conmigo, en la que participa también su marido, Carlos. Durante veinte minutos más esperamos la llegada de Sergio, al que he echado de menos desde que he entrado en el comedor y no he visto sentado a la mesa.

Cuando veo que Sergio entra en el comedor, sonrío y espero nerviosa su llegada, retorciendo las manos sobre mi regazo, impaciente porque me mire y ver su reacción. Conforme se va acercando a la mesa, su familia se levanta y recibe los saludos que él va repartiendo, besos a las mujeres y un breve abrazo a los hombres.

Como es lógico, saludarme a mí lo deja para lo último, pero cuando fija su vista en mí, sus ojos se abren con la sorpresa, me mira de arriba abajo y su nuez se mueve al tragar saliva. Se acerca y deposita dos besos en mis mejillas, rozando casi imperceptiblemente mi brazo y erizando mi piel.

—Estás perfecta, tanto como aquel día —susurra en mi oído antes de apartarse.

—Gracias —susurro yo también, poniéndome roja y bajando la mirada.

Sergio toma asiento y la cena comienza, conversamos y reímos, pero sobre todo, me hacen preguntas. Acepto con gusto responder a todas ellas, comprendiendo que soy una completa desconocida para todos y quieren saber más de mí. Sergio pide en varias ocasiones que censen el interrogatorio, pero yo le quito importancia y contesto a todo lo que me preguntan.

Al llegar las once y media, los camareros comienzan a recoger rápidamente los platos y nos dejan sobre la mesa los cotillones y las copas de champán, llenas con las doce uvas. Casi todos los huéspedes empiezan a colocarse los gorritos, las máscaras y los collares mientras ríen y se hacen fotografías.

Sin embargo, la familia de Sergio no parece muy animada a hacerlo y mantienen las bolsas del cotillón cerradas delante de ellos. Los miro uno a uno, dudando por un momento en si abrir el mío, pero cuando veo la expresión de resignación de Laura, comprendo que ella sí quiere ponérselo, pero no lo hace porque sería la única de la mesa que abriría su paquete.

No dudo más y abro el mío, me pongo la máscara, me coloco el gorro y paso el collar por mi cuello. Los padres de Carolina, Antonio e Isabel, me miran con una ceja levantada como si estuviese loca, Sergio se da cuenta y me mira con una sonrisa, y Laura comienza a sacar de su paquete los adornos y se los pone.

Sergio la mira y su sonrisa se amplía, abre su paquete y empieza a ponerse también los adornos. Carolina lo mira espantada y tira de su brazo para llamar su atención, cuando él se gira, le interroga con la mirada antes de abrir la boca para quejarse.

—¿Qué haces? Eres el dueño del hotel, todo el mundo va a mirarte —dice como si estuviese quedándose en pelotas.

—¿Y qué? Es nochevieja, Carolina, sé algo divertida aunque sea una vez al año —responde dejándola con la boca abierta sin saber qué responder.

—Eva, gracias por aceptar la invitación de Carolina y unirte a la cena, ha sido muy divertida este año —dice Laura extendiendo la mano y sujetando la mía con cariño.

—Gracias, para mí también ha sido un placer acompañarles.

—Sergio, podrías invitarla también el año que viene —comenta su padre.

—Eso, pídele que se quede en la familia, sería una pena que pase sola estas fiestas, o cualquier otra —añade su madre guiñándole un ojo.

—Yo... Bueno, yo... Si ella quiere...

—¡Oh! Por supuesto que quiere —dice sin dejar de sonreír. A Carolina parece que va salirle humo por las orejas mientras la escucha.

—Yo no quiero...

—Tú te callas, que sé que le has cogido mucho cariño a este hotel — replica moviendo las cejas y haciendo que me ponga más roja que un tomate.

—¡Mamá, por favor! —dice tapándose la cara, también muerto de la vergüenza.

—¿Me estoy perdiendo algo? —inquire Carolina mirándonos de uno en uno.

El volumen de la televisión aumenta en ese momento, rompiendo la conversación y llamando nuestra atención, cuando los presentadores de la retransmisión de las campanadas, anuncian el comienzo de la cuenta atrás. Todos cogemos nuestras respectivas copas, preparándonos para el momento cumbre de la noche.

Comienzan a sonar los cuartos, y seguidamente, las campanadas, 1 ..., 2 ..., 3 ... Vamos tomando las uvas al ritmo de las campanadas. 6 ..., 7 ..., 8 ... Miro a Laura, que está frente a mí, y me guiña el ojo, haciéndome después un gesto con la cabeza y señalándome a su hijo. 10 ..., 11 ..., 12 ... La gente comienza a vitorear y darse besos a nuestro alrededor.

En la mesa empiezan a felicitarse y darse besos, los padres de Carolina se dan dos besos en las mejillas, los de Sergio, se miran con cariño y se besan en la boca, Carolina me mira de reojo y luego sujeta a Sergio por la camisa, estampándole un largo beso que resulta demasiado para mí. Las lágrimas se me escapan y aparto la mirada.

—¿Estás bien, Eva? —inquire Laura mirándome preocupada.

—Disculpadme, es el primer año que paso sin mi hijo y me he emocionado —digo secando mis lágrimas y respirando profundamente—. Saldré a tomar el aire un momento.

Salgo del comedor y del hotel, camino unos metros y me resguardo del

frio entre los setos, escondiéndome de paso del mundo. Respiro hondo y suelto el aire en un jadeo lastimero, tapando mi rostro con las manos. Un par de minutos después, unas manos sujetan mis muñecas y apartan las manos de mi rostro.

—Siento que no hayas podido pasar las fiestas con tu hijo —dice Sergio.

—Eres idiota —contesto muy seria, él frunce el ceño sin entenderme—. No estoy así por eso. Claro que he echado de menos a Samuel, pero no lloro por él.

—¿Entonces? —inquire, aún sin comprender.

—Creo que todos se han dado cuenta de lo que me pasa menos tú, Sergio. Hasta tu madre ha visto mi cara cuando Carolina te ha besado así delante de mí.

—Lo siento... No me he dado cuenta, siento que hayas tenido que verlo...

—Ya... Tranquilo, entiendo perfectamente que sea a ella a quien debes besar así y no a mí. Total, yo no soy...

Sergio me besa en ese momento, metiendo la lengua en mi boca y mordisqueando mi labio inferior. Empuja mi cuerpo con el suyo hasta que chocamos contra la pared del edificio y sujeta mis caderas con sus manos, atrayéndome más hacia él. Acaricia mi culo y lo aprieta, baja las manos y levanta mi falda, repitiendo esa acción, esta vez piel con piel.

—Tú eres todo para mí, Eva —me dice apoyando la frente sobre la mía—. Y que sepas, que a ella hace mucho tiempo que no la beso como te beso a ti.

Se separa de mí y se da la vuelta, caminando hacia la entrada del hotel y dejándome allí, jadeando y respirando con dificultad tras ese apasionado beso. Llevo mi mano a los labios, tocándolos y sintiendo el calor de los suyos, todavía latente en ellos. Me recoloco el vestido y paso mis manos por el pelo, colocando algún mechón que se ha escapado.

Entro de nuevo al edificio y camino hasta el baño de la planta baja, repaso mi maquillaje y respiro profundamente antes de volver a salir y enfrentarme a lo que me queda de noche con Sergio y su familia. Mientras camino hacia el comedor, escucho como Sergio comienza a hablar por el micrófono.

—Buenas noches, señoras y señores, muchas gracias por acompañarnos un año más en esta fecha tan señalada y por confiar en nosotros para celebrar esta noche tan especial del año —agradece a los huéspedes—. Quiero anunciar, que este año tenemos organizado un karaoke para el disfrute y diversión de todos. Anímense a participar y suban al escenario, encontrarán el catálogo de canciones junto a él. Feliz año nuevo a todos.

La gente aplaude y Sergio baja del escenario para unirse de nuevo a su familia. Le observo mientras abraza a su madre y le da un beso en la mejilla, luego hace lo mismo con su padre, el cual le da a continuación un apretón en el brazo y unas palmadas en la espalda.

Me quedo parada en la puerta mientras veo esa bonita escena, sonrío y desvío la mirada al escenario, donde el primer huésped se anima a subir y cantar una canción de Melendi. Sus amigos le animan y la gente le aplaude al terminar, pues ciertamente cantaba muy bien.

En ese momento se me ocurre una idea y no dudo un instante en acercarme hasta el escenario, buscando el catálogo de canciones que Sergio a mencionado. Lo abro y las ojeo todas, buscando una que me llame la atención. No tardo mucho en encontrar la perfecta y sonrío de oreja a oreja.

Me acerco al encargado de poner las canciones y le indico cuál es la que he elegido, asiente y me indica que puedo subir cuando quiera. Vuelvo a tomar aire y lo suelto de golpe antes de empezar a avanzar por los cuatro peldaños que dan acceso al escenario. Algunos de los huéspedes se dan cuenta y esperan observándome atentos a que comience.

Cuando la melodía de «¿Sabes?», de Alex Ubago, comienza a sonar por los altavoces, Sergio aparta la mirada de Carolina, con la que hablaba en ese momento, y la clava en mí, que le observo desde allí arriba con el corazón latiendo desbocado.

«¿Sabes?, vida mía
Que cuando cae el sol, y se apaga el día
La luna brilla pura y limpia
Pues tú la iluminas con tu amor
Con tu belleza y con tu olor
Con tu cariño, tu alegría y con tu voz...»

Empiezo a cantar y el resto de huéspedes callan para escucharme. Yo intento no quedarme prendida de sus ojos, que se han iluminado y me observan casi sin pestañear. De vez en cuando aparto de él la mirada, pues no puedo dejar que mis gestos y miradas delaten lo que siento, pues tanto Carolina como su familia están también observándome.

Sé que él sabe perfectamente que esta canción es para él, pues él mismo me la cantó a mí hace seis años. Continúo cantando, mirándole de vez en cuando y viendo como su rostro y sus ojos me gritan desde la distancia que me ama. Sonríó en algún momento, pues estoy feliz por su expresión al escucharme, que me indica que este gesto le ha gustado.

«Y sin dudarlo ni un momento, te confieso
que te quiero.
Sin dudarlo ni un momento...»

Cuando la canción termina, la gente aplaude al igual que con el anterior huésped, yo doy las gracias y bajo del escenario. Sin esperar nada más, salgo del comedor y me voy directamente a mi habitación, pues creo que ya no puedo hacer más esta noche para que Sergio abra por fin los ojos.

Llego y empiezo a quitarme el vestido, los zapatos y el maquillaje, deshago el moño y masajeo el cuero cabelludo aliviando la tensión que había provocado el peinado tan apretado. Salgo del baño y escucho dos golpes en la puerta, me dirijo a ella extrañada y abro despacio, tapando mi cuerpo semidesnudo con ella.

Sergio empuja la madera y entra en la habitación, cerrándola como una exhalación antes de, literalmente, lanzarse contra mi cuerpo y atraparme con el suyo contra la pared. Coge mis manos y las levanta por encima de mi cabeza, las sujeta con una y lleva la otra a mi espalda, por la que descende acariciando mi piel y colándose bajo mis bragas.

—Te elijo a ti, Eva —dice al tiempo que aprieta mi culo y pega mi cuerpo al suyo, clavando su erección en mi pelvis—. Tú eres la mujer con quien quiero pasar el resto de mi vida, mi amor. Tú eres la única a la que amo, solo dame tiempo para hacer esto de forma correcta —me pide antes de atrapar mis labios entre sus dientes.

Capítulo 36

Han pasado tres meses desde que salí del hotel y volví a mi rutina diaria. Pasé el resto de las vacaciones de navidad con Samuel, ya que gracias a la comprensión de Julia y Pedro, me tomé lo que quedaba de nuevo libre. Estaba tan centrada en hacer lo que hiciera falta por conseguir que Sergio se quedara conmigo, que no pensé en que tendría que quedarme en casa el tiempo que me tocaba pasar con mi hijo.

Al llegar hoy a la oficina, me encuentro una sorpresa estupenda, pues mis jefes se han acordado de que hoy es mi cumpleaños y me esperan con una pequeña tarta, una bolsa de regalo y un globo con la cifra de la edad que cumplo este año flotando por encima de sus cabezas.

—¡Felicidades! —gritan al unísono en cuanto cruzo las puertas de la agencia.

—Muchas gracias, no teníais por qué hacerlo —digo dándoles un abrazo a cada uno.

—¿Por qué clase de jefes nos tomas? Claro que teníamos que hacerlo, eres nuestra amiga más que una empleada.

—Gracias de nuevo. Oohh... Me encanta el chocolate negro —digo mientras me relamo al ver esa deliciosa tarta.

—Vamos, pide un deseo y sopla las velas —pide Pedro acercando un poco más la tarta hacia mí.

Cierro los ojos y formulo el deseo en mi mente, sonrío por mi ocurrencia y soplo las velas, luego meto un dedo en la tarta y me lo llevo a la boca, saboreando la deliciosa cobertura que le han puesto al pastel.

—Eres una cochina —me regaña Julia antes de arrebatarle la tarta a Pedro de las manos y empezar a cortarla en trocitos—. Este trozo estropeado para ti.

—No lo he podido evitar, lo siento —digo entre risas, cojo la cucharilla que me tiende Pedro y empiezo a comerme mi porción.

—Toma, es tu regalo de cumpleaños. —Julia me tiende la bolsa sonriente.

—Muchas gracias —abro la bolsa y saco el regalo, empiezo a

desempaquetar y me encuentro con la caja de un teléfono móvil nuevo—. Oh, vaya, muchas gracias.

—De nada, nos hemos dado cuenta del cacharro que llevas por móvil y hemos pensado que te iría bien renovarte un poco —apunta Pedro.

—Sí, esperamos que te guste —añade Julia, que me da otro abrazo—. Ahora, a trabajar.

—Por supuesto, pero... me llevo esto —digo cogiendo la tarta de la mesa de mi jefa y llevándomela al despacho—. Ya quemaré todas estas calorías en el gimnasio —digo con una gran sonrisa de niña buena antes de cerrar la puerta.

Dejo la tarta sobre mi escritorio y cuelgo el bolso en el perchero, me quito la chaqueta y la dejo en el mismo lugar. Me siento en mi silla y saco el móvil de mi bolsillo, abro el WhatsApp y el chat con Sergio, no hay mensajes aunque se ha conectado hace un rato. ¿Pensará en mí tanto como yo?

Las horas se suceden una tras otra, la hora del almuerzo la aprovecho para charlar un rato con Raquel y luego vuelvo a mi puesto a terminar mi jornada de trabajo. Se me pasa el día más lento de lo habitual, cosa que me pone bastante de los nervios, hoy tengo ganas de salir.

Cuando por fin llego a casa, me preparo algo de comer y luego me voy al gimnasio, como hago regularmente. No he dejado de acudir, no obstante, ya no lo hago todos los días, pero me gusta pasar al menos tres días por semana y hacer un poco de deporte, para mantenerme en forma.

Saludo a Lucas, que me recibe con un abrazo como hace siempre que nos vemos. Hemos forjado una buena amistad, y el rato que paso en el gimnasio es el único que nos vemos, aunque él me ha propuesto en varias ocasiones salir a tomar algo a solas y yo me he negado educadamente.

—¿Sabes de lo que me he enterado? —comenta apoyándose en la cinta en la que yo corro, niego con la cabeza a su pregunta—. Pues he oído por ahí que Daniel y Raquel están pensando en irse a vivir juntos.

—Imposible, ella me lo habría dicho —respondo negando con la cabeza y sin dejar de correr.

—A lo mejor no te lo cuenta todo...

—Siempre me lo cuenta todo —contesto remarcando el «siempre».

—Puede que no lo tengan del todo claro, y por eso no te ha dicho nada.

—Podría ser...

—¿Cómo te va a ti? —inquire mirándome casi de reojo.

—Sé que me preguntas eso cada día esperando a que te diga en algún momento que no me van bien las cosas, para poder lanzarte a por mí —digo entre risas.

—¡Oh, vamos! ¿Tan malo crees que soy? —responde cruzándose de brazos y una falsa cara de ofendido—. Yo solo quiero que seas feliz... Aunque preferiría que fuese conmigo... —añade esto último en voz baja a propósito mientras se ríe.

—Soy feliz, gracias por preocuparte —contesto riendo yo también, me bajo de la cinta y seco el sudor de mi frente con la toalla de mano—. No me has felicitado por mi cumpleaños —comento poniendo morritos.

—¿Es hoy? —Yo asiento con la cabeza—. Felicidades entonces, ¿ya te han hecho algún regalo?

—Un móvil nuevo —contesto sonriente.

—Un buen regalo, sí señor.

Conversamos un rato más mientras hago el resto de mis ejercicios y me despido de él hasta la semana que viene, pues hoy ya es viernes. Al salir del gimnasio, saco el móvil del bolso y leo unos mensajes nuevos; son de Mario y de Raquel, felicitándome los dos y con las disculpas de ella por haberse olvidado esta mañana.

Vuelvo a mirar el chat de Sergio, que ha vuelto a conectarse, pero sigo sin tener noticias de él, dudo en escribirle, pero no quiero molestarle. Me vuelvo a casa con los cascos puestos, andando tranquilamente. Paro en el supermercado a comprar algo para la cena y comienzo a guardarlo todo en cuanto llego.

Sin saber qué más hacer hasta la noche, me voy al comedor y me tumbo en el sofá, enciendo la televisión y dejo puesta un canal de cine, pero estoy algo cansada y me quedo dormida justo cuando empieza la película.

Me despierto un rato después con el cosquilleo de algo que toca mi nariz, llevo mi mano hasta ella y la froto aliviando el picorcito que me ha dejado ese leve roce. Segundos más tarde, el mismo roce hace que inspire por la nariz, llevándome en el proceso un olor a flores frescas que no sé de donde viene.

Abro los ojos despacio y me encuentro a Sergio sonriendo, arrodillado delante de mí, mientras sujeta un ramo de flores de varios colores. Sonrío y cojo el ramo, lo llevo a mi nariz y aspiro de nuevo el aroma, él se acerca y me da un beso en los labios.

—Hola, preciosa —dice acariciando mi rostro.

—Hola, mi amor.

—¿Estabas cansada?

—Más bien aburrida, te estaba esperando —indico mientras me incorporo y me siento, haciéndole un hueco a mi lado en el sofá.

—Siento no haberte escrito en todo el día, he tenido mucho trabajo en el hotel hoy.

—Tranquilo, aunque no lo creas, puedo sobrevivir unas horas sin ti —me río.

—Lo sé, mi vida, has pasado sin mi demasiado tiempo y sé lo que puedes llegar a aguantar. —Me mira con gesto triste.

—No te pongas así, ahora ya estamos juntos, el pasado no importa, solo los días que vienen por delante. —Me acerco a él y le doy un tierno beso en los labios.

—Y no dudes de que todos ellos haré que cada día de espera te haya merecido la pena —responde sujetando mi cintura para acercarme más a él.

—Lo sé, ya lo estás haciendo desde que apareciste por esa puerta para no volver a marcharte.

—No me marcharé nunca más —contesta besándome de nuevo y repitiendo así las palabras que me dijo el día en que llegó a casa con una maleta en la mano.

Ese día no pude dejar de sonreír hasta que caí rendida en la cama después de hacer el amor. Se presentó por sorpresa tres semanas después de marcharme del hotel, entró estrechándome entre sus brazos con fuerza y me anunció que Carolina y él ya no estaban juntos, que la había dejado para estar conmigo, tal y como me prometió que haría la noche de fin de año.

Desde entonces no ha salido de este piso para nada más que ir al trabajo y cada tarde regresa a mi lado. Ahora sí que soy la mujer más feliz de la tierra, porque los días de soledad y agonía esperando que pudiese regalarme tan solo unas horas de su tiempo, terminaron por fin.

—Voy a poner esas flores en un jarrón, tú ve a arreglarte, que vamos a salir.

—¿A dónde? —inquiero levantándome también y siguiéndole por el pasillo.

—Es una sorpresa.

—¿Pero vamos a tardar? La cena tarda en hacerse y...

—Tranquila, tú arréglate, ponte gua... Bueno, tú estás preciosa siempre, pero ponte algo bonito. —Pasa por mi lado y me da una palmada en el trasero.

—De acuerdo... —digo sonriendo, no hay día que no me diga lo preciosa que le parezco.

Me pongo un vestido sin mangas ajustado de falda de tubo color negro y zapatos de tacón a juego. Aliso mi pelo con la plancha, me maquillo solo un poco y me pongo unos pendientes, un colgante y la pulsera que Sergio me regaló en navidad. Salgo y voy en busca de Sergio, que ya me espera en la entrada con un traje puesto, debe haberse vestido mientras estaba arreglándome en el baño.

—Estás perfecta, mi amor —dice tomándome por la cintura y pegando su cuerpo al mío, me besa y sonrío mirando mis labios—. Me encanta que recuerdes no ponerte pintalabios.

—Sería un desperdicio, siempre me lo estropeabas —respondo riendo.

Salimos de casa y Sergio conduce por la ciudad hasta el restaurante en el que cenamos el día en que acudí cubierta solo por la gabardina. Le miro y observo el restaurante, le vuelvo a mirar y me pongo roja como un tomate al recordar ese episodio.

—¿Vamos a cenar aquí?

—Sí, ¿pensabas que te dejaría cocinar el día de tu cumpleaños?

Entramos, y esta vez sí que dejo mi abrigo cuando el hombre del guardarropía me pide la prenda. Nos sentamos en la mesa que Sergio tenía reservada con antelación y revisamos la carta cuando el camarero nos la deja delante. Pedimos la cena y un vino y esperamos conversando a que nos sirvan.

Cenamos tranquilamente, disfrutando esta vez de una velada apacible y sin prisas por salir del local para desfogar nuestra excitación. Al llegar los postres, Sergio se levanta disculpándose y se dirige al guardarropía, donde le pide al empleado su chaqueta. Regresa con ella a la mesa y saca del bolsillo interior un sobre blanco.

—Esto es para ti —dice dejándolo en la mesa y deslizándolo por ella hasta mi lado—. Feliz cumpleaños.

Miro el sobre extrañada, pues no imagino qué es lo que puede haberme regalado que quepa en un sobre. ¿Entradas para un concierto o el teatro? No, abulta mucho para eso... Lo abro impaciente y saco unas cuantas hojas dobladas y grapadas, las despliego y empiezo a leer el contenido.

—Se... Sergio... —Abro mucho los ojos al darme cuenta de lo que significan esos papeles—. Esto... Esto es un contrato de compraventa de mi piso... ¿Te has comprado el piso? —inquiero sin terminar de leer.

—No, te he comprado el piso, es tuyo, solo tienes que firmar ese documento y la venta estará cerrada —responde con una gran sonrisa.

—Esto es demasiado, Sergio, no puedo dejar que te gastes ese dinero —digo negando con la cabeza, es un regalo demasiado caro.

—Eva, quiero que lo aceptes, es mi regalo de cumpleaños, no puedes hacerme ese feo —responde haciendo pucheros.

—Es que no puedo hacerlo, no quiero que te gastes tanto dinero en mí —replico.

—Bueno, si no quieres aceptarlo, de todas formas será tuyo tarde o temprano —dice haciéndome fruncir el ceño—, si aceptas esto otro, claro.

—¿Si acepto el qué? —inquiero nerviosa.

Sergio se levanta de su silla y se coloca a mi lado, saca algo del bolsillo de su chaqueta e inca una rodilla en el suelo.

—¿Quieres casarte conmigo, Eva? —pregunta mientras abre un pequeño estuche y me muestra un precioso anillo de compromiso.

Epílogo

Dos años después...

Sergio corretea por el piso, se coloca los pantalones mientras da saltitos por el pasillo, vistiéndose a toda prisa. Sale y entra del dormitorio, coge el móvil, la mochila que hay preparada en el armario y vuelve a correr por el pasillo dirección a la puerta de entrada. Segundos más tarde aparece de nuevo en la habitación, resoplando y sudando.

—¿Cómo vas? —pregunta desde el otro lado del dormitorio mientras saca unas prendas de los cajones de mi mesilla.

—Bien —contesto tranquilamente.

—¿Cómo puedes estar tan relajada? Date prisa o me veo limpiando el coche a fondo mañana.

—Eres un exagerado —contesto mientras termino de sujetar mi pelo en un moño.

—Cariño, en serio, no me creo que no estés preocupada.

—No lo est... aauuch...

—¿Estás bien? —inquire corriendo a mi lado.

—Sí, estoy bien —contesto tras respirar profundamente durante unos segundos.

—Eva, vámonos, ¡ya! —me apremia cogiéndome del brazo y tirando de mí suavemente.

Salimos al garaje y Sergio corre a abrir las puertas del coche, saca dos toallas de una bolsa y las pone en el asiento del copiloto antes de que yo me siente. Niego con la cabeza y sonrío mientras lo veo correr de nuevo a guardar en el maletero el resto de las cosas que lleva colgadas en los hombros. Luego entra en el coche y arranca, saliendo de allí a toda prisa.

Me agarro al asa que hay sobre la ventanilla y me giro fulminando a Sergio con la mirada, está exagerando la situación una barbaridad. Le doy un golpetazo con la mano en el brazo y él me mira tan solo unos segundos antes de devolver la vista a la calzada.

—¿Quieres ir un poco más despacio? —le pido recolocando mi cinturón para que no me moleste.

—No llegaremos... Ya verás como no llegaremos...

—Sergio, tranquilízate, por favor. No hay nadie a estas horas que atasque el tráfico, nos da tiempo de sobra... aahh...

—Ya... Lo que tú digas —responde apretando un poco más el acelerador al escuchar mi queja.

—El intervalo es de unos diez minutos, por favor, cálmate, pareces primerizo...

—No pienso dejar que des a luz en el coche, tienes que llegar a tiempo para que te atiendan los médicos.

—Y me atenderán los médicos, cariño, no vamos a estropear tu precioso coche, ¿verdad, mis niños? —contesto acariciando mi abultado vientre.

—Eso es lo de menos, sabes que no me preocupa tener que limpiarlo, lo que quiero es que estéis bien —replica tomando mi mano y estrechándola—. No quiero que ninguno de los tres corráis peligro por alguna complicación y estar todavía fuera del hospital.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. —Aprieto también su mano para tranquilizarle.

En quince minutos llegamos al hospital, entramos por las puertas de urgencias y Sergio se dirige al grupo de sillas de ruedas que hay junto a la entrada. Le miro y niego con la cabeza al tiempo que levanto la mano pidiéndole que deje la silla en su sitio. Él resopla y obedece, acercándose al mostrador y llamando a la enfermera que se encuentra tras él.

Nada más anunciar que estoy teniendo contracciones cada diez minutos, más o menos, la enfermera llama a otra compañera y le pide que me lleve a la planta de maternidad, donde empiezan a comprobar que todo esté bien y me hacen una ecografía.

Pasan un par de horas hasta que las contracciones comienzan a ser realmente dolorosas y frecuentes, pero como ya esperaba, la matrona no dará el orden de ponerme la epidural hasta que la dilatación sea de al menos diez centímetros. Yo aguardo en la sala de dilatación con Sergio a mi lado sujetando mi mano.

Intento respirar con tranquilidad y relajarme todo lo posible, pero las contracciones son cada vez más fuertes y me cuesta no soltar alguna lágrima.

Él se acerca y besa mi frente cada vez que acaba una, pasando una toalla por mi frente y secando el sudor que se va acumulando en ella.

Tras la siguiente contracción, siento como un chorro de agua se desliza entre mis piernas, mojando las sábanas de la camilla en la que me encuentro tumbada, con las correas que monitorizan el parto rodeando mi barriga.

—¡Aaahhh! —grito con el intenso dolor que me provoca—. He roto aguas...

—¿Puede venir alguien por favor? —llama Sergio saliendo al pasillo. La matrona y un enfermero aparecen enseguida.

—Ha roto aguas con esta contracción —les informa Sergio en cuanto entran en la sala.

—Vamos a ver, Eva, abre las piernas. —Me pide la mujer, yo hago lo que me pide y ella introduce la mano entre ellas, metiendo luego los dedos en mi vagina para comprobar la dilatación—. Perfecto, Eva, esto está listo, he tocado una cabecita. Te ponemos la epidural enseguida.

—¡Aaggg! —grito de nuevo con una nueva contracción.

La matrona comprueba de nuevo entre mis piernas mientras el enfermero prepara lo necesario para la epidural, pero la cara que pone la mujer incluso antes de haberme tocado, y el gesto que le hace al enfermero cuando este se acerca, me indican que las cosas se han acelerado demasiado.

—Eva, lo siento, pero nos vamos al paritorio sin epidural, está coronando el primero —nos dice mirándonos a ambos con una pequeña sonrisa.

Entre el enfermero, la matrona y otra mujer que se acerca a echar una mano, sacan la cama de la sala de dilatación y me llevan al paritorio, donde me ayudan a cambiar de lugar y colocarme en el potro donde daré a luz a nuestros mellizos. Sergio no se separa de mí en ningún momento y sujeta mi mano.

Durante los siguientes minutos, sigo todas las instrucciones de la matrona mientras me indica cuándo debo empujar y cuándo no. Aguanto estoicamente los dolores, gritando y apretando la mano de Sergio, que se mantiene dándome pequeños besos en la mano, muchos ánimos y repitiéndome continuamente que soy fuerte y que puedo con esto.

Cuando el primer bebé nace, la matrona ofrece al padre de los pequeños cortar el cordón umbilical. Sergio se emociona y se acerca a ella, que le tiende las tijeras para que proceda a hacer el corte. Una vez hecho, la enfermera coge al bebé y lo coloca sobre sus brazos.

El proceso se repite cuando nace el segundo, la enfermera coge al primer bebé y lo coloca en mi pecho ahora que ya no tengo que hacer más esfuerzos. Es entonces cuando Sergio se acerca para cortar el cordón del segundo, y una vez hecho, le entregan el bebé a su padre mientras la matrona termina su trabajo.

—Es preciosa, como su madre —dice Sergio mirando a nuestra hija cuando ya se encuentran los dos en sus camitas, junto a la mía, en la habitación.

—Y guapo, como su padre —digo yo acariciando la mano de nuestro hijo, medio dormida por el cansancio.

—Duerme un poco, cariño, estás agotada —dice cogiendo mi mano izquierda y acariciándola al tiempo que da vueltas a mi alianza de bodas.

—Sí... Cierto, estoy agotada...

—Descansa entonces, mi amor, yo cuidaré de los pequeños. —Se incorpora y me da un beso en los labios—. Te amo, mi vida.

—Yo también te amo.

FIN

SOBRE LA AUTORA

Mi nombre es Verónica Calvo Herrero, tengo 33 años, nací y vivo en Castellón de la Plana. Estoy casada, soy mamá de dos niños de 5 y 3 años y actualmente estoy desempleada.

Hasta hace menos de un año no imaginé llegar a escribir una novela, pues no tengo estudios universitarios, ni siquiera de formación profesional, pero soy una lectora empedernida y en 2017 me decidí por probar con el mundo de la escritura.

Así nació mi primera novela, “No quiero hacerte daño”. Continué la aventura de escribir con “¿Casualidad o destino?” y “No quiero hacerte daño; El amor de mi vida”, es mi tercer trabajo.

Continuaré trabajando para mejorar y ofrecer lo mejor de mí, espero que hasta aquí hayáis disfrutado, y que, a partir de ahora, pueda seguir haciendo que leer una de mis novelas os merezca la pena.